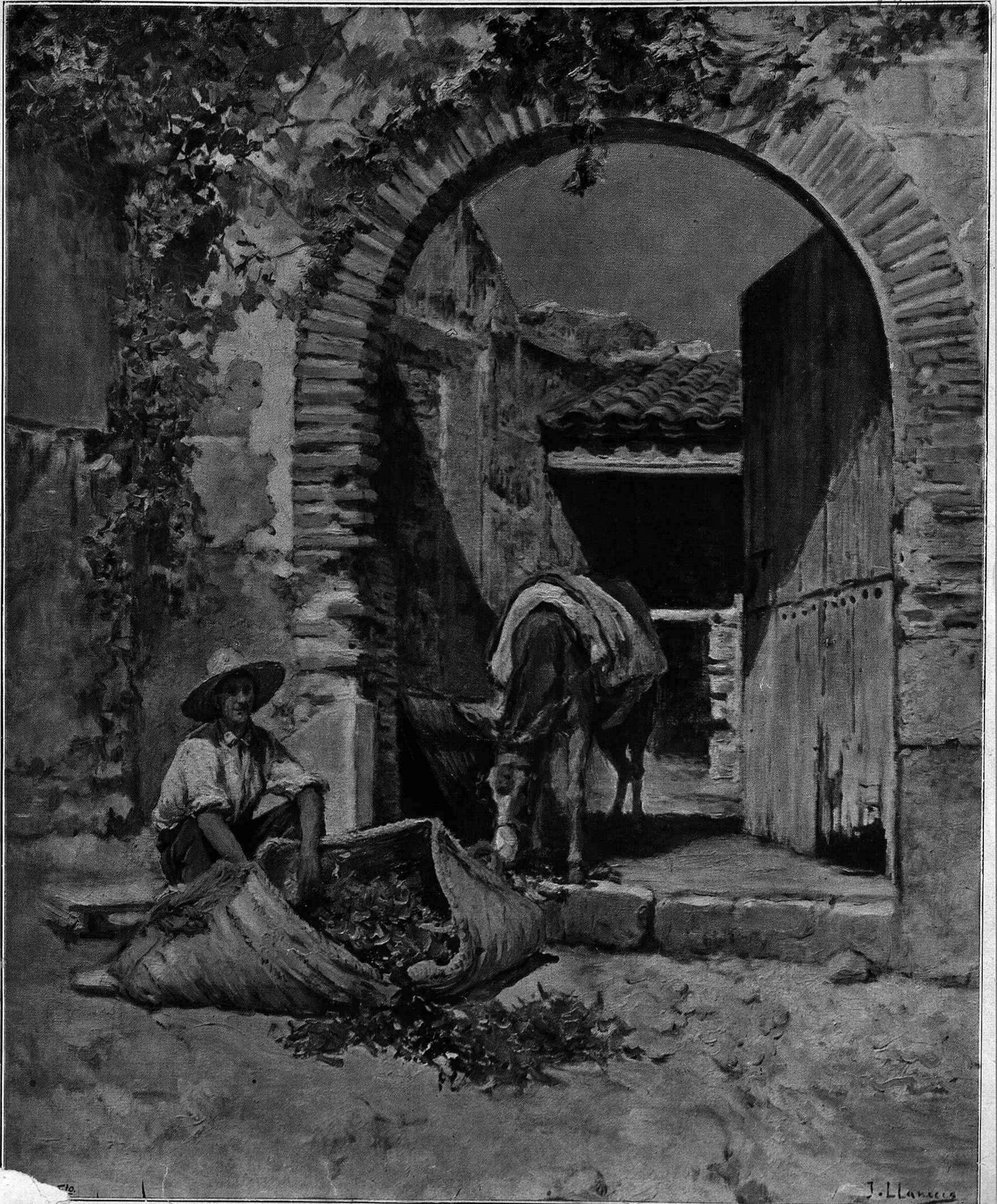


La Esfera

1928
1

ATENEQ DE



J. Llancús

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57. MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)

Mundo Gráfico Nuevo Mundo La Esfera

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	15
Seis meses.....	8

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	18
Seis meses.....	10

Francia y Alemania:

Un año.....	24
Seis meses.....	13

Para los demás Países:

Un año.....	32
Seis meses.....	18

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	25
Seis meses.....	15

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	28
Seis meses.....	16

Francia y Alemania:

Un año.....	40
Seis meses.....	25

Para los demás Países:

Un año.....	50
Seis meses.....	30

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	50
Seis meses.....	30

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	55
Seis meses.....	35

Francia y Alemania:

Un año.....	70
Seis meses.....	40

Para los demás Países:

Un año.....	85
Seis meses.....	45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

Los mejores retratos y ampliaciones

DIAZ CASARIEGO

Fernando VI, 5, planta baja **MADRID**

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

CAÑAS



INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria con el Agua de Colonia LA CARMELA. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. Inofensiva. Venta todas partes.

TELÉFONOS DE PRENSA GRAFICA

REDACCIÓN:

50.009

ADMINISTRACIÓN:

51.017



¿SUFRE USTED DEL ESTOMAGO?

Para corregir rápidamente su malestar y obtener que su estómago funcione normalmente, usted debe elevar su intestino grueso y consecutivamente su mismo estómago. La mejora es instantánea, sin medicinas y sin molestias. Pida toletes del elevador Thea, adjuntando sello Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y A'emaný, Canuda, 7, Barcelona

Lea usted **NUEVO MUNDO**

Si sus anuncios no le rinden el beneficio natural, consulte gratis a



MADRID
C. Peñalver, 13
SECCIÓN TÉCNICA



BARCELONA
Pelayo, 9
SECCIÓN TÉCNICA



Se admiten suscripciones á nuestras Revistas en la **Librería de San Martín**
6, PUERTA DEL SOL, 6



Repasando los anales del progreso de la industria del caucho, y en cada una de sus páginas durante más de un cuarto de siglo, se hallará un record de la contribución de Goodyear al arte de la fabricación de cubiertas.

Retrocediendo á los días de la primera cubierta de automóvil, Goodyear ha dirigido su actividad y habilidad al desarrollo de la cubierta neumática, hecho culminado en su más reciente y quizá su más grande éxito: la **nueva** y segura Banda de Rodamiento de Rombos ALL-WEATHER de desgaste lento del nuevo tipo de Cubierta Balón de Goodyear.

La Cubierta Más Sublime de

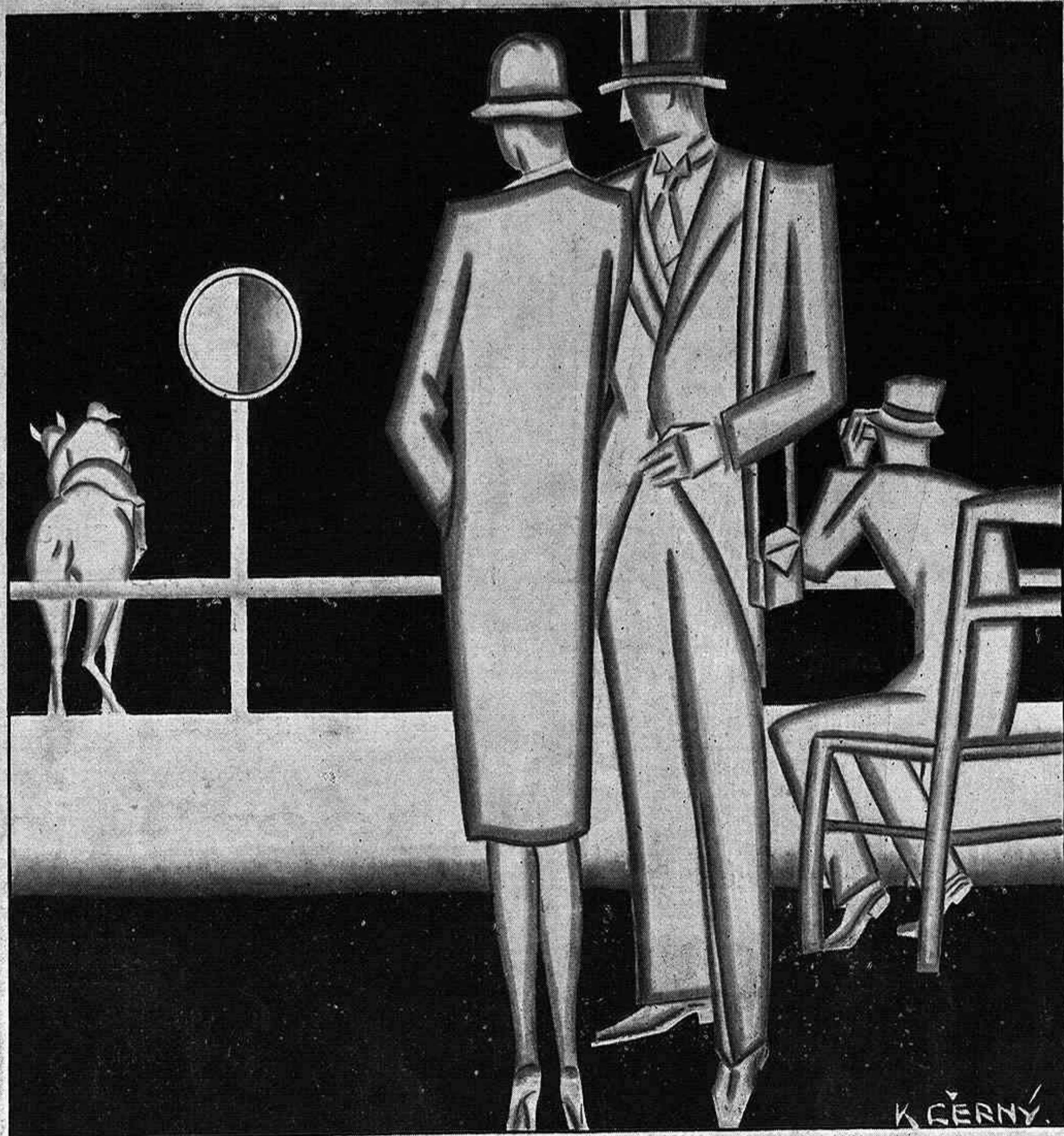
GOOD YEAR



COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE NEUMÁTICOS Y CAUCHO GOODYEAR, S. A.

Casa Central: Calle de Núñez de Balboa, 30.-MADRID

Sucursales: Paseo de Gracia, 93, BARCELONA.—Calle de Julio César, 3 y 5, SEVILLA



La mejor manera
 de reflejar el buen gusto de una persona,
 es aristocratizar sus pies con calcetines



Hilo elástico
 Liso Kovedad Estambre
 2⁵⁰ par 3⁵⁰ par 3⁵⁰ par

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 731

MADRID, 7 ENERO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



LA ESFERA honra la primera página de su número extraordinario—dedicado á España en algunos de sus aspectos regionales—con este retrato de Su Majestad la Reina Doña Victoria Eugenia. Nuestra soberana, airón y síntesis de las virtudes y las bellezas españolas, aparece aquí vistiendo el admirable traje típico de la charra salmantina (Fot. Franzen)

J. BUSTOS

ASPIRA hoy LA ESFERA, con el iconográfico y etnográfico testimonio del atavío femenino en las diversas regiones españolas—así también al reproducir páginas evocativas de la vida rural en las tierras natales de esclarecidos cuentistas del siglo XIX—, á sumar nuevo acopio de veraces datos para ese bien logrado afán de reconstrucción españolista que define el arte y las costumbres animadas por él á nuestro tiempo.

Como la Exposición del Traje Regional en 1925; como las publicaciones literarias destinadas á divulgar los indumentos de antaño; como la poderosa coincidencia ó reincidencia de los pintores prodigando tipos, escenas y anécdotas populares, este testimonio iconográfico de LA ESFERA responde á la misma fecunda ansia de desbordamiento, apretada y contenida como un símbolo de la vida nacional, que al buen Tensfeldröckh de Carlyle hubiera regocijado por su ejemplaridad filosófico-histórica (no exenta del prurito satírico que él amaba atribuirle á telas y formas empleadas en ellas).

Es un nuevo síntoma de la reintegración á nosotros mismos que nos acucia siempre que algo revela bellezas insospechadas ó desestimadas por muy usuales.

Que debiera acuciarnos, mejor dicho. Al español le corroe el afán parodista de simular lo ajeno. Le importa más parecerse con simiesca y adúlona inconsciencia al figurín exótico, que actuar libremente, apropiadamente, en su tradicionalidad característica. Incluso no vacila en falsear las muestras de españolismo, ajustándolas á la caricatura egoísta de los extraños.

Así—ya que de atavío femenino se empieza á hablar—esas grotescas madamas que en los días sagrados de Abril y en los cortejos nupciales se cuelgan sin garbo la mantilla de una peineta enorme, ó las neciamente aquejadas de cosmopolitismo de Gran Hotel, que arrastran durante las «fiestas de noche» los mantones de Manila, caídos de los hombros, para imitar la sosería de las inglesas, las yanquis ó las germanas. Huyendo del ridículo, dan de bruces en él.

No se crea que es sólo condición mezquina de las gentes altas ó medianas, sino descaracteriza igualmente á las clases populares que en otro tiempo tenían la arrogancia de sus trajes inconfundibles con los del señorío más ó menos exacto. Así como el mesócrata se esfuerza en copiar al aristócrata, y éste ajusta sus carnes y sus ideas á las modas de fuera, el artesano, el menestral, el obrero, el labrantín, cuidan de ser confundidos por fuera con quienes imaginan superiores..., sin perjuicio de despreciarles en el fondo.

Y más allá de las ciudades, de las capitales, de los populosos burgos, hasta la más breñal aldea y el más escondido lugarejo, alcanza el propósito de no vestir las ropas de otrora, de aprender con las patadas futbolísticas y los puñetazos del boxeo ó las danzas zoomórficas, el temor al *qué dirán* de los sometidos al endémico prejuicio.

En este sentido, la exaltación del traje popular, en su ambiente popular ostentado por los puros tipos raciales, ambientado de la ruralidad que le es fiel y propicia, puede cumplir ese valor de reintegración á que aludía antes: convencer cada día más al hombre de cada región, como afirma mejor su personalidad destacándose que sometiéndose, y que es más apreciada su aportación individual—afirmada por el respeto y amor á lo que le define y separa de los demás—al esfuerzo colectivo, no en gregaria ó inclusera sumisión de formas, colores, lengua y costumbres, sino con su traje, su acento y su acción locales.

Cierto es que tenemos un paradójico aliado en el mismo error micrópsico de nuestra idiosincrasia nacional. Nos sentimos mejor inclinados á la españolización de España, porque adviene después de la españolización artística de Europa y América, asegurada por los gonfaloneros de la moda.

Grato es para el español que viaja encontrar la fisonomía arquitectónica y los remedos industriales de sus arcaicas ciudades y de sus artes suntuarias de antaño en las urbes y en los hogares recién revelados á su curiosidad.

Los pintores de otras centurias y los coetáneos que más directo parentesco muestran con ellos son apreciados singularmente. Los tejidos, cerámicas, vidrios, hierros y muebles de ayer, ó de moderna construcción, pero ajustados á la traza y gusto antiguo, alternan y hasta ocupan sitio de honor con las nuevas producciones artísticas locales.

El hecho de la creciente nombradía de Goya y de la enorme valuación de sus obras sobre las de los demás pintores españoles, está en ser Goya quien mejor supo saturarse de españolismo popular, de añadir á la calidad de su arte la condición pura, entrañable, de sus motivos.

Con él resurgen sus sucedáneos, los no apreciados en la turbieza antiespañola del postgo-yismo adormecido en el tránsito de silencio y de penumbra que precede á la revisión definitiva. Los costumbristas populares, que no se resignaban á acatar la influencia enfática de la pintura francesa ó á las corrientes germánicas ó británicas, iban muriéndose, oscuros, purgando el noble delito de amar su época y de copiar á las gentes que se cruzan en las ciudades propias, los caminos libres y los episodios actuales.

Se pintaban entonces—por los adulados y aduladores del éxito—episodios yertos con indumentos de guardarropía y fondos de otra época; se pretendía sugerir la emoción estética con capítulos de historia é infortunio y heroísmos que nada decían á la sensibilidad moderna. Los estudios habían claveteado las ventanas del mediodía, y entornaban incluso las del norte, para que á su luz cobarde se situen los fantasmas de monarcas, guerreros, princesas de romance y pajes de madrigal.

Se olvidaba aquel hálito de la calle; aquella movable gracia de tipos, escenas y costumbres populares que dieron á la pintura española los Alenza, los Gil Ranz, los Bécquer, los Espalter, los Gutiérrez de la Vega.

También la escultura ha cumplido ahora la fértil germinación en la tierra natal. Como los pintores, los escultores han sentido la necesidad de ir reflejando formas y actitudes ofrecidas á lo largo del ejemplario nacional, ó se han recogido en sí mismos para la evocación eterna con un acento nuevo después de la asimilación, cuando la influencia consciente ya se ha consubstanciado con el temperamento.

Saben, además, descubrir el dinamismo elocuente de la vida; respetar la verdad humana en virtud de la saturación naturalista del arte.

Incluso desde hace algunos años han reaprendido algo tan peculiar á la plástica hispana como es la talla en madera, que ya parecía inasequible á los contemporáneos, y que acaso rebota en la técnica y en la sensibilidad modernas consecuentemente de las preferencias regresivas de otras esculturas exóticas por el primitivismo deforme y expresivo, por el resurgente amor á las materias naturales, que exigen la creación definitiva desde el primer corte de gubia ó golpe de cincel.

Dentro de la significación plural que sitúa, sin demérito ni retraso, á los escultores en la época presente, se acusan las siguientes características, consecuencia lógica de aquéllas: aumento de tallas directas; normalización humana de las proporciones; disminución de los tópicos mitologistas; predominio del retrato y de la figura popular.

El escultor moderno empieza—¡por fin!—á alejarse del Olimpo, de las imaginadas eternas inspiraciones clásicas, para ser el glosador de los seres que ven sus ojos y atraen con preferencia sentimental su curiosidad artística.

¿Y los arquitectos?

Afortunadamente se está formando en Espa-

ña—entregada en parte á la educación y sendere de futuros artistas, á los jóvenes maestros definidos modernamente desde hace diez ó quince años—una generación de costumbres que, conociendo bien lo que su responsable profesión tiene de peculiar y científica, poseen las otras artes fraternas.

El visitante que recorre nuestra Península, el que retorna á ella con un intervalo de escasos años, la encuentra transformada, definida por estilos con naturales, típicos, de inteligente asimilación tradicional ó en suntuaria rivalidad de las grandes naciones coetáneas.

Cierto que las riquezas repentinas han exigido una extensa arrogancia á algunos edificios en las ciudades importantes; forzoso reconocer que no todos los principios han sabido mostrar la adaptabilidad y la energía paralelas á ese resurgimiento de la arquitectura española.

No obstante, la cultura, el buen gusto y la preparación sólidamente técnica de los que en la Edad Media se nombraban «maestros de las piedras vivas» van consiguiendo esa renovación pública de las urbes, ese práctico embellecimiento de las campiñas, esa nostalgia armoniosa de los ritmos pretéritos en útil maridaje con las necesidades y adelantos presentes.

Como la pintura y la escultura, la arquitectura marca también las características regionales. Es frecuente y consolador hallar ahora, de acuerdo con la naturaleza circundante, con las exigencias climatológicas y, sobre todo, con la sensible raigambre espiritual y estética, edificios de hoy con el estilo de ayer.

•••••

Fecunda tarea la que realiza el artista de viajar por España, no con itinerario fijo de wagón-lit, ni acaso en demasiado fragor insolente de automóvil, sino á la manera de los modelos de novela picaresca ó de los foráneos que á principios del siglo XIX sentían el placer de ir desentrañando secretos que luego divulgaban incluso á los propios españoles.

¡Sugestión infinita de la carretera! Cansinos de todos atraen á las gentes de diferente condición; les despiertan el ansia de otros horizontes y conducen á la entrañable belleza de los sitios recónditos. Como «los caminos que andan»—los ríos—, las carreteras son las arterias de la nación. Llevan y traen la vida de unos pueblos á otros; cambian el dinero y los productos; facilitan el mutuo conocimiento de las regiones entre sí; estimulan las energías antaño adormidas; descubren las riquezas ocultas é improductivas; consienten las revelaciones estéticas. Conducen, en fin, á la demostración directa de que no todo el país se somete al afán universalista, descaracterizador, que es una de las lacras de la existencia actual, ese vicio de equivocada civilización que canchaca á las gentes de la postguerra.

Y esta es una de las influencias de las artes plásticas españolas sobre la vida que le nutre y le acepta enseñanzas.

Los artistas restituyen á personas y costumbres los atavíos olvidados, reavivan la vanidad pueblerina y enseñan á los jóvenes de cada provincia las líneas y colores de los bellos trajes característicos de otra época.

Adentrarse en España, interrogar sus muros y sus campiñas, subir á sus sierras y buscar el regazo simbólico de sus valles, no sintiendo la codicia de lueños riberas en el hervor de nuestros puertos á la calma romántica de nuestras playas solitarias, equivale á comprender que si las grandes capitales se parecen ya demasiado á las otras europeas ó americanas, el arte omnipotente va dando una fisonomía estética á la nación, procurando resurjan en las provincias y en los pueblos los rasgos propios, inconfundibles y destacados, con una paralela unción á la que conmueve, por ejemplo, á los folkloristas y á los novelistas contemporáneos.

José FRANCES



MUJERES DE ESPAÑA
ASTURIAS

Asturias. La montaña, la mina, el valle, el mar. Lo dulce y lo áspero, lo risueño y lo abrupto, lo claro y lo sombrío. Pomaradas jugosas y negras entrañas de carbón. Una gama infinita en el paisaje. Y esa misma variedad, esa misma emoción diversa, en el espíritu de la mujer, á la vez sumiso y fuerte, blando y entero, alegre y melancólico. El gris y el verde son los dos colores que llenan el paisaje asturiano: un gris y un verde suaves, tranquilos, sin violencias, sin estridencias. Ese gris—vaguedad, ensueño, melancolía—, y ese verde—esperanza, alegría, amor—se han posado también en la honda vida espiritual de estas mujeres de Asturias, la región de la dulzura y de la fuerza.

(Pot. Suárez)



BIBLIOTECA
MADRID

MUJERES DE ESPAÑA
ANDALUCÍA

Una reja de Sevilla, de Córdoba, de Granada. Una reja que destaca el trazo negro de sus hierros iguales sobre un fondo de luz, ó que funde esas líneas simétricas en la penumbra de un lento atardecer ó en la sombra de un nocturno andaluz. Y en la reja una mujer. La peineta, el mantoncillo, las flores en el pelo. Escena de madrigal, recuerdo de diálogo quinteriano. Una casa blanca, unas rosas frescas y una mujer cabal. Y en la boca de esta mujer de Sevilla, de Córdoba, de Granada, una risa y una copla. Una risa y una copla que son hermanas, en serena alegría, en noble optimismo, del aire diáfano, y de la luz clara, y del lenguaje vivo, y del cielo terso y de las flores nuevas...

(Fot. Serrano)



MUJERES DE ESPAÑA
S E G O V I A

Seguramente, uno de los más bellos tocados regionales españoles es este de la mujer segoviana. Tiene un vigoroso sabor castellano, una verdadera raigambre castiza. No en vano Segovia es una de las provincias españolas más ricas en tradición, en perfiles típicos, en reliquias de sabor propio é inconfundible. Sus cumbres frías fueron uno de los puntales de la vieja Castilla. La historia duerme allí, en aquella tierra, en los palacios blasonados, en las ruinosas fortalezas, en los pueblos silenciosos y antañones. Todo tiene un romántico latido de vida vieja. Y algo del antiguo espíritu de Castilla, altivo é independiente, hay en este bellissimo tocado tradicional de la mujer segoviana.

(Fot. Unturbe)



MUJERES DE ESPAÑA
LA MONTAÑA

Es pescadora ó campesina. Su figura, fina y fuerte á un mismo tiempo, pasa—hembra de amor y de trabajo—por las páginas de Pereda. Destaca su belleza clara sobre un fondo jugoso de valles húmedos, de maizales dorados y de robledas seculares. O se yergue, anhelante, en los muelles de junto al mar, en espera del hombre—padre, esposo, novio—que lucha con las aguas dramáticamente, en la hora angustiosa de la galerna. Sobre la vida de esta mujer de La Montaña, el mar—el mar encrespado y trágico del invierno, no ese mar sonriente y frívolo del estío—pone muchas veces su zarpa dolorosa y su huella de muerte. Un aullido de dolor, un brotar de lágrimas ardientes, rompe entonces la serenidad del puro rostro femenino. (Fot. Arauna)



ATENEOS DE
BIBLIOTECA
MADRID

MUJERES DE ESPAÑA
Peñaparda (Salamanca)

La vida actual, rápida, igualadora, uniforma en España todas las notas típicas, todos los arcaicos valores de tradición. Pocos son ya los rincones en que, como reliquias, se guardan esos acentos peculiares de una comarca. Entre los sitios que con más amor conservan algo de ese rico caudal costumbrista, hay que citar á Salamanca. Sus trajes, sus fiestas, sus leyendas, reflejan aún la poderosa vida folklórica que esta comarca tuvo siempre. Béjar, Ciudad Rodrigo, Alba de Tormes, con todo lo que en ellas hay de valor tradicional, acusan admirablemente esa riqueza costumbrista. He aquí una bellissima indumentaria salmantina: el traje de una mujer de Peñaparda... Peñaparda está en la ribera del Agreda, muy cerca de Ciudad Rodrigo.



MUJERES DE ESPAÑA

L E Ó N

En el paisaje vario de León se funden el paisaje de Galicia y el de Asturias y el de Castilla, las regiones fronterizas. En la mujer de León, también, parecen hallar un eco las mujeres de esas tres regiones inmediatas. Sobriedad castellana, dulzura galaica, sonrisa astur, se conciertan armónicamente en el espíritu y la belleza de esta mujer leonesa. Las ricas virtudes tradicionales de España—León es uno de los yunques en que se forma la fuerte espiritualidad española—están, hechas firmeza, lealtad y fe, en estas mujeres de porte enérgico y de hondo sentir. En estas mujeres que amparan sus sueños y sus fervores bajo la noble sombra de la «Pulchra Leonina», dorada y prócer.

(Fot. Winocio)



MUJERES DE ESPAÑA

Candelario (Salamanca)

Hay una enorme variedad en los aspectos regionales de Salamanca. Trajes, costumbres, joyas—dentro del tipo general—cambian y adquieren matices nuevos al cambiar el paisaje salmantino. La vida antigua de la ciudad—á la sombra de su Universidad gloriosa—murió y sólo quedan de aquel instante lejano unas huellas doradas é inertes. Pero en Salamanca, en su bellísima riqueza natural, queda todavía mucho de lo que es entraña y personalidad de un pueblo: el acento peculiar, la nota de pintoresquismo y de tradición que diferencia unas regiones de otras y que forma la verdadera vida de un pueblo ó de una comarca. He aquí un tipo de mujer de Candelario. Su traje, tan interesante y tan bello, es bien distinto del que acostumbramos á ver en la charra tradicional.

(Fot. Gombau)



MUJERES DE ESPAÑA
ARAGÓN

Esse ritmo vibrante, rotundo, de la jota, lo guarda también la mujer aragonesa en su corazón. La jota es energética, sencilla y amorosa; esa misma energía, esa misma sencillez, ese mismo amor, palpitan vigorosamente en el espíritu de las bravas mujeres de Zaragoza, de Huesca, de Teruel. Entereza, pero ternura también. En esta tierra se oyen los varoniles entusiasmos de Agustina de Aragón, pero florecen, de igual modo, las dulces quejas románticas de Isabel de Segura. Aragón pasa á la posteridad, de esta forma, por una historia de guerra, y por una historia de amor. En la boca de esta mujer hallaron eco, á la vez, la arenga guerrera y el suspiro sentimental. Halló eco la plegaria, que el alma eleva á la Virgen del Pilar.

(Fot. Freudenthal)



ESTENEO A.
BIBLIOTECA
MADRID

MUJERES DE ESPAÑA MALLORCA

En la isla florida y dorada, la mujer tiene esa gracia pomposa, señorial y artista con que allí se viste la Naturaleza. Todas las elegancias mediterráneas se depuran en el porte gallardo y altivo de esta mujer mallorquina. Rubén Darío—que estuvo, como Chopin y como «Jorge Sand», en una celda del Monasterio de Valldemosa—elogió á esta mujer. ¿Recordáis? Fué en la «Epístola á la señora de Lugones»: «Las mallorquinas usan una modesta falda,—pañuelo en la cabeza y una trenza á la espalda.»—«He visto unas payesas con sus negros corpiños,—con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;—y un velo que les cae por la espalda y el cuello,—dejando al aire libre lo oscuro del cabello.—Sobre la falda clara, un delantal vistoso.—Y saludan con un *bon di tengui* gracioso...»

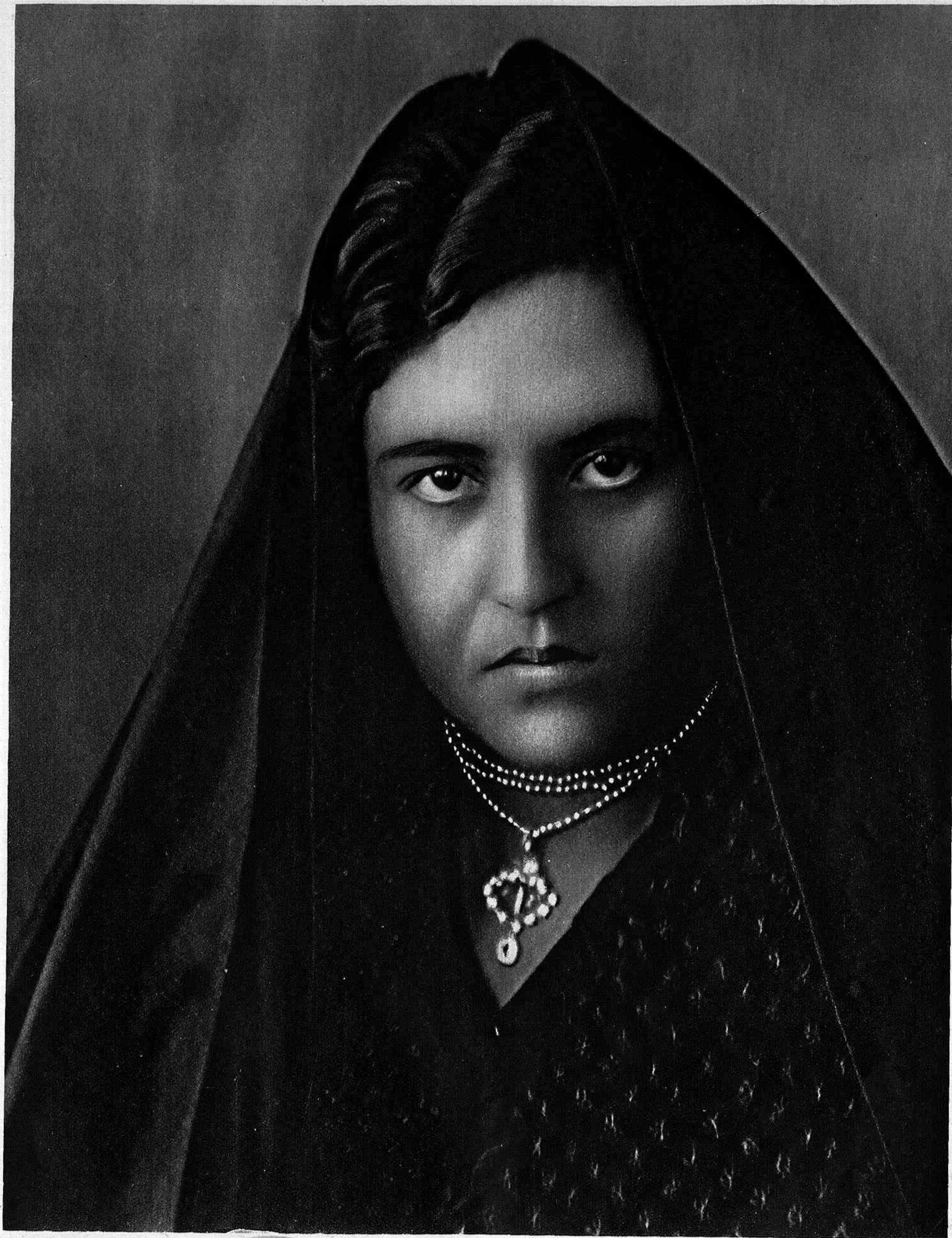
(Fot. Gaspar Rullán)



MUJERES DE ESPAÑA

El valle de Ansó (Huesca)

Severo y noble este traje de la mujer del valle de Ansó, con su claro corpiño, su manga abullonada y su falda larga y amplia. Es, seguramente, uno de los más bellos entre la rica variedad del traje regional de España. Es, desde luego, uno de los que *todavía* se ven, no vencidos aún del todo por la uniformadora indumentaria moderna. No es raro encontrar, en las ciudades de hoy, junto a los edificios iguales, entre los trajes grises, sin relieve propio, una de estas mujeres con su vestido largo y señorial. Vienen de lejos, de su valle de Ansó, en el corazón bravo y escondido de Huesca. Vienen de aquel rincón frondoso y verde, donde picachos y barrancadas se unen para ser horizonte de fuerza y de grandeza ante los ojos de estas mujeres (Fot. R. González)



MUJERES DE ESPAÑA
MURCIA

Andalucía y Valencia se acercan, se sonríen, se abrazan en esta huerta, en este cielo, en este aire cálido y transparente de Murcia. ¡Tipo admirable, dulce y grave—alegría y melancolía—el de la mujer murciana, con gentilezas de Andalucía y luminosidades de Valencia! Un ritmo hondo de copla cruza por las extensiones floridas. Sobre el telón verde y azul de la huerta y del cielo, ¡qué vivamente encarnan ellas el alma de los versos de Vicente Medina, el murcianico ausente! Cantan sus bocas, resplandecen sus rostros en las tardes lentas, luminosas, de la primavera meridional. Las mismas bocas que rezan, los mismos rostros que se llenan de silencioso dolor ante el paso de las Dolorosas que creó Salzillo, en las procesiones del Viernes Santo.

(Fot. Portar)



MUJERES DE ESPAÑA
VASCONIA

Cuadros de Darío de Regoyos, de Zuloaga, de Zubiaurre. Páginas de Baroja. Caseríos, marineros, trajes vistosos, tierra verde. Alegría, policromía, bajo la ceniza del cielo gris, monótono y triste. En la mujer de esta Vasconia, fuerza y serenidad—la fuerza del hierro hondo, escondido; la serenidad del paisaje, jugoso y dulce—. Ritmo de fiesta en el valle. Hay una emoción antigua, patriarcal, en esta hora de júbilo. Se oyen las músicas propias, y las canciones propias, y las palabras propias. Vasconia canta y ríe. Y en los ojos grandes, leales, de la mujer vasca, hay, en esa hora de exaltación del espíritu colectivo, los cambiantes infinitos—gris, azul, verde, negro...—del mar inquieto y vario de Vasconia. (Fot. Espiga)



ATENEU DE BELLISIMAS MADRID

MUJERES DE ESPAÑA
VALENCIA

¿Cómo tejer para ti, mujer de Valencia, un nuevo elogio? ¿Cómo barajar, una vez más, en homenaje á tu belleza, lo que es belleza de tu tierra: el color, la huerta, la luz, el cielo, el mar? La paleta del pintor, y del poeta, y del músico agotaron sus tonos para destacar tus gracias. Todas las luces fueron pocas para reflejar tu luz, y todos los colores débiles para trasladar tu color, y todos los versos escasos para cantar el verso magnífico de tu gran belleza meridional. La esmeralda de la huerta, la sangre de las rosas, el oro de los naranjos, el esmalte del cielo, la nieve de las barracas, son marco de tu hermosura. Ante ese escenario, como síntesis de perfección, tú, erguida y sonriente. ¿Cómo tejer para ti un nuevo elogio, cuando tantos se deshojaron á tus plantas?...

(Fot. Gómez Durán)



MUJERES DE ESPAÑA EXTREMADURA

Extremadura. La tierra, ayer—la tierra adentro que busca el mar—de los navegantes y los conquistadores. La tierra, hoy, de los escenarios y los tipos de José María Gabriel y Galán. Tienen ya una vida impercedera estos campesinos que vió el poeta en su caminar por tierra de Extremadura. Campo abierto, tierra verde y roja, serenidad magnífica en el horizonte: sobre este fondo viven sus horas de labor y de sencillez las mujeres extremeñas. Su piel es morena, curtida por un sol que es á la vez de Castilla y de Andalucía. Llevan un gran refajo encarnado ó negro, unas medias altas de punto grueso, una chambrá de vivos colores, una pañoleta de alfombra cruzada sobre el pecho...

(Fot. de la Escuela de Cerámica)



JUICIO DEL AÑO

¡Lea, quien leerlo quiera,
del año nuevo y su era
el «juicio» festivo y cierto!...
(¡Nos lo dictó una hechicera
que tenía un ojo tuerto!)

Será á la castiza usanza
el año que se avecina,
y en la *cifra* en que termina
se *cifra* nuestra esperanza.

El *ocho*, en año tan raro,
nos dice sin disimulo
que será un año muy chulo...
(¡*Más chulo que un ocho*, es claro!)

Según la bruja de marras,
buen vino tendrá el indino,
pues los *ochos* y el *buen vino*
siempre se muestran en *jarra*s...

Año de muy viejos modos
será por su Astronomía:
la noche seguirá al día
y el sol saldrá para todos...

Cuatro veces cada mes,
y siempre en fecha oportuna,

serán los «*cuartos de Luna*»...
(Y de Guerrero, después.)

Proyección de otros planetas
habrá en la terrestre bola;
estrellas que *traerán cola*
serán algunos cometas...

¡Y, en fin, si en suelo español
grita Urgoiti, en su *diario*,
no sería extraordinario
que hubiese *eclipse de Sol*!

¡No sabemos, ciertamente,
si el año será de males,
pues los «signos zodiacales»
sólo dicen lo siguiente:

¡Entrará en *Acuario* el vino;
en *Piscis*, ciertos letrados;

y en *Libra* entrará Paulino
con varios *pesos* pesados!...

¡*Cáncer* será un tumor feo;
Capricornio será un *vivo*,
y será el signo de *Leo*
signo mejor que el de *Escribo*!...

¡En mil zarzuelitas varias
los *tenorinos* ligeros
cantarán como carneros!...
(Y en *Aries* se oirán las *arias*.)

¡Dentro de una paz bendita
transcurrirá el «*Calendario*,
sin influir *Sagitario*,
porque aquí nadie *S'agita*!

Sólo el *Gallo* la *espantada*
dará en *Tauro*, ante el *tisonte*,
mientras da *largas* Belmonte
en lo de su retirada.

«*Tenorios*» habrá terribles
que en columpio, á hembras honestas,
harán, en verbenas, fiestas...
(que serán *fiestas movibles*).

De todo habrá en la canasta
de este añito peregrino;
mas no habrá quien diga: «¡basta!»,
cuando oiga un tango argentino.

¡Año novato: en tu enero,
en nuestra mujer hermosa
(que fuma y se pela *al cero*)
tendremos un *compañero*,
en vez de tener *esposa*!...

Y al llegar tu Navidad,
sin haber sido año chocho,
serás viejo de verdad...
¡Y abur!... ¡Se acabó el *bizcocho*!...
(¡Si queréis más claridad,
al *uno*, *nueve dos*, *ocho*
por teléfono llamad!)

LUIS DE TAFIA

(Dibujo de Echea)

El Padre Gutiérrez á Don Pepito.

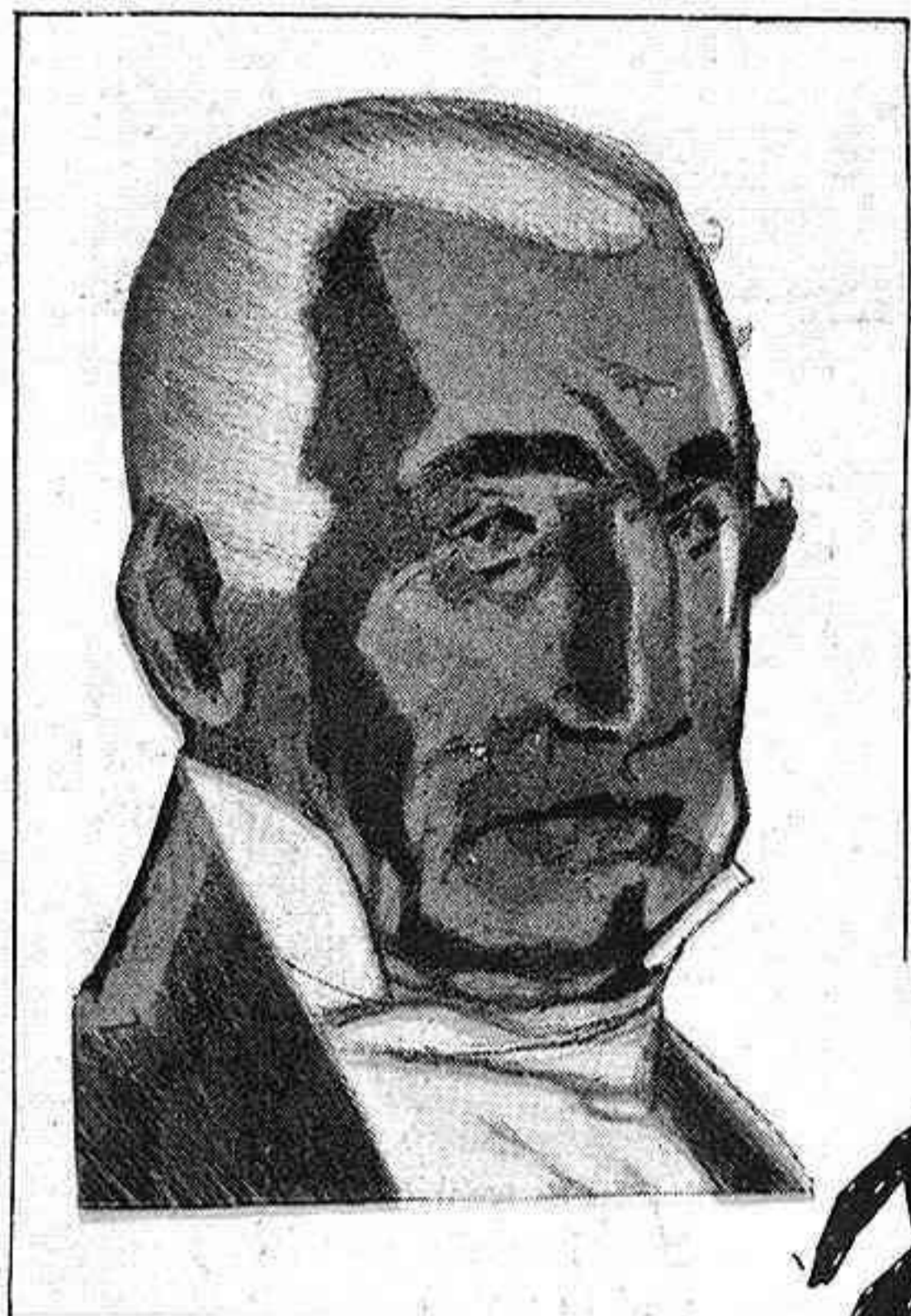
Málaga, 4 de Abril de 1842.

MI querido discípulo: Mi hermana, que ha vivido más de veinte años en ese lugar, vive hace dos en mi casa, desde que quedó viuda y sin hijos. Conserva muchas relaciones, recibe con frecuencia cartas de ahí y está al corriente de todo. Por ella sé cosas que me inquietan y apesadumbran en extremo. ¿Cómo es posible, me digo, que un joven tan honrado y tan temeroso de Dios, y á quien enseñé yo tan bien la metafísica y la moral, cuando él acudía á oír mis lecciones en el Seminario, se conduzca ahora de un modo tan pecaminoso? Me horrorizo de pensar en el peligro á que te expones de incurrir en los más espantosos pecados, de amargar la existencia de un anciano venerable, deshonorando sus canas, y de ser ocasión, si no causa, de irremediables infortunios. Sé que frenéticamente enamorado de Doña Juana, legítima esposa del rico labrador D. Gregorio, la persigues con audaz imprudencia y procuras triunfar de la virtud y de la entereza con que ella se te resiste. Fingiéndote ingeniero ó perito agrícola, estás ahí enseñando á preparar los vinos y á enjertar las cepas en mejor vidueño; pero lo que tú enjertas es tu viciosa travestura, y lo que tú preparas es la desolación vergonzosa de un varón excelente, cuya sola culpa es la de haberse casado, ya viejo, con una muchacha bonita y algo coqueta. ¡Ah, no, hijo mío! Por amor de Dios y por tu bien, te lo ruego. Desiste de tu criminal empresa y vuélvete á Málaga. Si en algo estimas mi cariño y el buen concepto en que siempre te tuve, y si no quieres perderlos, no desoigas mis amonestaciones.

De Don Pepito al Padre Gutiérrez.

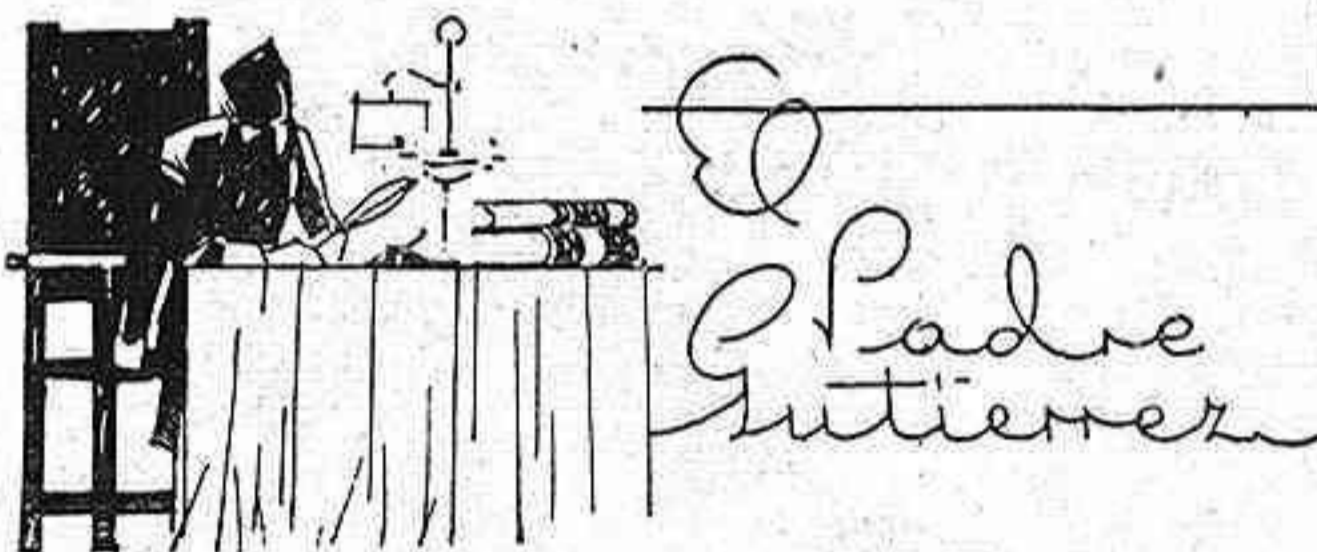
Villalobre, 7 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: El tío Paco, que lleva desde aquí vino y aceite á esa ciudad, me acaba de entregar la carta de usted del 4, á la que me apresuro á contestar para que usted se tranquilice y forme mejor opinión de mí. Yo no estoy enamorado de Doña Juana ni la persigo como ella se figura. Doña Juana es una mujer singular y hasta cierto punto peligrosa, lo confieso. Hará seis años, cuando ella tenía cerca de treinta, logró casarse con el rico labrador D. Gregorio. Nadie la acusa de infiel, pero sí de que tiene embaucado á su marido, de que le manda á zapatazos y le trae y le lleva como un zarandillo. Es ella tan presumida y tan vana,



Don Gregorio

que cree y ha hecho creer á su marido que no hay hombre que no se enamore de ella y que no la persiga. Si he de decir la verdad, Doña Juana no es fea, pero tampoco es muy bonita; y ni por alta, ni por baja, ni por delgada ni por gruesa llama la atención de nadie. Llama, sí, la atención por sus miradas, por sus movimientos y porque, acaso sin darse cuenta de ello, se empeña en llamarla y en provocar á la gente. Se pone carmín en las mejillas, se echa en la frente y en el cuello polvos de arroz, y se pinta de negro los párpados para que resplandezcan más sus negros ojos. Los esgrime de continuo, como si desde ellos estuviesen los amores lanzando enherboladas flechas. En suma: Doña Juana, contra la cual nada tienen que decir las malas lenguas, va sin querer alborotando y sacando de quicio á los mortales del sexo fuerte, ya de paseo, ya en las tertulias, ya en la misma iglesia. Así hace fáciles y abundantes conquistas. No pocos hombres, sobre todo si son forasteros y no la conocen, se figuran lo que quieren, se las prometen felices, y se atreven á requerirla y hasta á hacerle poco morales proposiciones. Ella



entonces la despidió con cajas destempladas. En seguida va lamentándose jactanciosamente con todas sus amigas de lo mucho que cunde la inmoralidad y de que ella es tan desventurada y tiene tales atractivos que no hay hombre que no la requiebre, la pretenda, la acose y ponga asechanzas á su honestidad, sin dejarla tranquila con su D. Gregorio.

La locura de Doña Juana ha llegado al extremo de suponer que hasta los que nada le dicen están enamorados de ella. En este número me cuento, por mi desgracia. El verano pasado vi y conocí á Doña Juana en los baños de Carratraca. Y como ahora estoy aquí, ella ha armado en su mente el caramillo de que he venido persiguiéndola. No hallo modo de quitarle esta ilusión, que me fastidia no poco, y no puedo ni quiero abandonar este lugar y volver á Málaga, porque hay un asunto para mí de grande interés, que aquí me retiene. Ya hablaré de él á usted otro día. Adiós por hoy.

Del mismo al mismo.

10 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: Es verdad; estoy locamente enamorado; pero ni por pienso le Doña Juana. Mi novia se llama Isabelita. Es un primor por su hermosura, discreción, candor y buena crianza. Imposible parece que un tío



Doña Juana



tan ordinario y tan gordinflón como D. Gregorio haya tenido una hija tan esbelta, tan distinguida y tan guapa. La tuvo D. Gregorio de su primera mujer. Y hoy su madrastra Doña Juana la ceba, la muele, la domina y se empeña en que ha de casarla con su hermano D. Ambrosio, que es un grandísimo perdido y á quien le conviene este casamiento, porque Isabelita está heredada de su madre, y, para lo que suele haber en los pueblos como este, es muy buen partido. Doña Juana aplica á D. Ambrosio, que al fin es su sangre, el criterio que con ella misma emplea, y da por seguro que Isabelita quiere ya de amor á D. Ambrosio y está rabiando por casarse con él. Así se lo ha dicho á D. Gregorio, é Isabelita, llena de miedo, no se atreve á contradecirla, ni menos á declarar que gusta de mí, que yo soy su novio y que he venido á este lugar por ella.

Doña Juana anda siempre hecha un lince vigilando á Isabelita, á quien nunca he podido hablar y á quien no me he atrevido á escribir, porque no recibiría mis cartas.

Desde Carratraca presumí, no obstante, que la muchacha me quería, porque involuntaria y candorosamente me devolvía con gratitud y con amor las tiernas y furtivas miradas que yo solía dirigirle.

Fiado sólo en esto vine á este lugar con el pretexto que ya usted sabe.

Haciendo estaría yo el papel de bobo si no me hubiese deparado la suerte un auxiliar poderosísimo. Es éste la chacha Ramoncica, vieja y lejana parienta de D. Gregorio, que vive en su casa, como ama de llaves, que ha criado á Isabelita y la adora, y que no puede sufrir á Doña Juana, así porque maltrata y tiraniza á su nieta, como porque á ella le ha quitado el mangoneo que antes tenía. Por la chacha Ramoncica, que se ha puesto en relación conmigo, sé que Isabelita me quiere; pero que es tan tímida y tan bien mandada, que no será mi novia formal, ni me escribirá, ni consentirá en verme, ni se allanará á hablar conmigo por una reja, dado que pudiera hacerlo, mientras no den su consentimiento su padre y la que tiene hoy en lugar de madre. Yo he insistido con la chacha Ramoncica para ver si lograba que Isabelita hablase conmigo por una reja; pero la chacha me ha explicado que esto es imposible. Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderarse además de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba.

En esta situación me hallo, mas no desisto ni pierdo la esperanza. La chacha Ramoncica es muy ladina y tiene grandísimo empeño en fastidiar á Doña Juana. En la chacha Ramoncica confío.



La chacha

- ARISTO - TÉLLEZ



Del mismo al mismo.

15 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: La chacha Ramoncica es el mismo demonio, aunque para mí, benéfico y socorrido. No sé cómo se las ha compuesto. Lo cierto es que me ha proporcionado para mañana, á las diez de la noche, una cita con mi novia. La chacha me abrirá la puerta y me entrará en la casa. Ignoro á dónde se llevará á Doña Juana para que no nos sorprenda. La chacha dice que yo debo descuidar, que todo lo tiene perfectamente arreglado y que no habrá el menor percance. En su habilidad y discreción pongo mi confianza. Espero que la chacha no habrá imaginado nada que esté mal; pero en todo caso, el fin justifica los medios, y el fin que yo me propongo no puede ser mejor. Allá veremos lo que sucede.

Del mismo al mismo.

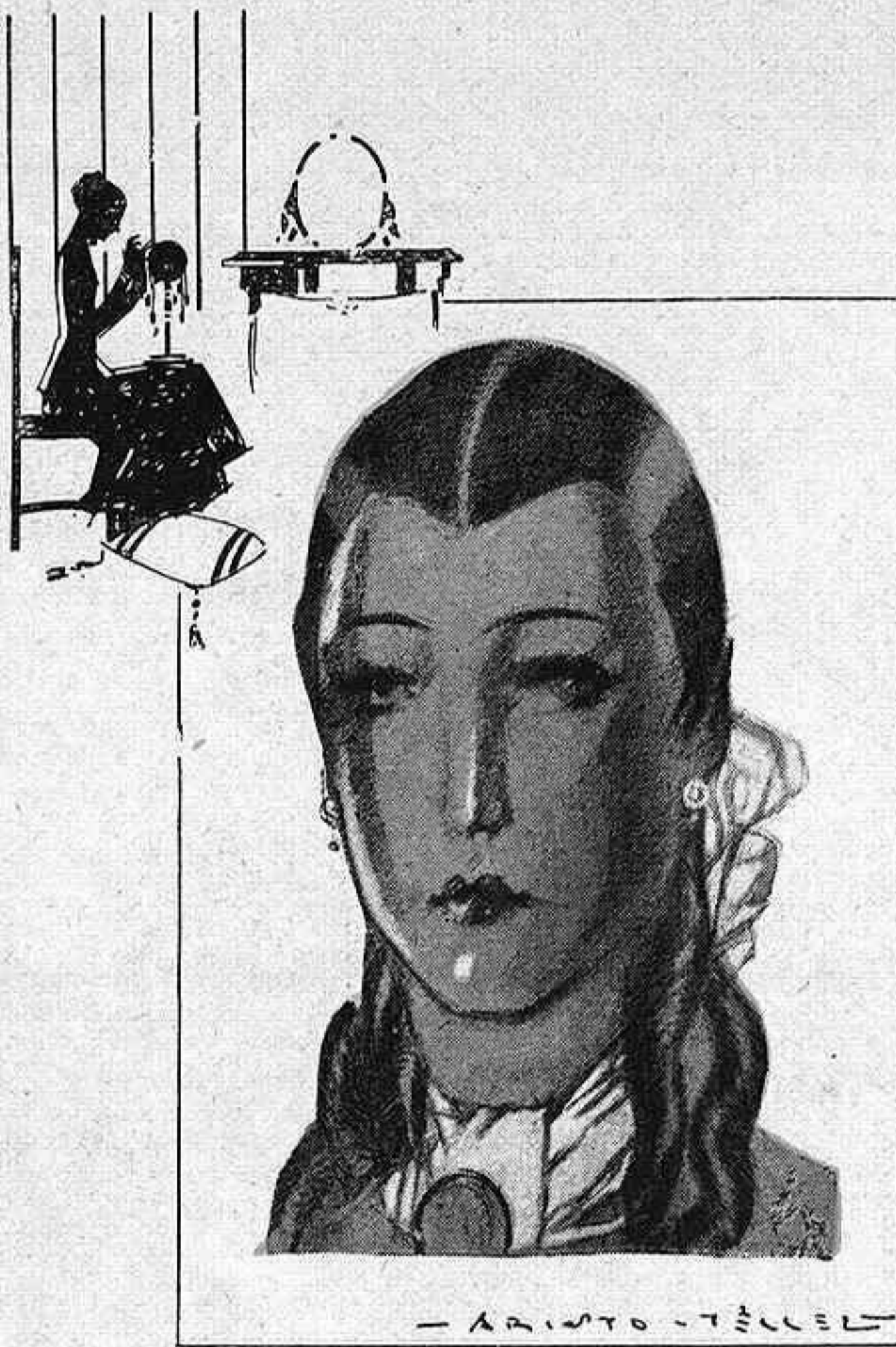
17 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: Acudí á la cita. La pícara de la chacha cumplió lo prometido. Abrió la puerta de la calle con mucho tiento y entré en la casa. Llevándome de la mano me hizo subir á obscuras las escaleras y atravesar un largo corredor y dos salas. Luego penetré conmigo en una grande estancia que estaba iluminada por un velón de dos mecheros, y desde la cual se descubría la espaciosa alcoba contigua. La chacha se había valido de una estratagema infernal. Si antes me hubiera confiado su proyecto, jamás hubiera yo consentido en realizarle. Vamos... Si no es posible que adivine usted lo que allí pasó. D. Gregorio se había quedado aquella noche á dormir en la casería, y la perversa chacha Ramoncica, engañándome, acababa de introducirme en el cuarto de Doña Juana. ¡Qué asombro el mío cuando me encontré de manos á boca con esta señora! Dejo de referir aquí, para no pecar de prolijo, los lamentos y quejas de esta dama, las muestras de dolor y de enojo, combinadas con las de piedad, al creerse víctima de un amor desesperado por ella, y los demás extremos que hizo, y á los cuales todo atortolado no sabía yo qué responder ni cómo justificarme. Pero no fué esto lo peor, ni se limitó á tan poco la maldad de la chacha Ramoncica. A Don Gregorio, varón pacífico, pero celoso de su honra, le escribió un anónimo revelándole que su mujer tenía á las diez una cita conmigo. D. Gregorio, aunque lo creyó una calumnia, por lo mucho que confiaba en la virtud de su esposa, acudió con don Ambrosio para cerciorarse de todo.

Bajó del caballo, entró en la casa y subió las

escaleras sin hacer ruido, seguido de su cuñado. Por dicha ó por providencia de la chacha, que todo lo había arreglado muy bien, D. Gregorio tropezó en la obscuridad con un banquillo que habían atravesado por medio y dió un costalazo, haciendo bastante estrépito y lanzando algunos reniegos.

Pronto se levantó sin haberse hecho daño y se dirigió precipitadamente al cuarto de su mujer. Allí oímos el estrépito y los reniegos, y los tres, más ó menos criminales, nos llenamos de consternación. «¡Cielos santos!—exclamó Doña Juana con voz ahogada—. Huya usted, sálveme; mi marido llega.» No había medio de salir de allí sin encontrarse con D. Gregorio, sin esconderse en la alcoba ó sin refugiarse en el cuarto de Isabelita, que estaba contiguo. La chacha Ramoncica, en aquel apuro, me agarró de un brazo, tiró de mí, y me llevó al cuarto de Isabelita, con agradable sorpresa por parte mía. Halló D. Gregorio tan turbada á su mujer, que se acrecentaron sus recelos y quiso registrarlo todo, seguido siempre de su cuñado. Así llegaron ambos al cuarto de Isabelita. Esta, la chacha Ramoncica como tercera, y yo como novio, nos pusimos humildemente de rodillas, confesamos



Isabelita

nuestras faltas y declaramos que queríamos remediarlo todo por medio del santo sacramento del matrimonio. Después de las convenientes explicaciones y de saber D. Gregorio cuál es mi familia y los bienes de fortuna que poseo, D. Gregorio, no sólo ha consentido, sino que ha dispuesto que nos casemos cuanto antes. Doña Juana, á regañadientes, ha tenido que consentir también, á lo que ella entiende para salvar su honor. Y hasta me ha quedado muy agradecida, porque me sacrifico para salvarla. Y más agradecida ha quedado á Isabelita, que por el mismo motivo se sacrifica también, á pesar de lo enamorada que está de D. Ambrosio.

No he de negar yo, mi querido maestro, que la tramoya de que se ha valido la chacha Ramoncica tiene mucho de censurable; pero tiene una ventaja grandísima. Estando yo tan enamorado de Doña Juana y estando Isabelita tan enamorada de D. Ambrosio, los cuatro correríamos grave peligro si mi futura y yo nos quedásemos por aquí. Así tenemos razón sobrada para largarnos de este lugar, no bien nos eche la bendición el cura, y huir de dos tan apestosos personajes como son la madrastra de Isabelita y su hermano.

De Doña Juana á Doña Micazla, hermana del Padre Gutiérrez.

4 de Mayo.

Mi bondadosa amiga: Para desahogo de mi corazón, he de contar á usted cuanto ha ocurrido. Siempre he sido modesta. Disto mucho de crearme linda y seductora. Y, sin embargo, yo no sé en qué consiste; sin duda, sin quererlo yo y hasta sin sentirlo se escapa de mis ojos un fuego infernal que vuelve locos furiosos á los hombres. Ya dije á usted la vehemente y criminal pasión que en Carratraca inspiré á D. Pepito, y lo mucho que éste me ha solicitado, atormentado y perseguido viniéndose á mi pueblo. Crea usted que yo no he dado á ese joven audaz motivo bastante para el paso, ó mejor diré, para el precipicio á que se arrojó hace algunas noches. De rondón, y sin decir oste ni moste, se entró en mi casa y en mi cuarto para asaltar mi honestidad, cuando estaba mi marido ausente. ¡En qué peligro me he encontrado! ¡Qué compromiso el mío y el suyo! D. Gregorio llegó cuando menos lo preveíamos. Y gracias á que tropezó en un banquillo, dió un batacazo y soltó algunas de las feas palabrotas que él suele soltar. Si no es por esto, nos sorprende. La presencia de espíritu de la chacha Ramoncica nos salvó de un escándalo y tal vez de un drama sangriento. ¿Qué hubiera sido de mi pobre D. Gregorio, tan grueso como está y saliendo al campo en desafío? Sólo de pensarlo se me erizan los cabellos. La chacha, por fortuna, se llevó á D. Pepito al cuarto de Isabel. Así nos salvó. Yo le he quedado muy agradecida. Pero aun es mayor mi gratitud hacia el apasionado D. Pepito, que, por no comprometerme, ha fingido que era novio de Isabel, y hacia mi propia hija política, que ha renunciado á su amor por D. Ambrosio y ha dicho que era novia del joven malagueño. Ambos han consumado un doble sacrificio para que yo no pierda mi tranquilidad ni mi crédito. Ayer se casaron y se fueron en seguida para esa ciudad. Ojalá olviden, ahí, lejos de nosotros, la pasión que mi hermano y yo les hemos inspirado. Quiera el cielo que, ya que no se tengan un amor muy fervoroso, lo cual no es posible cuando se ha amado con fogosidad á otras personas, se cobren mutuamente aquel manso y tibio afecto, que es el que más dura y el que mejor conviene á las personas casadas. A mí, entretanto, todavía no me ha pasado el susto. Y estoy tan escarmentada y recelo tanto mal de este involuntario fuego abrasador que brota á veces de mis ojos, que me propongo no mirar á nadie é ir siempre con la vista clavada en el suelo.

Consérvese usted bien, mi bondadosa amiga, y pídale á Dios en sus oraciones que me devuelva el sosiego que tan espantoso lance me había robado.

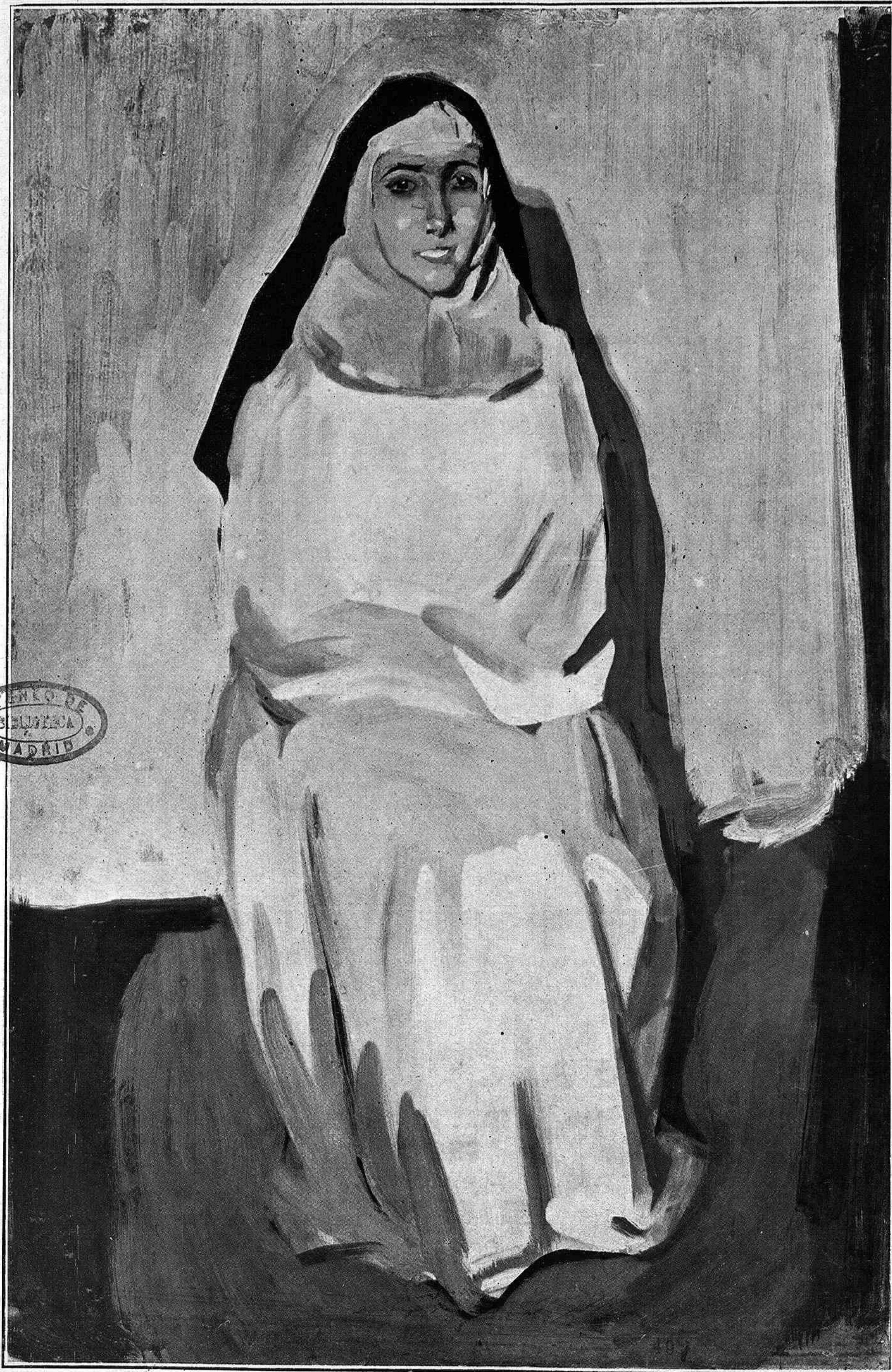
JUAN VALERA

(Dibujos de Aristo-Téllez)



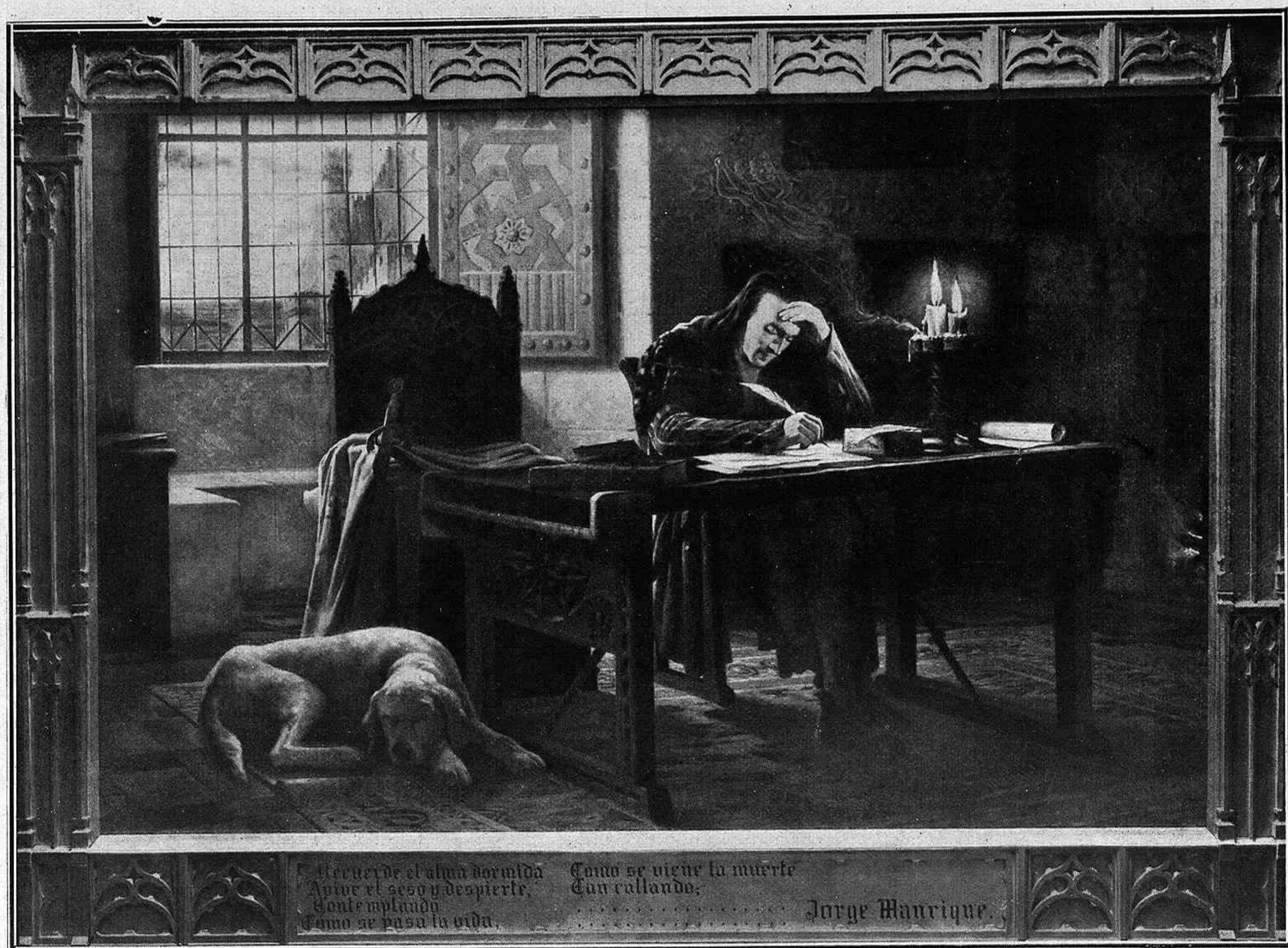
Don Pepito





Un apunte de Sorolla

He aquí uno de los últimos apuntes de Sorolla, una de aquellas admirables «manchas al gouache» con que el maestro iniciaba lo que luego habían de ser lienzos palpitantes de vida y de luz. «La monjita» tituló Joaquín Sorolla este apunte maravilloso, que tiene, dentro de su sencillez, de sus líneas esbozadas y de su color tímido, el «zapazo» inconfundible del artista glorioso.



«Jorge Manrique», cuadro de Mañanós, que figuró en una reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

JORGE MANRIQUE, HEROE DE ROMANCE

CUANDO Jorge Manrique abre los ojos al sol de Castilla en la rasa y severa tierra de Campos, donde había enraizado, con su linaje guerrero, la cepa española de la poesía didáctica, ya no era Castilla el «pequeño rincón» cantado por el monje de Arlanza, ni eran sus príncipes aquellos ingenuos y humildes monarcas de alma épica que, «de crudos cueros calzados y llenos de hielo los pies», adelantaban palmo á palmo la cotería de sus dominios, durmiendo sobre la sangre vertida en la jornada. A la lid campal había sucedido la intriga cortesana; al ardimiento del espíritu, las sutilezas de la astucia; podía más la perfidia que el esfuerzo.

El pueblo, empobrecido, desertaba de aquellas Cortes, donde alzaron su voz enérgica contra los caprichos del Poder Real los procuradores de las ciudades y de las villas. El antiguo fuero de la tierra amparaba los desmanes y tropelías de una nobleza tumultuaria y rebelde que, en perpetua discordia y con pretexto del bien público, esquilmbaba el solar patrio. Los reyes, sin color ni sabor

de tales, rendían su espíritu, desmazelado y flojo, al favorito más soberbio. Y en la corte, al cabo, sólo reinaba, según el señor de Bares—admirable troquelador de medallas históricas—, «cobdicia de alcanzar e ganar, engaños, malicias, poca verdad, cautelas, falsos sacramentos e contratos e otras muchas e diversas astucias e malas artes».

Con las costumbres cambiaba la historia. El ímpetu bélico, el varonil rumor de lucha suscitado por las viejas crónicas se escucha débil, lejano, dijérase que pronto á extinguirse en las narraciones contemporáneas. La mirada inquisitiva de los cronistas, antaño suspensa y deslumbrada por el brillo de la armadura, llega hasta el hombre que palpita dentro y escudriña su espíritu abrasado por la llama de todas las pasiones.

Y, sin embargo, el desorden y la confusión de que dan palmaria muestra los documentos de la época, ¿qué otra cosa eran sino vigor y pujanza, tumultuoso correr de la sangre, pulso y latido de un cuerpo pletórico, marejada interna de una sociedad que anhela formarse y cuya constitución definitiva pug-

nan por troquelar los diversos elementos que la integran?

Decía el maestro Juan de Avila, en su *Disciplina espiritual*:

«¿Habéis visto á los cantareros encender algún horno? ¿Habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego ó, á lo menos, negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia; apagado el fuego al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras, y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del Rey.»

En la mesa de Isabel y Fernando se colocó, moldeado, fuerte, cocido en su propio fuego, aquel barro español en que el espíritu exprimiera sus más altas esencias; pero la mano dura de los monarcas católicos, al deshornar entre llamas, le produjeron la quiebra, que, en su apogeo, era el portillo de la ruina.

Pero la grandeza castellana no había sido aún reducida al servicio doméstico de los regios alcázares por la férrea voluntad de los monarcas católicos. «La sciencia non embotaba el fierro de la lanza nin facia floja el espada en la mano del caballero.»

El linaje de los Manriques se abandera contra el condestable D. Alvaro de Luna, y es en la infancia de Jorge cuando la traición cortesana logra derrumbar al valido. Entre el llanto y el plañido de las gentes siega el verdugo la más alta cabeza del reino. Y mientras el cuerpo se pudre y los ojos sin luz miran de frente al sol «temible y bravo»; en tanto que, desbordantes del bacín de plata, las monedas de la limosna del pueblo ruedan tintas en sangre sobre las tablas del cadalso, el miserable rey, aurívoro, vesánico, de fortaleza en fortaleza y de pueblo en pueblo, vacía las arcas del condestable, amon-tona sus «vaxillas fabridas», sus galas y sus paños.

En torno al cadalso de Valladolid se alza una literatura que rueda sus ecos hasta la serena melancolía de las coplas manriqueñas. La grandeza de Castilla no ceta ni encubre con mentidos gestos de dolor su ansia vindicativa; no llora con hipócritas lágrimas el drama por ella provocado. Duro, acre y rencoroso es el canto de los magnates que brota de la cristiana pluma de su representante más excelso. Santillana, el caballero dulce de las serranillas, el moralista de los proverbios, exhuma de la mísera huesa del cementerio de los ajusticiados el cuerpo del favorito, coloca en sus hombros la cabeza trunca, y pone en sus labios—en cruelísima idolo-peya—la más acerba y extraña confesión de sus errores y crímenes.

«Casa a casa; guay de mí!
E campo a campo allegué.
Cosa ajena non dexé.
Tanto quise cuanto vi.
Agora, pues, vet aquí
Quanto valen mis riquezas,
Tierras, villas, fortalezas
Tras quien mi vida perdí.»

Degollado el maestro y muerto un año más tarde D. Juan II, no era, ciertamente, la mano debilísima de Enrique IV, rey con tan depresivo cognomento escarnecido por la Historia, la elegida para reprimir los desórdenes del reino y encauzar el hervoroso y sucio torrente de la vida nacional. El espíritu sensible, enfermizo, moderno y degenerado de este príncipe sin ventura pudo albergarse en la carne austera de un eremita, en la pícara y culta de un hidalgo, ó en la sencilla y rústica de un menestral ó de un pechero; no en la de un monarca castellano del siglo xv.

A favor de su flaqueza, de su tedio ó de su desengaño crece y se agrava el tumulto señorial. La sangre espesa y materiosa del cuerpo enfebrecido clama por el lancetazo, y no es el pulso de aquel tafiedor de laúd el más propicio para extirpar con el acero la carroña.

Tal era el estado político y social del reino cuando Jorge Manrique, señor de Belmonte, comendador de Montizón, trece de Santiago, capitán de hombres de armas de las guardas de Castilla—tales son los títulos, honores y preeminencias que le asigna en la *Historia genealógica de la Casa de Lara* su puntual y lisonjero cronista D. Luis de Salazar y Castro—, ya mancebo ardido, auxilia á su padre, el maestro tan famoso y tan valiente, en las civiles luchas con cristianos

y en las algaradas é interpresas fronterizas.

Pero su vida es breve: vida de amor y de guerra; y su muerte, la muerte bellísima de los escogidos que sellan sus pactos con la gloria. Muere en el campo de batalla, víctima de su ardidez y de su esfuerzo, como había de morir en el siguiente siglo Garcilaso, y en los albores del xix el alemán Körner. Y al despojarle del arnés de guerra, para revestirlo con los andularios mortuorios, le caen del pecho, manchadas con su cálida sangre moza, unas coplas que comenzaba á hacer contra el mundo.

Su hazaña postrera no encontró, ciertamente, cantor adecuado. Fué Alonso de Fuentes, el desvaído y prosaico poeta, el vulgar metrificador de crónicas sin color ni nervio, quien en su *Libro de los Quarenta Cantos*, publicado en Sevilla el 1550, rememora el paso heroico:

«En armas está Villena
con todo su marquesado;
por fronteros tiene puestos
dos caballeros probados:
uno don Jorge Manrique
por sus obras muy nombrado;
Pedro Ruiz de Alarcón
el segundo era llamado,
con muy buena guarnición
de gente de pie y caballo,
por lo cual todos los días
éstos corrían al campo,
y los contrarios salían
que estaban bien aprestados;
y por esto había contino
encuentros muy señalados.
Y acaso sucedió un día,
en uno muy porfiado,
cerca de Garci Muñoz,
castillo de los contrarios;
y en éste quiso don Jorge
mostrarse muy esforzado,
y metióse entre la gente
reciamente peleando,
hasta llegar á la puerta
del castillo que he nombrado,
y por falta de socorro
fué de la gente cercado,
y, al fin, con grandes heridas
fué de la vida privado;
y por ser tal caballero
fué por todos muy llorado...»

Pero con ser tan clara y noble su vida y tan estética su muerte, nada significan ni una ni otra para el nombre de Jorge Manrique. Sus famosas coplas lo envuelven en luz, esfuman sus contornos; sólo dejan, preciso y concreto, aquel su dolor de hijo que es el vulgar dolor de todos los hijos; lapidarias é intangibles, aquellas graves consideraciones sobre la caducidad de la vida y el perdurable imperio de la muerte, lugar común en los pasados y en el presente y en los venideros siglos. Las obras geniales son las que aciertan á plasmar en forma definitiva las ideas y los sentimientos, que por vulgares rondan en todos los cerebros y aletean en todos los corazones. Lo insólito, lo extraño, lo que por no tener raíces en la vida sentimental de la Humanidad está lejos de los más, no logra resistir el embate de las mudanzas del gusto. Lo que nace de la vida no muere en el vivir renovado de las generaciones. Los refranes, ¿qué otra cosa son sino altas filosofías despojadas de sus vestiduras de ingenio, desnudas, en forma vividera, de boca á oído, sin polvo de teoría libresca? Jorge Manrique acertó á expresar claramente, con palabras limpias y cadencias rítmicas,

cas, la canción confusa que entre dientes todos tarareamos.

La crítica literaria podrá decirnos por qué tronco sube la savia de este supremo brote lírico, que tiene fragancia de flor y sazón de fruto. Por ella sabremos que su materia moral y filosófica se alumbró en los manaderos bíblicos y en los chortales clásicos; corre por la poesía latina de la Edad Media y aparece en Francia con Villon, y apunta en España con los primeros poetas didácticos. Dentro del siglo xv, en el fraile Migir, en el comendador Talavera, en el joven Santillana, aparece este movimiento interrogativo que caracteriza á las coplas del hijo del maestro. Gómez Manrique es padre de muchas imágenes y hasta de parte de la forma ya rimada de la expresión. Pero es Jorge el que llena de sentimiento el lugar común; el que unge de poesía la frase manoseada, el concepto vulgar. Su obra surge forjada de un golpe, sin que adivinemos el artificio de la elaboración, sin que la máquina chirrie ni el más experto señale en ella quiebra ni soldadura, titubeo ni desmayo. Es la flor agreste, única en el matiz y peregrina en la forma, que emerge espontánea, sin cultivo, y resiste al sol, al viento y á la piedra. Sólo Quintana, aturdido por los martillazos de sus odas, pudo tachar de artificiosa é inadecuada la forma métrica de esta elegía, que tiene en su rima quizá el mayor acierto. Dijérase que el poeta había copiado el ritmo del manso fluir de los ríos que van á dar en la mar, que es la muerte. Hasta la caída graciosa del verso quebrado semeja la cortada música de una corriente que, tras deslizarse silenciosa por un lecho de arena, desgrana un punto sus aguas entre las guijas y pedrezuelas del cauce. Pero parece presuntuoso desentrañar el sentido de las coplas y encarecer sus bellezas cuando son cumbre de nuestra poesía, y por las antologías corren impresas, y en nuestros labios viven, y en el corazón de los poetas actuales hallan su culto y su altar.

En Jorge Manrique, el poeta élego mata al héroe del romance. El esfuerzo de su vida guerrera, aun coronado por tan generosa muerte, es brote común en el pimpollar heroico de aquella edad. Dentro de su propia familia y linaje—á juicio de Salazar y Castro, el caluroso y prolijo genealogista, quien basa principalmente su aserto en el testimonio de Hernando del Pulgar, contemporáneo del poeta—, le sobra y aventaja en actividad épica su padre, el maestro D. Rodrigo Manrique, aquel magnífico caballero que venció XXIV batallas de moros y cristianos, según rezaba la pomposa inscripción de su sepulcro de Urlés—sepulcro, sin duda, desaparecido, ya que la bien orientada y escrupulosa erudición de Ricardo de Orueta, par en él de un exquisito gusto estético, no lo registra en su interesante obra *La escultura funeraria en España*.

Pero sus coplas, prodigio de serena, tersa y desengañada melancolía, resalvo airoso en el rebollar poético del siglo xv, obra que parece brotada, rotunda y concreta, no del cerebro de un hombre, sino de la entraña misma de la Naturaleza, le arrancan á la gloria restringida, huidera y caduca de una aristocracia militar; y en plenitud de vuelo, al través de las centurias, vencedoras de las mudanzas y trueques del gusto, le remontan á la universal democracia lírica del sentimiento.

Y por sus coplas, Jorge Manrique, como fué ayer, es hoy y será siempre.

ENRIQUE DE MESA



ESCRITORES DEL SIGLO XIX

LAS DOS MULTAS

Por MARIANO DE CAVIA

MUEL es un pueblo de moriegos—como se llama en Aragón á los moriscos—, situado entre Zaragoza y Cariñena.

Guárdase en él todavía, si bien con mucho menos esmero y pulcritud que en el pueblo valenciano de Manises, la tradición de una de las artes más características de la España musulmana, cual es la construcción de la loza con reflejos metálicos.

Y guárdase también otra tradición de igual abolengo (¡esta sí que se guarda con verdadero tesón y amor constante!), que vemos igualmente guardada en las nueve décimas partes del resto de la España actual, cual es la típica y genuina *alcaldada*.

No son los de Muel alcaldes de monterilla—por la razón natural de no estar muy en uso por aquellas latitudes semejante «artefacto»—; pero la manta moruna en que se envuelve el cuerpo y el ancho cachirulo con que se ciñe la cabeza, recuerdan con harta más viveza y exactitud que las prendas de vestir usadas en otros lugares, el alquicel y el turbante del *alcadí* de otros tiempos, padre y modelo del alcalde de nuestros días.

Bien puede ocurrir, puesto que no hay cuento ni chascarrillo al cual no le saquen los eruditos la punta de su estirpe, buscán-

dosela allá en los remotos tiempos de la India, la Persia y la China, que el cuento *Las dos multas* sea un «sudedido» real y efectivo, ya que no en épocas y regiones tan lejanas, al menos en los días en que Alfonso el *Batañador* se aprestaba á poner la férrea mano sobre aquellas comarcas; pero como yo no he oído atribuir el lance á ningún Abdallá ni á ningún Muley de los que mandaran en Muel «por aquel entonces», sino al tío Goticaceite, que imperaba allá por los primeros años del reinado de Isabel II (de *felice* memoria), claro está que al tío Goticaceite me he de referir.

¿Quién era el tío Goticaceite?

—¡El hombre más agudo de Muel!—respondían en el acto sus admiradores cuando oían tal pregunta.

A lo cual replicaban otros menos admiradores del tío Goticaceite:

—Miá tú que como agudo... ¡También es agudo el tío Mostillo!

Y sobre cuál lo era más ó menos, se armaban discusiones y disputas, que dejaban tamañitas las del omousios y el omoiuscós de los teólogos de Bizancio.

Mientras tanto, el tío Goticaceite y el tío Mostillo eran los mejores amigos, no digo

del mundo, sino de Muel... ¡que vale más!

El tío Mostillo era el juez de paz, y el tío Goticaceite, alcalde.

Júpiter y César compartiendo el mando.

•••••

Y ocurrió una tarde, «entre clara y entre yema», que ambos tíos—ó si se quiere deidades—estaban en la Casa Consistorial de Muel, acompañados de tres compinches de la misma laya, trazando honradamente el plan... de una merienda.

—¿Amos á juála al guiñote?—dijo el tío Mostillo.

(Juála es el equivalente mudéjar de «juarla»).

—Pa ese paso—respondió el tío Goticaceite—no se necesitan alforjas. Lo que es á mí no me hacen bondá las alifaras si no son á cuenta de otri.

—¿De otri?

—De otri.

—¿Y de ande vas á sacar las cuadernas?

—¡Aura lo verís!—dijo con majestuosa entonación aquel Agrajes municipal aragonés.

—Tú, Sopleta—añadió, dirigiéndose al secretario del Ayuntamiento, que también era

de la partida—, ¿cómo está ese fondo de multas?

—Medianicamente.

—¿A cuánto llegará?

—A ocho riales, y eso en chavos.

—¡Muchos que me días, Sopleta! Pero á lo que estamos, maños. ¿Como cuánto más hará falta pá el corderico, las olivicas, el queso y el pan?

—De un duro no baja.

—Pues ¡voy á por el duro!

Y diciendo y haciendo, *arrió pa lante* el tío Goticaceite, seguido del tío Pachón, alguacil, sacristán y «voz pública» de Muel.

Momentos después hallábanse en la plaza olfateando la pieza, cuando vino de una callejuela inmediata este grito, que alegró el corazón del tío Goticaceite:

—¡Miel, á la rica miel! ¡Miel, á la güena miel!

—Tío güeno—dijo el alcalde al serrano á tiempo que éste desembocaba en la plaza—, ¿me la quiusté enseñar?

—¡Y que va usté á enamorarse de ella!—respondió el melero, levantando el lienzo que cubría la cántara.

—¡Rediós!—exclamó Goticaceite, haciendo un gesto de asco—. ¡Esa miel tiene viruelas!

—¿Viruelas?

—Sí, hombre, sí; y si no, ¿qué concho son esos punticos negros?

—Moscas.

—¿Cómo moscas?

—Moscas, sí, señor, porque ya sabe usté que las moscas...

—¡Alto á la reina, rediós! ¡Gorrino, más

que gorrino! ¿Cómo satrevusté á venir á vender á los de Muel esa cochinateda?

—Pero...

—A ver, tío Pachón, ¿cuántas moscas trae la miel?

—Una, dos, tres, cuatro, seis, nueve, doce, quince..., ¡veinte justicas!

—Pues á rial por mosca, son veinte reales de multa. ¡A pagala ó á la cárcel!

Y el melero, después de nuevas protestas suyas y nuevas amenazas del alcalde, no tuvo más remedio que aflojar el duro, con el cual penetraba triunfante á los pocos minutos el tío Goticaceite en la Casa Consistorial de Muel.

•••••

—Tanto por el corderico... Tanto pa las olivas... Tanto pa el queso... Tanto pa el pan... ¡La cuenta justa!—decía el bueno del alcalde.

—Y el vino, ¿ande le pones?—preguntó el juez de paz.

—¡Otra! Pus el tío Mostillo tié razón...

—Lo que es á por la miaja de la bebía no imos dir al charco...

—Ni á la fuente...

El tío Goticaceite cortó todas estas exclamaciones, diciendo amostazado:

—¡Aún querís que vaya y le saque otro duro al tío de la miel!

—No, porque el que va á sacárselo soy yo.

—¿Tú, Mostillo?

—¡Yo!

—¿Y cómo?

—¡Aún lo verís!—dijo el rival de Goticaceite en mañas y agudezas, tomando el por-

tante en el acto, y seguido, como el otro, por el indispensable tío Pachón.

—¡Miel, á la rica miel! ¡Miel, á la güena miel!—seguía gritando el serrano en la plaza, no sin dejar traslucir en su acento la rabia que el lance ya narrado le había producido.

—¿Se pué ver, tío güeno?—preguntó el juez de paz.

Destapó el hombre la cántara, y el tío Mostillo empezó á mirar y á remirar la miel, haciendo gestos de extrañeza.

—¿Qué es lo que busca usté?

—¡Qué he de buscar! ¡Las moscas!

—¿Las moscas?

—Sí, hombre, sí; paice usté el tonto de Lumpiaque... ¿Cómo es que esta miel no tié moscas? ¿No sabusté que miel sin moscas es miel de mentiricas?

—Sí, señor; pero como el señor alcalde mi ha mandau quitar las moscas que tiaía mi miel...

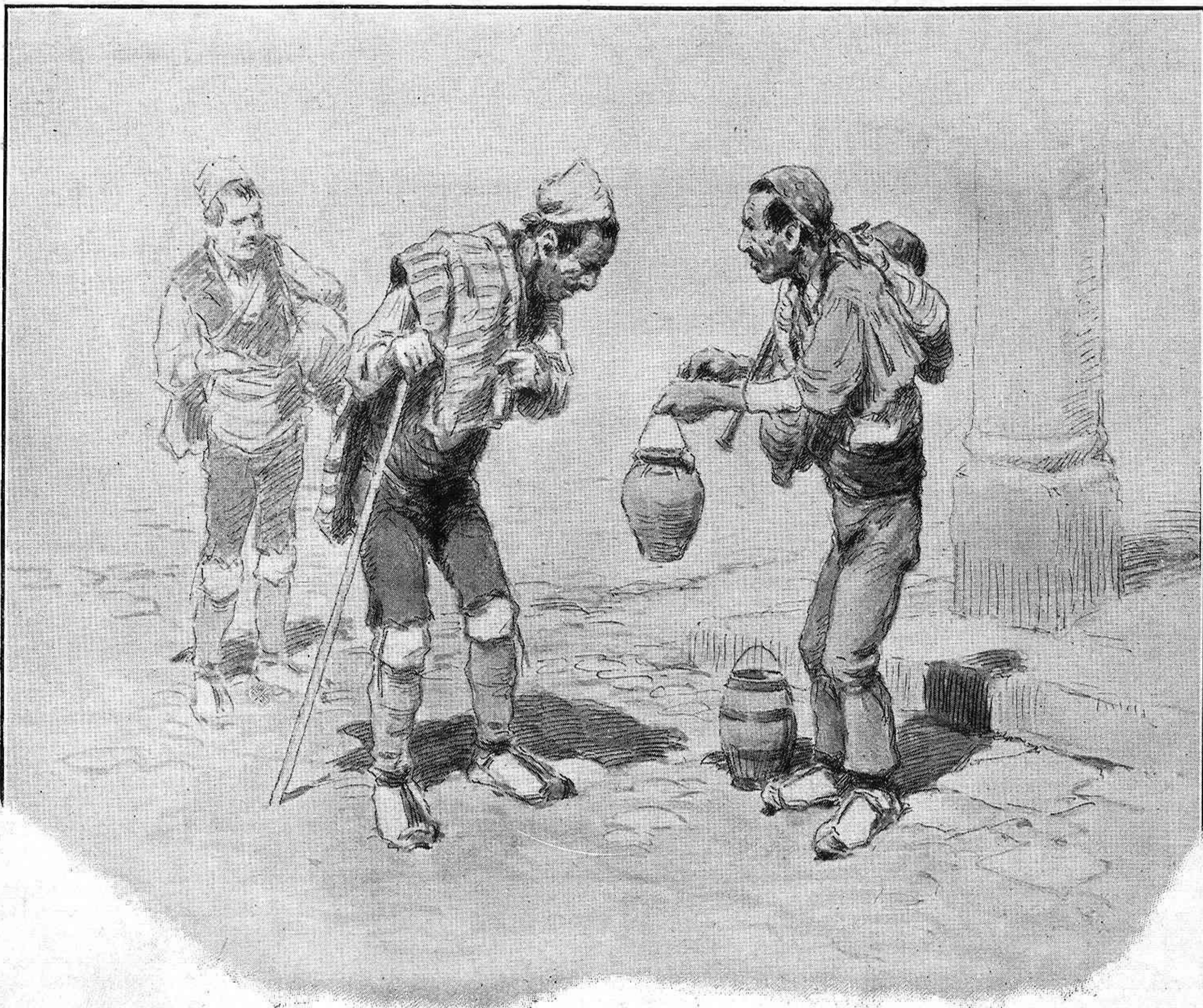
—¡Eso no pué ser! Y por faltar á la autoridad con calumnias, á más de venir á engañar á los de Muel con miel mala, va usté á pagar aura mismico veinte riales de multa.

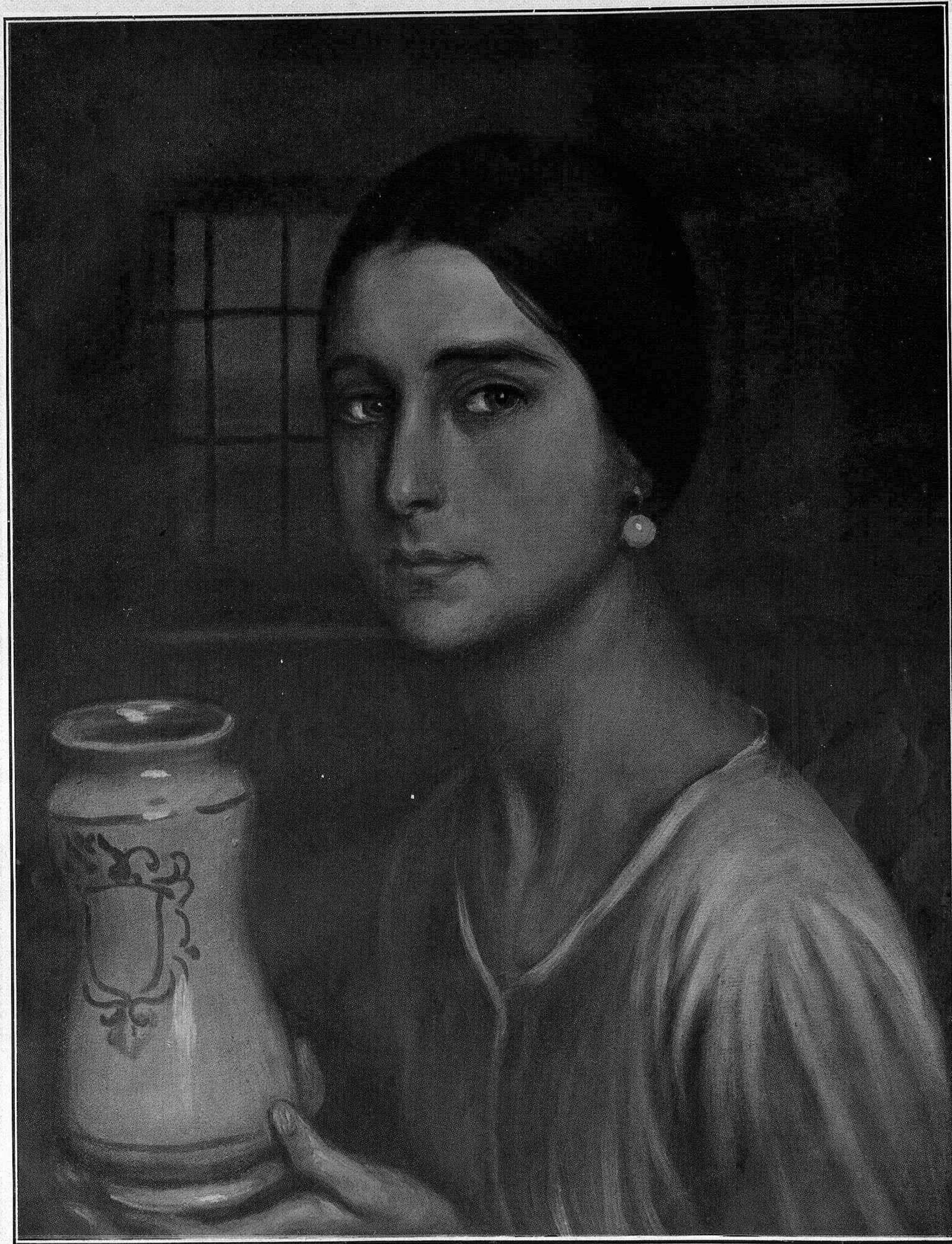
—Pero...

—¡A pagarlos, rediós! ¡A pagarlos ú á la cárcel!

Y excusado es decir que las autoridades de Muel remojaron «el corderico», «el queso» y «las olivicas» con líquido que no se trajo del charco ni de la *fuente*, sino de la famosa y acreditada taberna de la seña Agustina, vulgarmente llamada *la Barrigona*.

(Dibujos de Regidor)





«Retrato», por Julio Romero de Torres

De esa doble faceta femenina que caracteriza el arte de Julio Romero, donde el fulgor casto y el fulgor sensual arden perennes con discreta pugna, el artista prefiere para este cuadro el sencillo recato y la quietud espiritual. No es, ciertamente, un reto voluptuoso, sino una suave, una sosegada calma sentimental, la que expande del bello lienzo...

Maricela

(CUENTECILLO INOCENTE)

Por S. y J. ALVAREZ QUINTERO

ESTA noche, lectorcilla infantil, vamos á contarte una historia que tenemos por verdadera, aunque no lo parece, y que aprendimos de boca de un pastorcito de quince años, guardián de un rebaño de pacíficas y mansas ovejas, allá por unas tierras lejanas que tú no conoces, ni siquiera sospechas en dónde están: tierras felices, en las que no hay ensueño que se llame quimera, porque todo lo maravilloso puede ser en ellas verdad.

Quién dice que la tal historia es cuento fantástico, fruto poético de la imaginación popular, que dora con su luz, como el sol, todo rincón donde penetra con sus rayos y todo sitio por donde pasa; quién asegura que fué piadosa creación de un trovador errante, para entretener y cautivar, consolándola al mismo tiempo, á una princesa que se moría de soledad en su palacio.

El pastorcito que nos la contó, sin embargo, juraba con las manos en cruz que era tan cierta como los aullidos del lobo en el bosque, y como la alegría de la tierra al amanecer y la soledad de los campos en la noche estrellada.

Ahora escúchala tú, que sabemos que has de gustar de ella, porque lleva en sí tristeza y consuelo, lo mismo que llevan las lágrimas.

II

Maricela tenía quince años, más cerca de los dieciséis que de los catorce, y era blanca y bonita, como el primer lucero de la tarde. Maricela vivía en un palacio de oro y cristal, cercado de jardines pomposos, cuyas flores

y cuya verdura lozana espejaban las aguas tranquilas de lagos y fuentes. De remotos climas traíanle flores de una flora desconocida para ella, que hallaban lecho de muerte en sus trenzas de ébano; de países lejanos traíanle avejillas cantoras, prodigio de Dios, que alegraban su despertar inocente con risueños trinos...

Pero Maricela vivía sin vivir: no era dichosa, porque era prisionera en su palacio. Las aguas, limpias como espejos, de los lagos y de las fuentes de sus jardines copiaban

dentro de su alma, sino para cantarla en alta voz y á todas horas, bien entre las flores de sus jardines, bien entre los cristales de su alcoba dorada. Los padres tampoco la complacían en esto. ¿Cómo consentir tan altos señores que una canción popular y plebeya saliese nunca de los puros labios de la niña? Le regalarían otra joya, la que más valiese, la que mejor halagara su deseo; pero, ¿cantar la canción del zagalillo? Imposible.

Así vivía sin vivir la desdichada Maricela,

siempre pensativa y melancólica la imagen de la niña. ¿Qué faltaba á Maricela, si tenía riqueza y bienestar, halagos y caricias de sus padres y de sus servidores? ¿Qué faltaba á Maricela, si no había espejo á que se asomase en su palacio que no la llamara bonita?

Faltábale alegría en el alma; risa en el corazón. Maricela, desde las ricas galerías de su palacio, veía jugar y divertirse juntas á las niñas y á las muchachas pobres; pedíales permiso á sus padres para ir á compartir con ellas la diversión y el juego, y sus padres le ofrecían, para contentarla, buscar para ella una maravilla de otro mundo; pero de ningún modo autorizaban que las finas sedas de sus vestidos se rozaran con las humildes ropas de la pobreza.

Maricela oía por las noches, abiertos más que nunca los ojos, como si estuviese esperando el día, á un zagalillo que solía pasar por aquellos contornos entonando una canción de amor; como de amor, risueña y galana. Pedía permiso también, no ya para aprenderla, pues la cantaba



cada vez más triste y cada vez más parecida al primer lucero de la tarde.

III

Una noche, poco después de pasar el zagalillo cantando, en la frente de nácar de la niña brilló esta idea como una luz nueva:

—Quiero ser dichosa.

¿Fue impulso misterioso y secreto de su corazón angustiado? ¿Revelación luminosa de un sueño? ¿Adivinación inconsciente de un mundo que ella traslucía en las lontananzas del ideal? ¿Despertar inquieto de sus sentidos? No nos es dado precisarlo, porque el pastorcillo que nos contó la historia abrigaba también sus dudas en este punto. Ello fué, en fin, que Maricela, alegre y viva como un pájaro, se escapó del aborrecido palacio y se vió presto en los campos libres y tranquilos.

Andando, andando, le salió al paso el día. El sol pintó de colores el cielo y la tierra, y Maricela corrió por los húmedos valles, escaló los montes azules, se miró en los mansos arroyuelos, cantó con los pájaros locos y voló entre las mariposas como una más...

En mitad de un camino que sombreaban árboles corpulentos, cuyas hojas cuchicheaban al beso del aire, se encontró á una vieja mujer que le pidió una limosnita. Maricela se quitó una de sus joyas y se la dió riendo. La vieja abrió los ojos asustada y le besó la mano con que se la diera. Maricela tornó á reír.

Y la mendiga le preguntó:

—¿Qué buscas tú sola por estos campos, niña de la carita blanca?

Y la niña de la carita blanca hubo de contestarle:

—Quiero ser dichosa.

—Pues ven conmigo y lo serás—le respondió la vieja mujer.

Maricela no tuvo miedo, y echó á andar con ella de la mano.

IV

Llegaron á una casita miserable y pequeña. Al amparo de una de sus paredes crecía un rosal. Eran sus rosas encarnadas, fragantes y bellas. Maricela dijo, mirándolas:

—Rosas así no tengo en la riqueza de mi palacio. ¿Cómo se llaman estas rosas?

—Se llaman corazones—contestó la vieja. Y añadió luego, mostrándole

una pequeñita de color violáceo, que arrancó del suelo: —Huele ésta.

Aspiró la niña con toda su alma aquel perfume, grato y penetrante como ninguno, y perdió el sentido y cayó desmayada en los brazos de la mendiga.

Y aquí entra lo que parece inverosímil ó falso de esta historia; y es que Maricela, no obstante haber perdido toda noción de vida y de ser, veía claro, pero sin poder impedirlo, cuanto la vieja hacía con ella. Y vió con espanto que le abrió el seno con un puñal, y que sin derramar gota de sangre—cosa que le maravillaba—le sacó el corazón, y cortando una rosa de aquel rosal que al abrigo de la casa crecía lo prendió en su tallo. El corazón de la niña, en efecto, parecía otra rosa puesta en él.

Y en seguida la vieja, después de dejar el corazón en el lugar de la rosa, llenó con la rosa el hueco vacío en donde estaba el corazón.

Maricela se estremeció de placer y volvió á la vida súbitamente. Y empezó á reír y á llorar á un tiempo; y besó y abrazó á la mendiga; y aspiró con delicia el aire del campo lleno de aromas vivificadores; y sintió anhelos no sentidos jamás; y cantó la canción del

zagalillo, que nunca pudo cantar en su palacio; y vió pasar á lo lejos un jinete envuelto en leves nubes de polvo, y preguntó quién era, y la vieja le dijo que era un príncipe que iba á buscarla; y Maricela entonces miró al cielo infinito y tuvo impulsos de volar hasta él y bendecir su suerte ante Dios.

Su bienhechora, que la contemplaba embebecida, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Maricela.

—Pues bien, Maricela, vuelve ya á tu palacio, que si notan tu falta seremos perdidas, y pasa este día y esta noche con esa rosa que te he puesto por corazón, que ni la noche ni el día olvidarás por mucho que vivieres, y ven mañana al mismo sitio y á la misma hora en que me has encontrado.

—¿Y qué haremos entonces?—preguntó la niña con vehemente curiosidad.

—Llegar hasta aquí, como hoy—replicó la vieja.

—¿Para qué?

—Para que yo saque esa rosa de tu pecho y la vuelva al rosal en que estaba, y del rosal separe tu corazón y lo vuelva á tu pecho.

El semblante de Maricela se nubló tristemente al oirla.

—Pero si me cambias la rosa por el corazón—se atrevió á decir, desencantada—, esta dicha que he hallado la perderé.

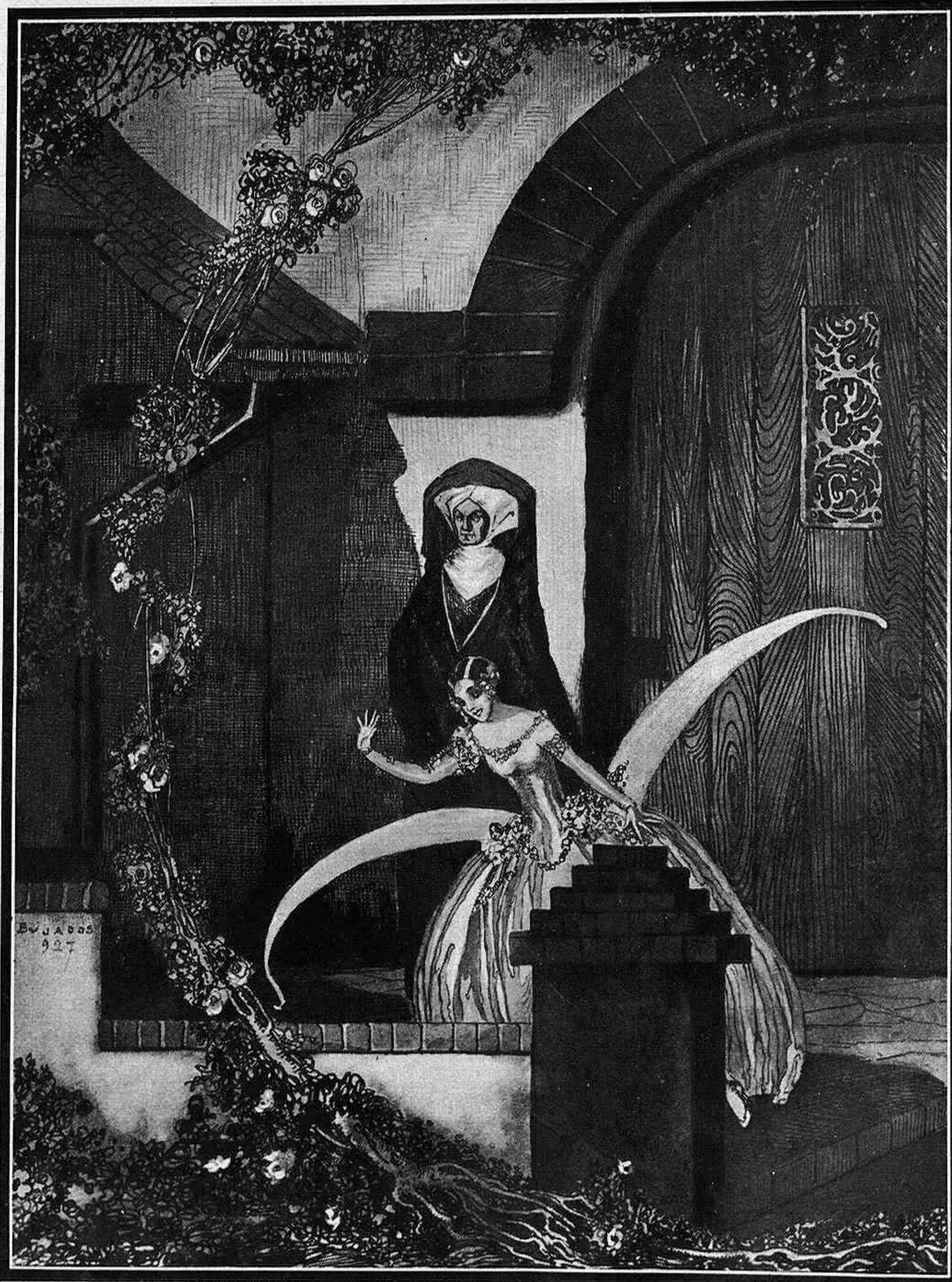
La vieja sonrió de su inocencia y le contestó sencillamente:

—No tengas cuidado, Maricela. Con la rosa en vez de tu corazón sólo podrías vivir unas horas. Por eso necesitas el corazón. Pero confía en que mañana, cuando vuelva á tu pecho, llevará ya la savia de este rosal, el perfume de sus compañeras, la alegría de estos campos, el sol de este día y el rocío de la noche que ha de seguirle...

Maricela, convencida, lloró de dicha y de gratitud; llenó de besos las manos de la vieja mujer, y emprendió gozosa y riente el camino de su palacio, cantando otra vez, y otra más, aquella canción del zagalillo, como de amor, risueña y galana, que nunca le dejaron cantar...

S. y J. ALVAREZ
QUINTERO

(Dibujos de Bujados)



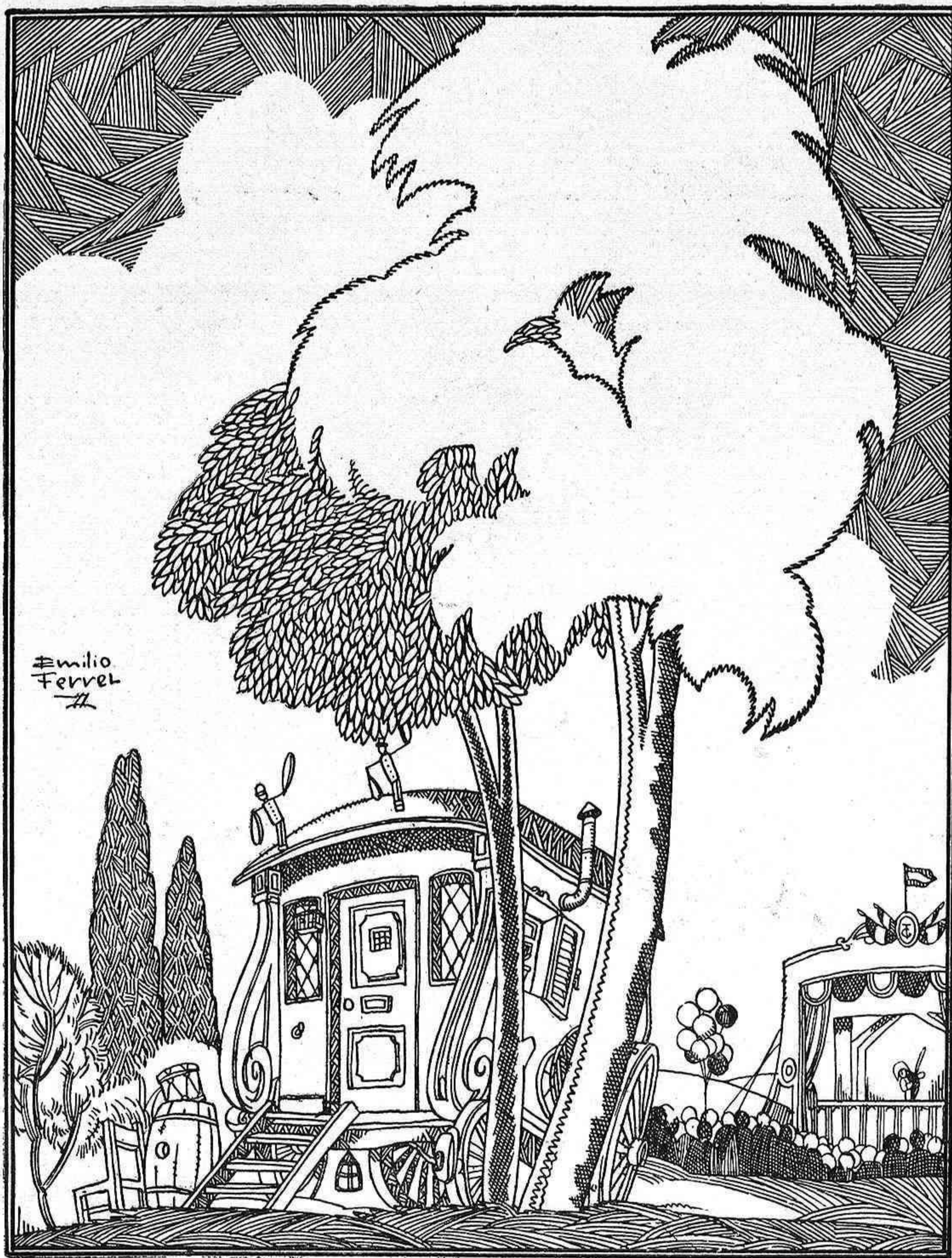


«Huertano valenciano», cuadro original de José Benlliure Gil



«Castiza», cuadro de
Eduardo Chicharro

Recientemente se ha comentado en estas mismas páginas, con toda la atención que merece, la importante serie de lienzos—homogéneos en cuanto al tema inicial, pero tan dispares y varios en lo que se refiere a los diferentes tipos representativos de mujeres del mundo—expuestos por el admirable pintor Eduardo Chicharro. He aquí uno más de aquellos lienzos, al que si hubiéramos de atribuir a los demás una finalidad etnográfica, que acaso el propio artista no se cuidó de catalogar así, correspondería la graciosa, desenvuelta y hechizadora misión de representar cumplidamente a la mujer madrileña. Esta mujer madrileña de hoy y de siempre, que si procura modernizarse y asimilar las costumbres y arrequives extranjerizos, no ha olvidado ese arte inconfundible de «llevar» el pañolón de Manila de los antiguos sainetes y las remotas verbenas



ESCRITORES DEL SIGLO XIX
(CATALUÑA)

POLICHINELA

POR

JUAN MARAGALL

EN mis ocios termales me he aficionado al teatro de Polichinela: un verdadero teatro. ¡Qué interés!, ¡qué acción!, ¡qué personajes! y, sobre todo, ¡qué público! Un verdadero público; un público de niños; esto es, una alma de público elevada al cuadrado. Es público y coro: interviene en la acción, la mueve, ayuda á ese personaje, increpa á aquél, contesta á sus preguntas, les engaña, se opone á un desenlace, impone otro, está siempre en la escena; es un coro, es un verdadero público.

Y el héroe del drama, ese Polichinela, es todo un hombre: un hombre malo, lleno de vida, trágico; por eso arrastra toda la simpatía del público, porque vive en sí. En torno suyo se agitan representaciones de la autoridad, ministros de la ley, ejecutores de la justicia. Pero él no representa á nadie, ni es ministro de nada, ni ejecutor de otra cosa que de su voluntad; es, sencillamente, un hombre en lucha con todas aquellas representaciones, es decir, un trágico personaje; por esto arrastra todas las simpatías.

«Es un hombre que va vestido de dos colores, tiene una nariz muy grande y habla con voz de cotorra»; así le anuncia el gendarme que anda buscándolo, y ya prevemos todo el personaje: falso, feo, iracundo, en lucha con todo lo divino y lo humano.

Polichinela ha matado á su mujer, ha comido á sus hijos; es un enemigo de la sociedad, un destructor de todo orden establecido, y hay que

castigarlo, juzgarle, prenderle, ante todo; y á eso viene el gendarme, y esto es lo que cuenta al público, mientras Polichinela aparece por el foro, renegando de su suerte y maldiciendo de todo con su rabiosa voz de cotorra. El gendarme, al verle, cree reconocer al que busca: «¿Es Polichinela?»; pregunta al público. «¡No!», contesta el clamor infantil del coro del pueblo, que ya de momento se pone de parte de su antiguo conocido, de su favorito el Rebelde.

El gendarme no se fía y se acerca al hombre con muy buenos modos; éste le repele con un rebufo, y le intima que no se meta con él. El otro, en cumplimiento de su deber, le pregunta si es Polichinela. «¡No!», repite el público, el coro, el pueblo á una voz, para sofocar toda otra respuesta. «Pues, entonces, ¿cómo se llama usted?» «Me llamo como se llamaba mi padre.» «Y su padre, ¿cómo se llamaba?» «Como yo.» Esta salida, más que aguda, desvergonzada, promueve una estrepitosa carcajada aprobatoria en los niños. Pero el gendarme, bien seguro con la confronta-

ción de las señas, dice: «Tú has matado á tu mujer, has comido á tus hijos...» «Mi mujer y mis hijos están bien vivos», interrumpe, mintiendo descaradamente. «¿Cómo han de estar vivos—replica el gendarme—, si yo he acompañado el entierro de tu mujer y la he visto muerta y bien muerta?»

Polichinela se ve perdido; entonces finge un gran estremecimiento el hipócrita, y levantando los brazos al cielo, da un grito muy grande: «¡Muerta!... ¡Ay!, ¡pobre mujercita mía! ¡Ay!, ¡pobre palomita sin hiel! ¡Muerta! ¿Para qué vivo ya?», y se retuerce sobre el proscenio llorando desesperado. El bueno del gendarme se entenece (y esto les hace mucha gracia á los niños, ver un gendarme que se entenece) y empieza á dudar de que aquel hombre sea culpable. Así le dice: «Oye: tu mujer ha sido asesinada, no hay duda; si no eres tú el asesino, ¿sospechas de alguien? Dilo y le buscaremos.» Polichinela, incitado por el éxito á la burla, que es su elemento natural, diabólico, dice que sí sospecha de alguien y que va á buscarlo, y vuelve con una enorme tranca entre sus brazos. El gendarme no comprende, insiste en que le traiga al culpable, y entonces el otro le dice con sorna, mostrando la tranca: «Pues aquí lo tienes; éste es el que ha matado á mi mujer.» «Pero esto es un leño; ¿quién lo ha movido para herir?» Polichinela ríe únicamente y todo el público con él. Entonces el guardia se amosca y dice: «Bien veo ahora quién es el culpable. ¡En nombre de la ley date preso!» «¿En nombre de la ley? ¡Toma!», y le atiza un trancazo y después otro y otro, hasta tenderle muerto, entre la regocijada gritería del pequeño público; esto es, del gran público, que aplaude á rabiar el triunfo de su héroe sobre la ley, representada por el pobre gendarme.

Acuden los compañeros de éste, mientras Polichinela esconde la tranca y se hace el distraído. Pero ellos le reconocen, y el cabo se acercan á él con precaución; pero los niños del público le avisan: «¡Polichinela!, ¡eh! ¡Polichinela!, ¡cuidado!» El héroe vuelve la cabeza, y el gendarme retrocede, aterrado. «Su sola mirada me hace ya temblar», dice. Excita á sus compañeros á echársele todos juntos encima; pero todos tiemblan ante la mirada terrible del rebelde, hasta que éste les vuelve desdeñosamente la espalda. Entonces se precipitan sobre él y le prenden.

Ya está Polichinela ante el juez. Este juez es sordo, tartamudo y corto de vista; el público ríe mucho á costa del representante de la ley. «¿Por qué has asesinado á tu mujer?», pregunta, al fin, á tropezones. «Porque me estorbaba», contesta el otro cínicamente. «¿Y por qué has comido tus hijos?» «Porque tenía hambre.» Gran indignación en la escena y gran regocijo en el público por la franqueza del héroe. El juez manda que le traigan el libro de la ley; busca y rebusca en él; no sabe encontrar el artículo correspondiente; no ve bien; pide una luz y acude el bobo de Pierrot con una vela. «Más cerca, más cerca», dice el juez. Y Pierrot, torpe, le acerca tan-

to la vela, que prende fuego en las venerables melenas, y en medio de la confusión que esto produce, Polichinela escapa.

Ya le tenemos otra vez solo y libre junto á su casa. Entonces viene Pierrot y le dice: «Ya ves cómo te he salvado; ¿qué recompensa me das?» «Es muy justo—replica el otro—; aguarda.» Entra en su casa y vuelve á salir con la tranca, moliendo á palos á Pierrot, que huye chillando. Entonces acude más fuerza, prenden otra vez al asesino, se presenta el verdugo, planta la horca

é invita á Polichinela á pasar la cabeza por el lazo. Este finge probarlo, y dice que no sale. «Pues mira, es muy sencillo: una..., dos..., ¡tres!» y en el momento en que el verdugo pasa la cabeza, Polichinela le tira fuertemente de las piernas, le estrangula, arranca la horca del suelo, y con ella y con el cuerpo del verdugo colgado embiste á todos los presentes, matando algunos y dispersando á los demás, en medio de una delirante ovación del público. Entonces pone los cadáveres doblados sobre la horca y pregunta á la sala: «¿Queréis que los lleve?» «¡Sí!» Con sobrehumano esfuerzo carga con todo sobre sus espaldas y se va con sarcástica majestad cantando:

Mambrú se fué á la guerra;

y todos los niños á voz en grito:

Vivondón, vivondón, vivondena.

¡Y qué aplausos, qué risas, qué triunfo! Así concluye el drama.

¡Ah!, pero hay un epílogo. Es negra noche, y Polichinela aparece camino de su casa, renegando siempre de su suerte y maldiciendo, aun vencidos, á sus enemigos con aquella rabiosa voz de cotorra. Pero he aquí que en torno suyo van apareciendo unos seres extraños, monstruosos, serpientes, cocodrilos, que empiezan á rastrearle. El público le avisa: «¡Eh! ¡Polichinela! ¡Cuidado!» Vuélvese, y un cocodrilo le agarra por la larga nariz, arrancándole un horrible chillido. Logra desasirse, pero aquellos fantasmas de su conciencia siguen en torno suyo. Polichinela empieza á temblar; Polichinela, por primera vez, tiene miedo. Sacando fuerzas de flaqueza, coge otra vez el palo y trata de ahuyentar los monstruos. Es en vano. Sus golpes dan siempre en el vacío. Polichinela tiembla de pies á cabeza, el palo cae de sus manos, y de pronto se encuentra frente á frente con el diablo en persona. Polichinela intenta engañarle, ablandarle; el otro no contesta, no habla: sólo deja oír de cuando en cuando un horrible trino gutural que acaba de aterrorizar al héroe, y éste se entrega. El diablo carga con él; pero al llevarlo, Polichinela se yergue en un supremo esfuerzo para lanzar el último reto de su rebeldía, la última burla, al mundo, al cielo y al infierno, adonde es llevado:

Mambrú se fué á la guerra

canta sarcásticamente; y los niños, el público:

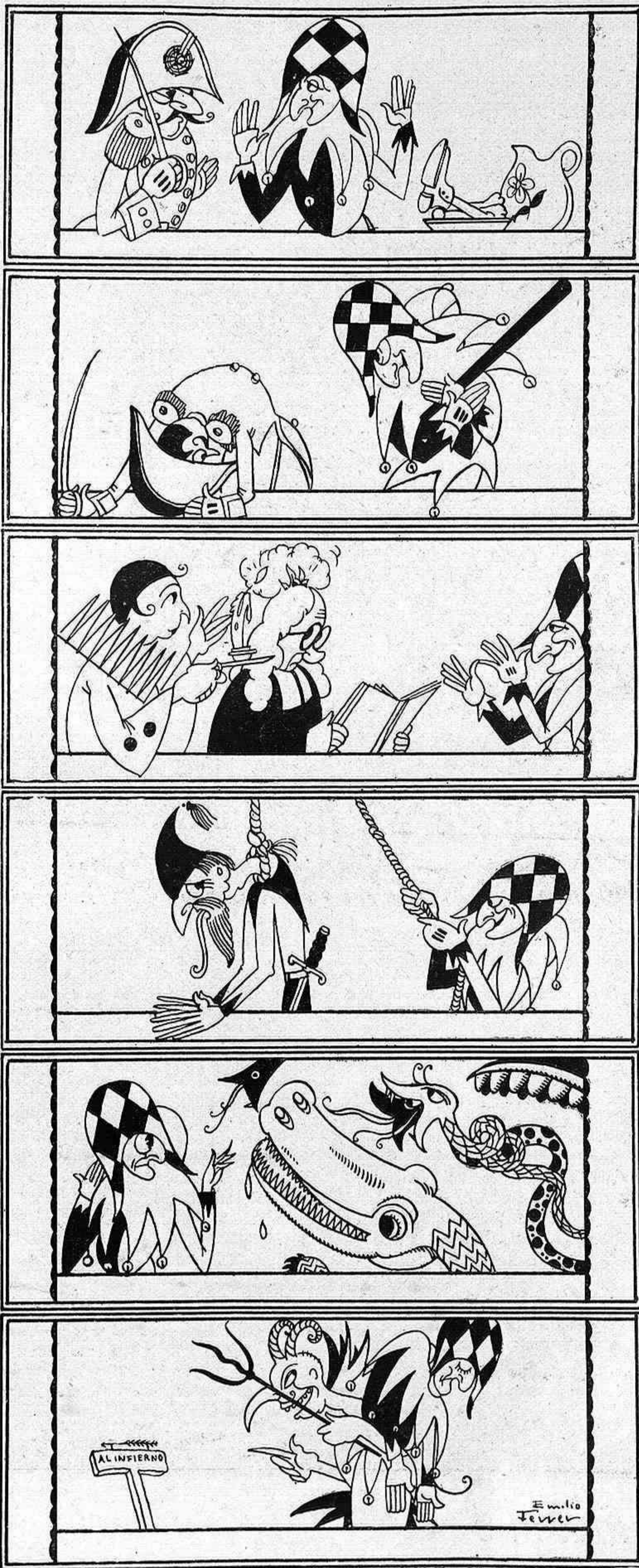
Vivondón, vivondón, vivondena.

Y se levantan en masa, riendo y aplaudiendo frenéticamente.

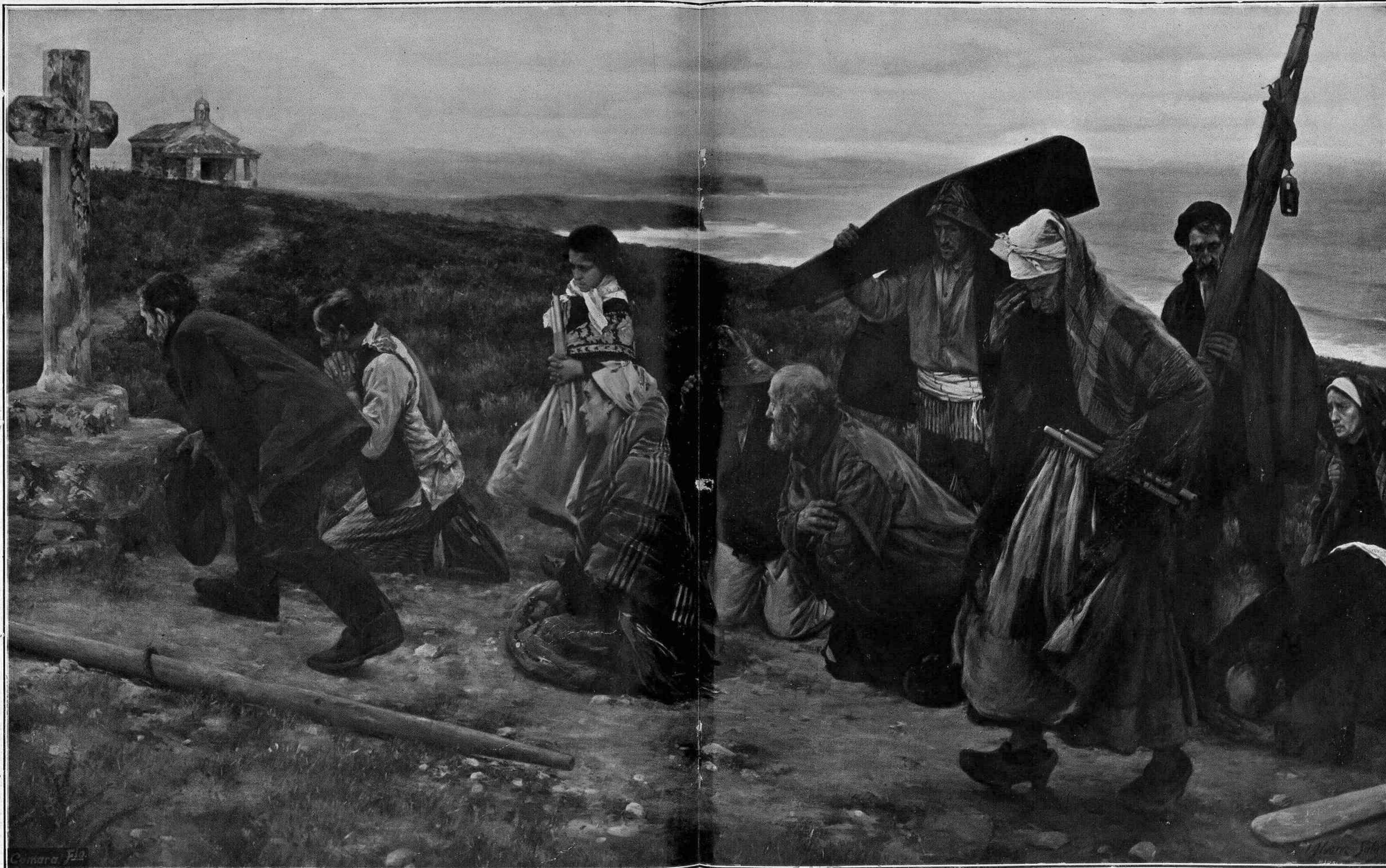
Es lo que dice el Maese Pedro de este retablo al ir á empezar la función:

«Señoras y caballeros: Pueden sentarse aquí, sin cuidado, ustedes y sus niños; aquí no se trata sino de divertir á los pequeños, entretener á los mayores y hacer pasar á todos una velada agradable; será un espectáculo interesante, divertido, y, sobre todo—añade, elevando más la voz— ¡nada inmoral!»

(Dibujos de Emilio Ferrer)



Emilio Ferrer



COSTUMBRES ASTURIANAS

«La rogativa», cuadro original de Ventura Alvarez Sala



Precursor y maestro de la magnífica pléyade de pintores asturianos que hoy aportan su significación valiosa é inconfundible al acervo pictórico nacional, fué el gijonés Ventura Alvarez Sala, autor de esta obra, saturada, como todas las suyas, de un realismo enérgico y de un sentimiento profundo de amor á su tierra natal.

ESTÁ apagando el sol el último de sus resplandores, y corre un *gris* de todos los demonios. A la desnuda campiña parece que se la ve tiritar de frío; las chimeneas de la barriada lanzan á borbotones el humo que se lleva rápido el helado norte, dejando, en cambio, algunos copos de nieve. Pía sobresaltada la miruella, guareciéndose en el desnudo bardal, ó cita cariñosa á su pareja desde la copa de un manzano; óyese, triste y monótono, de vez en cuando, el *¡tuba!, ¡tuba!* del labrador que llama su ganado; tal cual sonido de almadreñas sobre los morrillos de una calleja...; y paren ustedes de escuchar, porque ningún otro ruido indica que vive aquella mustia y pálida naturaleza.

En el ancho soportal de una de las casas que adornan este lóbrego paisaje, y sobre una pila de junco seco, están dos chicuelos tumbados panza abajo y mirándose cara á cara, apoyadas éstas en las respectivas manos de cada uno.

Han pasado la tarde retozando sobre el mullido lugar en que descansan ahora, y por eso, aunque mal vestidos, les basta para vencer el frío que apenas sienten, soplarse las uñas de vez en cuando.

De los dos muchachos, el uno es de la casa y el otro de la inmediata.

De repente exclama el primero, en la misma postura y dándose con los talones desnudos en las asentaderas:

—Yo voy á comer *torrejas*... ¡anda!

—Y yo también—contesta el otro con idéntica mímica.

—Pero las mías tendrán miel.

—Y las mías azúcara, que es mejor.

—Pus en mi casa hay guisao de carne y pan de trigo pa con ello...

—Y mi padre trijo ayer dos *basallones*... ¡más grandes!...

—Mi madre está en la villa ascar manteca, pan de álaga y azúcara..., y mi padre trijo esta mediodía dos jarraos de vino blanco, ¡más güeno! Y toos los güevos de la semana están guardaos pa hoy..., má e quince, así de gordos... Ello, vamos á gastar en esta noche-güena veintisiete rialis que están agorraos.

—¡Miá qué cencia! Mi padre trijo de porte cuatro duros y dimpués dos pesetas, y too lo vamos á escachizar esta noche... ¿Me guardas una tejá de guisao y te doy un piazó de basallón?

—¡No te untes!... Y tú no tienes un hermano estudiante que venga esta tarde de vacantes, y yo sí.

—Pero tengo un novillo muy majo y una vaca jedá que da seis cuartillos de leche... ¡Tenemos pa esta noche más de ello!...

—¡Ay Dios! ¿Quiés ver ahora mesmo dos pucheraos de leche? Verás, verás...

Y salta el rapazuelo, y en pos de él el otro, desde la pila al portal, y llegan á la cocina mirando con cautela en derredor, por si el tío Jeromo, padre del primero, anda por las inmediaciones.

Como ya va anocheciendo, el chico de la casa toma un tizón del hogar, sopla en él varias veces, y al resplandor de la vacilante llama que produce, se acercan á un arcón ahumado que está bajo el más ahumado vâsar; alzan la tapadera, y aparecen en el fondo, entre montones de harina, salvado y medio pernil de tocino, dos pucheros grandes llenos de leche.

El de la casa mira á su amigo con cierto aire de triunfo, y entrambos clavan los ávidos ojos en los pucheros, y entrambos alargan la diestra hacia ellos, y entrambos remojan el índice en la leche, aunque en distinto cacharro.

Con igual uniformidad de movimientos retiran los brazos del arcón, míranse cara á cara y se chupan los respectivos dedos.

—¡Güena está la leche!—dice el de casa.

—¡Mejor está la nata!—repone su camarada.

—¿Te la comiste?

—¡Corcia!...; ¡toa la apandé con el deo!

En aquel instante recuerda con susto el primero que su padre arma el gran escándalo cada vez que falta la nata á su ración diaria de leche, y que sus costillas conservan más de un testimonio de tan borrascosos sucesos, impresos por los dedos paternos. Por eso, temiendo una nueva felpa, y para manifestar su inocencia, echa



LA NOCHE DE NAVIDAD

el tizón al fuego y las dos manos á la calzonada de su amigo, y comienza á gritar con el mayor desconsuelo:

—¡Padre!, ¡padre!

Pero el goloso prisionero, que ya se da por muerto, tira uno de retortijón á cada mano de su carcelero, y toma pipa por el corral afuera, relamiéndose de gusto.

Tío Jeromo, que en la socarreña, detrás de la casa, encambaba un rodal, acude á los gritos, y creyendo una patraña lo del robo de la nata, presume que su hijo se la ha chupado, y le arrima candela entre las nalgas y un par de soplamos que hacen al chicuelo sorberse los propios.

Grita el rapaz y amenaza el padre, y entre los gritos y las amenazas óyese la voz de la tía Simona, desde el portal:

—¡Ah, malañu pa vosotros nunca ni nó!... ¡Que siempre vos he de alcontrar asina!

—¡Ay, madruca de mi alma!—exclama el muchacho corriendo á agarrarse del refajo de la buena mujer.

—¿Por qué lloras, hijo? ¿Quién te ha pegao? —¡Mujueéé!... ¡Me pegó... jun... ú... ú... padreéé!

—Y todavía has de llevar más—murmura éste retirándose á la cuadra á arreglar el ganado—. ¡Yo te enseñaré á golosear la nata!

—Yo no la comí, ¡ea!, que la comió Toñu el de la Zancuda...; ¡júmmaaá!

—Y pué que sea verdá, angelucu; que ese es un lambistón que se pierde de vista... Vamos, toma unas castañas y no llores más... Tu padre también tiene la mano bien ligera... ¿Ha venío el estudiante?

—No, señora...

—Dios quiera que no me lo coma un lobo en dá qué calleja... ¿Y ónde está tu hermana?

—Fué á la juenti.

—A esa pingonaza la voy yo á andar con las costillas... No, pues; no me gusta á mí que á estas horas se me ande á la temperie de Dios, que ese hijo condenao de la Lambiona tiene un aquel... que malañu pa él nunca ni nó.

Y murmurando así la tía Simona, deja las almadreñas á la puerta del estragal; cuelga la saya de bayeta con que se cubría los hombros del mango de un arado que asoma por una viga del piso del desván; entra en la cocina, siempre seguida del chico, con la cesta que traía tapada con la saya; déjala junto al hogar; añade á la lumbre algunos escajos; enciende el candil, y va sacando de la cesta morcilla y media de manteca, un puchero con miel de abejas y dos

cuartos de canela; todo lo cual coloca sobre el poyo y al alcance de su mano para dar principio á la preparación de la cena de Navidad, operación en que le ayuda bien pronto su hija que entra con dos *escalas* de agua y protestando que «no ha habiao con alma nacía, y que lo jura por aquellas que son cruces...», y que mal rayo la parta si junta boca con mentira».

Poco después viene el tío Jeromo, que toma asiento cerca de la lumbre para auxiliar á la familia en la operación; pues la gente de campo de este país, sobria por necesidad y por hábito, goza tanto con el espectáculo de la cena de Navidad como saboreándola con el paladar.

¡Qué expansión!; ¡qué felicidad se refleja en ellos! La tía Simona, con el mango de la sartén en una mano y con una cuchara de palo en la otra y acurrucada en el santo suelo, se cree más alta que el emperador de la China, y en más difícil é importante cargo que el de un embajador de paz entre dos grandes pueblos que se están rompiendo el alma.

¡Lástima que no haya llegado el estudiante para solemnizar debidamente toda la Nochebuena!

Porque ésta tiene en la aldea varias peripecias.

Después del placer de preparar la cena y del de tragarla, falta el de la llegada de los *marzantes*, por los cuales ha preguntado ya muchas veces el vapuleado chicuelo, á quien, la verdad sea dicha, preocupan todavía más que la tardanza de su hermano. Y es porque el infeliz no los ha oído nunca, ni en la Nochebuena, ni en la de Año Nuevo, ni en la de los Santos Reyes, pues se ha dormido siempre antes de que lleguen al portal; así es que cree en los marzantes como en el otro mundo, por lo que le cuentan.

II

No vaya á creerse que el tío Jeromó, porque tiene un hijo estudiante, es hombre rico tomada la palabra en absoluto: el marido de la tía Simona tiene, para labrador, un *pasar*, como él dice. Pero en la familia hay una capellanía que ningún varón ha querido, y el tío Jeromo sacrificó de buena gana algunas haciendas para ayudar á costear la carrera á su hijo mayor y asegurarle la pitanza, ordenándole á título de aquélla, cuyas rentas, por sí solas, no alcanzaban á tanto. Eso sí, y bien claro se lo solfeó á su hijo: «Si llegas á gastar los cuartos que me valieron las tierras sin cantar misa, Dios te la depare buena, porque, lo que es yo, te abro en canal.»

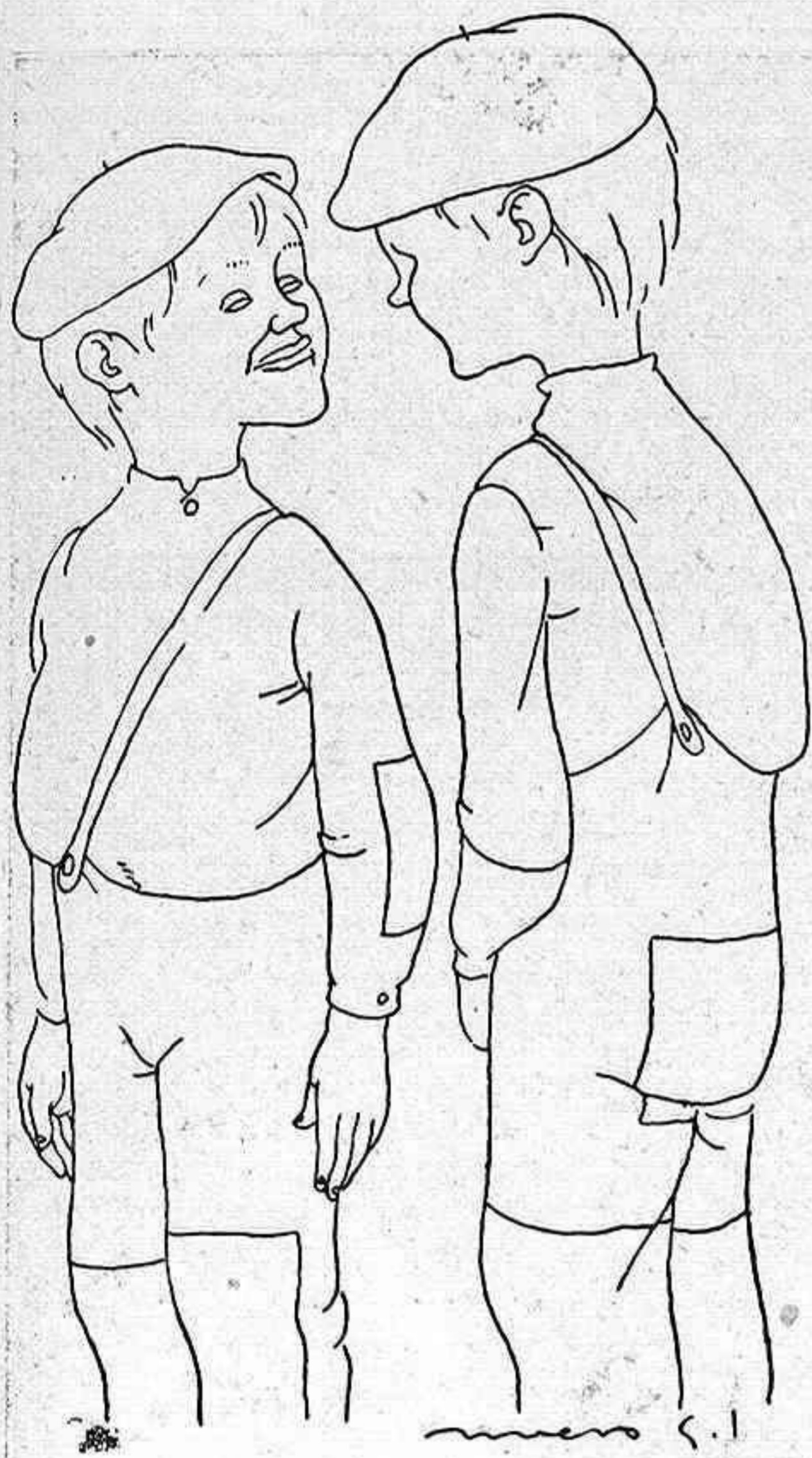
Contribuyó mucho á que el chico entrara en el Seminario, el consejo del mayorazgo de la Casona. Este sujeto había estudiado un poco de latín en sus mocedades, y era tan pedante, que sólo por tener alguno con quien lucir su sapiencia, insistió con tío Jeromo un día y otro día hasta que logró decidirle á que su hijo aprendiera *latinidades*. Y tan obcecado es el mayorazgo en su saber, y tal es su pedantería, que, ingresado ya el primogénito del tío Jeromo en el Seminario, varias veces ha querido renunciar á las vacaciones por no hallarse cara á cara con el vecino, que le asedia con latinajos *arvevesaos*, como dice el estudiante.

Huyendo, pues, de encontrarle en alguna calleja ó sentado en el banco del portal de su padre, como suele estar todos los días, el seminarista ha salido tarde de su celda con el objeto de entrar de noche en el pueblo; y esto es lo que explica su tardanza, que ya va metiendo en cuidado á la tía Simona.

Pero lo que ésta no sabía, ni sospechar pudo el mismo estudiante, fué que, habiéndose éste sentido con sed y decidido á echar *medio en sangría* en la taberna del lugar, que halló al paso, huyendo de la máxima de su padre de que «el agua cría ranas», lo primero con que tropezó, antes que con el tabernero, fué el mayorazgo, el cual, al guiparle, le enjaretó un *«amico, ¿quo modo vales?»* que quitó al estudiante hasta la sed.

—¡Cóncholes con el hombre!—murmuró el interpelado, recogiendo otra vez el lío de ropa, ó sea el balandrán y dos camisas sucias, que había puesto sobre un banco al entrar en la taberna.

—¿Unde venis? ¿Quórsu tendis?



—¡Jeringa, digo yo!; que traigo andadas cuatro leguas á pie, y no estoy pa solfeos de esa clase. Queden ustedes con Dios.

—Aguárdate, hombre. ¡Que siempre has de ser arisco!

—Y usted preguntón. Y es que el mejor día le echo una *zurriascá* de latín que no se la sacude en todo el año... Porque yo también... Pues si le entro á teología, veremos ónde usted se me queda.

—*Parce miqui, incipiens sa-cerdo.*

—Cuidao con la lengua, le digo, que aunque parece que no entiendo, ya sé traducir... ¡Y si se me hincha la paciencia!...

—Eres un pobre hombre y no tienes nada del *virum fortem*... No corras tanto, ¡caramba! ¡Tras de que deseo acompañarte hasta tu casa!...

De poco sirvió al mayorazgo esta reprensión. El seminarista apretó el paso, renegando de su mala estrella; dejó á medio camino al importuno, y no paró hasta la cocina de su padre, donde se presenta con el humor más perro del mundo.

—¡Cóncholes, qué hombre!—exclama por todo saludo al hallarse entre la familia.

—Pero, ¿qué te pasa?—dice tío Jeromo.

—¡Qué me ha de pasar! Ese fantástico de mayorazgo..., ¡siempre con su latín!

—¿Y qué cuidao te da á ti? ¿No has estudiado tres años ya? ¿Por qué no le contestas?

—Porque no soy tan jaque como él... Y luego él ha estudiado por otro arte. El mío no trae todas esas andróminas que él sabe... ¡Cóncholes!, como quisiera entrarme á *psicología*...; ¡sé más de ello!

—¿Y cuándo cantas misa?—añade la tía Simona cayéndosele la baba y mientras contemplan de hito en hito al estudiante sus dos hermanos—. Mira que el lugar está perdido... El señor cura es tan viejo...

—Y que no sabe una palabra, madre. ¡Si fuéramos nosotros! ¡Cóncholes, cuánto aprendemos! Verán qué sermones echo los días señalados...

III

Comoquiera que no sea el objeto principal de este artículo retratar al hijo mayor del tío Jeromo, hago caso omiso de todo el diálogo promovido por su despecho contra el mayorazgo, y vamos á seguir con nuestro asunto comenzado, asistiendo á la cena de esta honrada familia en la noche de Navidad.

Después que el estudiante retira del fuego el puchero del guisado para que el calor de la lumbre le seque á él el lodo de los pantalones, y

cuando su hermana ha recogido con gran esmero el balandrán y las camisas, toma aquél el jarro de la leche, ya que el papel del azúcar le tiene su padre, y se dispone á auxiliar á su madre y á su hermana en la preparación de las tostadas, amenizando el trabajo con el relato de sus proezas y aventuras de estudiante.

Cuando cada manjar «le puede comer un ángel» de bien sazonado que está, como dice la tía Simona, y todos ellos quedan cuidadosamente arrimados á la lumbre para que se conserven en buena temperatura, procédese á otra operación no menos solemne que la cena misma: poner la mesa *perezosa*.

Esta mesa se reduce á un tablero rectangular sujeto á una pared de la cocina por un eje colocado en uno de los extremos; el opuesto se asegura á la misma pared por medio de una tabilla. Suelta ésta, baja la mesa como el rastrillo de una fortaleza, y se fija en la posición horizontal por medio de un pie, ó tente-mozo que pende del mismo tablero.

La *perezosa* no se usa en las aldeas más que en el día del santo patrono, en la noche de Navidad, en la de Año Nuevo y en la de Reyes, ó cuando en la casa hay boda.

Por eso no debemos extrañarnos del estrépito que se arma en la cocina del tío Jeromo al hacerse esta operación. «—¡Que no se te caiga! —¡Ayúdame por esta banda! —¡Quita ese banco! —¡Apañá esa cuchara! —¡Allá va! —¡Que está torcida! —¡Calza de allá! —¡Fuera esa pata!» Poco menos alboroto y mayores precauciones que si se botara al agua un navío de tres puentes.

Puesta la mesa y sobre ella los manjares, y echada la bendición por el estudiante, dejaremos á la familia cenar con toda libertad: es operación, salvadas algunas leves diferencias de forma en los cubiertos y de fuerza de masticación, que todos hacemos lo mismo. Además, nuestra presencia tal vez impidiera al tío Jeromo orber la salsa que queda en la cazuela del guisado, y á su mujer pasará el dedo por la tartera de las tostadas para rebañar el azúcar, y al seminarista apurar «hasta verte, Jesús mío», el vaso de vino blanco.

Volvamos á la misma cocina una hora más tarde.

Todos están más locuaces que antes, y hasta el viejo labrador ha desarrugado su habitual enrequejo. El rapazuelo ronca tendido sobre un banco, y el estudiante habla en latín y asegura que si entonces pillara al mayorazgo, jira de Dios!... La tía Simona canta por lo bajo:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
está la Virgen de parto
y á las doce parirá

Su hija se dispone á hacerle el dúo, cuando se oye en el corral un coro de relinchos y un ruido sobre los morrillos, como si avanzaran veinte caballos.

—¡Ahí están los ladrones!—diría en tal caso un ciudadano alarmado.

Pues, no, señor; son los *marzantes*, es decir, dos docenas de mocetones del lugar que andan recorriéndole de casa en casa. El ruido sobre los morrillos y los relinchos los producen las almadrerías y los pulmones de los mozos.

Este acontecimiento hace en los personajes de la cocina un efecto agradabilísimo; callan todos como estatuas y se disponen á escuchar.

—Vaya, señor don Jeromo—dice una voz en falsete para disfrazar la verdadera, desde el

portal—: á ver esas costillas que se están curando en el *valal*; esos ricos huevos de la gallina pinta que cacareaba en el corral, por, por, por, poner, por, ¡poner!... ¡Que sí!... ¡Vaya, que sí!...

El coro contesta con relinchos á esta primera tirada de *algarabía*, que así se llama técnicamente la introducción de los marzantes, y vuelve á continuar la voz pidiendo «morcillas en blanco, ó aunque sea en negro», y otras cosas por el estilo, hasta que concluye diciendo:

—¿Qué quiere usted?; ¿que cantemos ó que recemos?

—Que recen—dice Jeromo.

—¡Que canten, cóncholes!—replica el estudiante—, que á mí me gustan mucho las marzas... ¡Ea, á cantar!—añade luego, abriendo una rendijilla, nada más, de la ventana.

Esta orden es acogida afuera con otro coro de relinchos, y al punto comienzan á cantar los marzantes, en un tono triste y siempre igual, un larguísimo romance que empieza:

En Belén está la Virgen
que en un pesebre parió;
parió un niño como un oro,
relumbrante como un sol...

Y concluye:

A los de esta casa
Dios les dé victoria:
en la tierra, gracia,
y en el cielo, gloria.

Esta copleja tiene esta otra variante que los marzantes suelen usar cuando no se les da nada, ó cuando se les engaña con morcillas llenas de ceniza:

A los de esta casa
sólo les deseo
que sarna perruna
les cubra los huesos.

Los pesados lances á que esta jaculatoria suele dar lugar, y los nada ligeros que se suscitan siempre al fin de la velada cuando van los mozos á comer las *marzas* á la taberna, ya encontrándose con los marzantes de otro barrio, ó ya provocando á algún vecino, es, sin duda, la causa de que disfrace la voz el que pide y de que guarden asimismo el incógnito todos sus compañeros.

Pero en casa del tío Jeromo no se engaña á nadie, y la tía Simona alarga media morcilla de manteca á los marzantes; y éstos, después de echar la primera copla, se marchan relinchando de placer.

La familia tira los últimos golpes á la cena, agótanse los jarros de vino, y el chicuelo despierta preguntando por los marzantes. Cuando sabe que se han marchado, alborota la cocina á berridos, dale su padre un par de guantadas, interpónense el seminarista y su madre, apágase la lumbre, oscila la luz del cándil, dormita la moza, maya perezoso el gato, cáesele la pipa más de una vez de la boca al tío Jeromo, habla torpe sobre los fenómenos de la luz el seminarista; y cuando los relinchos de los marzantes se escuchan lejanos, hacia el fin de la barriada, desfila al paso tardo y vacilante la familia del tío Jeromo á buscar en el reposo del lecho el fin de tan risueña y placentera velada.

La tía Simona sale la última; y mientras se amenta de haber dejado de rezar el rosario por causa del jaléo, y jura que al día siguiente ha de rezar dos, guarda en el arcón que ya conocemos los despojos del pan, del azúcar y de la manteca, para que en el primer día de Pascua pueda la familia, «manipulándose bien», recordar, con algo más que la memoria, la noche de Navidad.

(Dibujos de Rivero Gil)





«Retrato de la Princesa de Asturias doña María Bárbara», cuadro original de Duprat

No es, ciertamente, de los menos interesantes, en la buena colección de cuadros de pintores franceses que posee nuestro Museo del Prado, este retrato firmado por Duprat, el poco conocido artista del siglo XVIII. Representa, adolescente, a la Princesa portuguesa que, nacida en Lisboa el año 1711 había de pasar a ser Princesa española, y luego Reina por su boda con Fernando VI, en 1729.



«Mujer de La Alberca» (Salamanca),
cuadro de Roberto Fernández Balbuena



Fernández Balbuena, que, en ascendente y cada día más admirable definida derivación desde la arquitectura á la pintura, viene destacando su personalidad en las Exposiciones Nacionales y en otras organizadas por diversas entidades artísticas, también ha sentido la racial tentación de ahincar en las sugerencias estéticas de los tipos y ambiente populares de Castilla. Aporta en su favor esa nobleza decorativista que definen á sus obras y el buen gusto en la elección de tonos y disposición compositiva. Así, esta mujer de La Alberca, sin perder nada de cuanto la hace característica de un tipo concretamente castellano, tiene elegancia y empaques señoriles...

Lo moderno

Por RAMÓN PÉREZ DE AYALA

La primera condición para la claridad, para la *limpidezza* de las ideas, equivale á una exigencia de precisión en las palabras. Muchó se usa y abusa de la palabra «moderno». ¿Qué es lo moderno? ¿En qué consiste esa cualidad de lo moderno? En vano hemos solicitado de los más sedicentes modernos una explicación, siquiera aproximativa. Todo lo que nos han venido á decir es esto: en rigor, no es posible por ahora saber de cierto en qué consiste esencialmente lo moderno, puesto que nos hallamos sumergidos en la fluencia de su curso, cuyo derrotero y cabo ignoramos de todo punto, ni nos es dable determinarlos *a priori* por mucha inteligencia y voluntad que apliquemos en el empeño.

El futuro reside en el regazo de los dioses. Sabemos, sí, cómo es un cuadro cubista, por ejemplo. Pero no sabemos qué es un cuadro cubista. Como de las batallas cuando concluyen, de lo moderno se sabrá todo lo que haya que saber cuando deje de ser moderno.

Estoy hablando de lo moderno en la acepción más común y frecuente y, en consecuencia, la menos precisa de la palabra; sinónimo de lo contemporáneo nuestro, lo que caracteriza el semblante de nuestros días. Como formamos parte de ese semblante, lo desconocemos. Sería menester contemplarse en un espejo. El espejo del presente es el futuro; así como el presente es espejo del pasado. Si lo moderno es, en cierto sentido, lo contemporáneo, todas las épocas históricas fueron modernas en su turno, y habrá otras tantas modernidades pretéritas. El oficio del historiador—historiador político, ó de las costumbres, ó de las artes—le lleva á tomar carta de vecindad contemporánea en las diversas modernidades pretéritas; á diferencia del tratadista político, moralista ó estético, los cuales remontan el vuelo hacia los eternos principios y habitan fuera del tiempo. En lo que atañe al arte, ¿habrá también un arte histórico, perecedero, caduco, fruta del tiempo, que no tiene justificación ni validez sino dentro de su época ó, posteriormente, como documento y reliquia de su época, y otro arte, que por su permanente contenido de eternos principios políticos, éticos y estéticos posea valor consistente, siempre universal y actual? Esta disyuntiva constituye el monólogo trágico, el *be or not to be*, del artista.

Huelga hacer la aclaración de que aun el arte más universal y siempre actual ha tenido, asimismo, que ser arte de su tiempo, y muy de su tiempo. Gran prueba de simplicidad—hube de escribir en otra ocasión—es esa de desvivirse en ser hombre muy moderno, muy de su tiempo. Como Ovidio hablaba en verso y el señor Jourdain en prosa, sin darse cuen-

ta, así la mayoría de los hombres lo son siempre de su tiempo, á pesar suyo y sin proponérselo. El ambiente de época y la dictadura del instante son más fuertes que el individuo. Sería absurdo que en día de huracán unos árboles se torciesen al Septentrión, otros al Mediodía, éstos para Naciente, aquéllos para Poniente. Cada época histórica es un paisaje donde los vientos del espíritu soplan en una sola dirección reinante. No es lo dificultoso y heroico ser hombre de su tiempo, antes bien serlo, á la vez, pretérito y del porvenir, superactual, á pesar de ser hombre de su época, pues la mayoría lo son, quiéranlo ó no, sobre todo cuando se les contempla á ellos ó á su obra desde una perspectiva de cuatro siglos más tarde.

Prescindamos, pues, de nuestra modernidad en acción, á fin de contemplar en abstracto qué es la modernidad, cuál ha sido la nota común á todas las modernidades sucesivas. Volvemos á preguntar: ¿En qué consiste lo moderno? ¿Qué significa, de dónde viene esa palabra: moderno?

En la vida del individuo operan de continuo dos fuerzas, dos fatalidades, dos leyes, tan pronto coincidentes como encontradas; una de ellas corresponde á la herencia biológica, al impulso de la propia naturaleza interior; corresponde la otra á la educación, á la presión de la naturaleza externa y de la

sociedad sobre el individuo, hasta reducirlo á una segunda naturaleza, ó sea la costumbre. Como acabo de decir, en general la coacción de la naturaleza y de la sociedad circundantes resulta más fuerte que el impulso de la íntima naturaleza individual. Rabelais, cronológicamente uno de los primeros educadores de la edad moderna, simbolizaba á la humanidad en el rebaño de Panurgo. Acerca de educación hay dos criterios adversos, según se considere lo necesario y saludable que la externa presión educativa de las normas establecidas sojuzgue y anule el impulso expansivo de la personalidad individual, ó bien, por el contrario, que proteja, aliente, fomente y robustezca este impulso hacia la diferenciación y la plenitud. El primero es el sistema de educación autoritaria, dogmática y exclusivista. El segundo sistema es el de educación democrática, libre y humanista. Este segundo sistema—que ya Rabelais difundió—prevalece hoy en las naciones cultas, sabias y urbanas.

Con la vida de las palabras ocurre lo que con los individuos. En el valor expresivo de cada palabra actúan también dos fuerzas, dos fatalidades; una, el sentido íntimo, hereditario, que los filólogos llaman «etimología»; otra, la mansa y lenta coacción ó desgaste del uso arbitrario, que deforma y suplanta el sentido íntimo por otras acepciones artificiales, y es lo que llaman «semántica» los filólogos.

La tarea, ciertamente ardua, de los educadores del idioma ó artistas de la palabra, ó varones literarios, se concentra en el propósito de acumular en cada vocablo el máximo de hereditaria personalidad expresiva, ya conceptual, ya poética, de suerte que la latitud de acepciones engendrada por el uso, laxo y rutinario, lejos de ahogar la significación pristina y desvanecer la nitidez de su contorno, sirva para dilatarlos, enriquecerlos y acusar con mayor fineza y libertad el perfil de esa divina criatura alada que es el verbo. A usanza del escultor, hay que modelar ante todo el desnudo de la palabra para luego aplicarle la vestidura de sus diversas acepciones, de suerte que la forma auténtica y virginal no pierda su señorío de presencia.

—Yo soy muy moderno. Usted parece mostrar cierto regusto é inclinación á lo clásico—me han dicho alguna vez.

Respondo:

—Desnuda, para mí, la palabra «moderno». Dígame si sabe de seguro lo que significa esa palabra. Y luego hablaremos. Si usted no acierta á decírmelo, tendré que decírselo yo en otra ocasión.

RAMÓN

PEREZ DE AYALA

TRANS VITAM

.....
«If light can thus deceive wherefore not life!»

(BLANCO WHITE)

Sin que te basten experiencia
y ciencia,
¡oh, Humanidad del «más allá» ignorante!,
interrogas á Dios en cada instante:
—¿Qué existe más allá de esta existencia?

Y, sin embargo, no transeurre día,
¡oh, ciega Humanidad!,
sin que Dios no te diga su verdad
en la lección de Su sabiduría.
Y la lección es ésta,
que á tu interrogación da por respuesta:

—¿Véis cómo el sol oculta la noche esp'ando=
de enigmáticas huellas? [rosa
La vida es como el sol.
Cuando se apaga,
surge entonces la noche misteriosa
de la muerte,
llena también de estrellas...!

Goy de SILVA

EL ZARPAZO DEL LEÓN

Fué durante el invierno de 1907. Todas las tardes, á primera hora, el «león» entraba en la biblioteca del Ateneo, y pasito á paso se aproximaba á su pupitre: un pupitre tabú, lleno de libros. Nunca supe lo que escribía ó preparaba entonces aquel hombre, que era —después de Pi y Margall— el que más sabía y altruístamente quería á España. La idea de aquel hombre, su idea fija, era «europeizar» á España; es decir, hacer de España, por el cultivo simultáneo y profundo de su tierra y de su espíritu, una de las naciones cardinales de Europa. Y no ciertamente para empujarla á bélicas conquistas, pues suya era la frase célebre, el consejo político de «echarle doble llave al sepulcro del Cid».

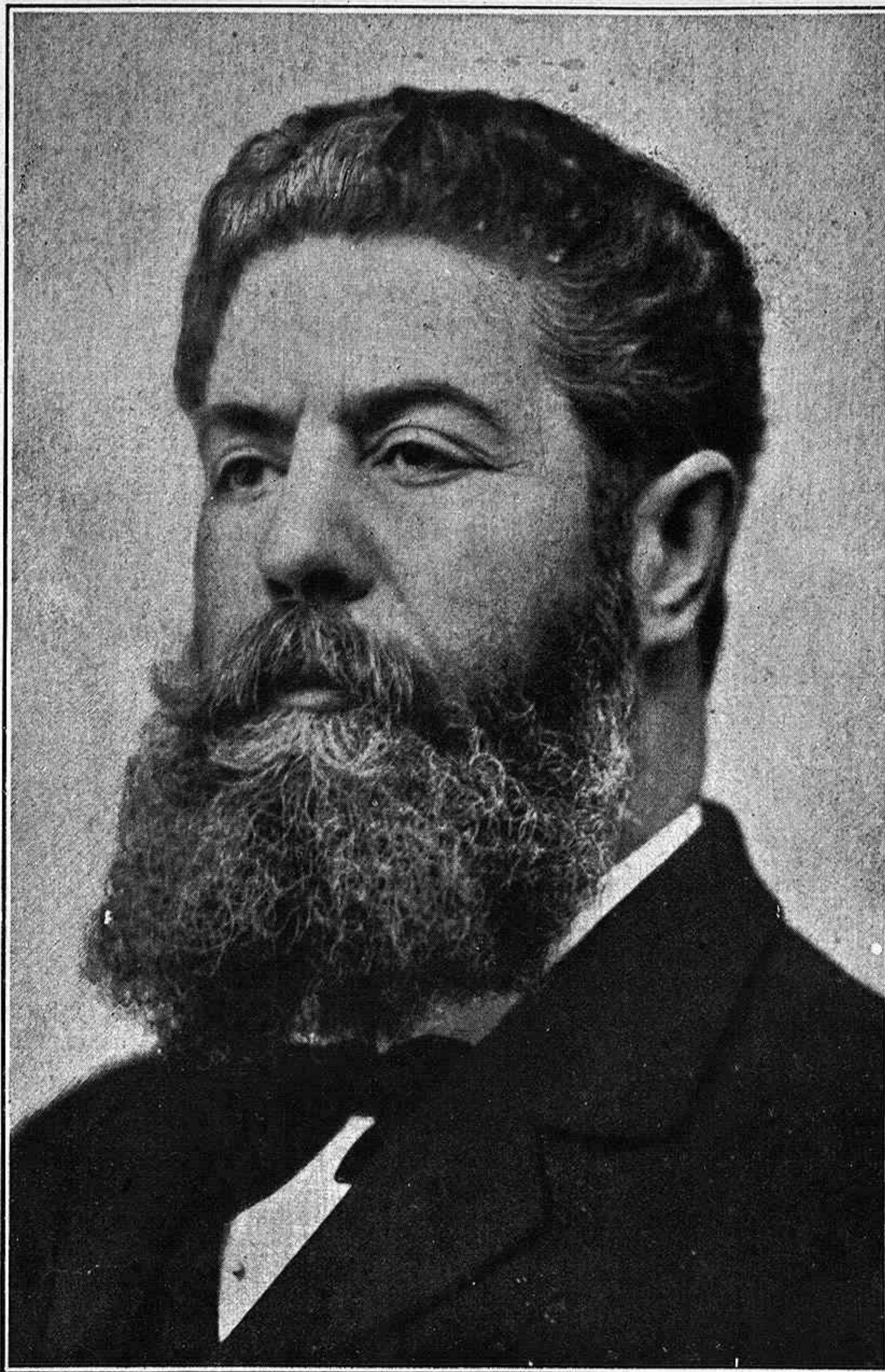
Nunca supe lo que escribía ó preparaba, durante el invierno de 1907, D. Joaquín Costa, en el Ateneo de Madrid. Sus grandes obras estaban ya publicadas. Y sus actos cívicos habían tenido ya su histórico, resonante y trascendente efecto. Porque, negándose á hacer política parlamentaria—había renunciado á su acta de diputado—y cualquier otro género de política conciliante, el «león de Graus» hacía la más elevada y fecunda de las políticas. La del porvenir.

Y sea ésta ó aquélla la interpretación ó crítica de su programa regenerador, de su colectivismo agrario, es lo cierto que D. Joaquín Costa era en aquella época, en España, una figura ciclópea. Y que nosotros, los muchachos del Ateneo de hace veinte años, sentíamos una admiración y un respeto fervorosos por D. Joaquín. No obstante, entre todos aquellos muchachos, hubo uno, discolorado é impulsivo, que tuvo la osadía ó cometió la irreverencia de «meterse» con D. Joaquín.

¿Cómo? ¿Por qué? He aquí la historia:

El «león de Graus» aparecía en la biblioteca del Ateneo como un dios taciturno que bajase del Olimpo. O como un patriarca que viniese á dictar la ley. Su cabellera gris y ensortijada, sus grandes ojos claros y brillantes, que se revolvían en las órbitas; su barba copiosa y su complexión robusta, dábanle parecido, á un tiempo, con las cabezas de Zeus y el Moisés majestuoso y giganteo de Miguel Angel. Ahora bien: las piernas de D. Joaquín no guardaban relación con el torso; bien porque fueran cortas, bien porque los años y las dolencias hubiesen aumentado el volumen abdominal de D. Joaquín. Producía éste la impresión de un coloso enfermo. Su paso era titubeante, con vaivén de derecha á izquierda: un paso de palmípedo. Era el albatros—ave de altura—andando, herido, por la tierra, según el poema dislacerante de Baudelaire. Como don Rafael María de Labra, tenía Costa el pie muy pequeño. ¿Signo de elevación? Es posible. Parece que el hombre de pie pequeño sea menos terráqueo, más aéreo, que el de pies grandes. También eran pequeñas—y muy blancas y pulidas—las manos de D. Joaquín.

Entraba, pues, el «león» en la biblioteca, y era como si Júpiter Tonante apareciese disparando rayos... No quería D. Joaquín que nadie habla-



DON JOAQUÍN COSTA

se, que nadie cuchicheara ó riera con sordina en aquel templo del estudio. Para vociferar y reir estaban la estrepitosa «cacharrería»—el mentidero del Ateneo—y el salón de tapices, su *loggia* juvenil. Pero ¡guay del que cuchicheara ó riese en la biblioteca! El «león» sacudía su melena, oblicuaba terriblemente las cejas, fruncía el labio, y una cólera llameante y un silbido despótico iban á imponer silencio al charlatán. Don Joaquín era terrible. Exigía allí, donde los muchachos leíamos á Anatole France, un mutismo absoluto, una austeridad conventual. Imposible. La juventud tenía derecho á ser joven en todas partes. Si, verbigracia, á mí, leyendo un libro de Eça de Queiroz al lado de Candamo, ó de González-Blanco ó de Catá, se me escapaba un comentario gozoso, una risita incoercible, ¿por qué iba á ponerse Costa hecho, peor que un león, un dragón? ¡Ah, todavía veo aquellos ojos desorbitados y flamígeros!

Y fui yo el muchacho discolorado y ligero que tuvo la audacia de «meterse» con D. Joaquín. Con mi firma apareció en *El Liberal* un artículo titulado *La ira de Costa*. Y en ese artículo yo le decía al gran español, al ingente sociólogo y jurista, que fuera más afable, más dulce, más cristiano—más Jesús y menos Moisés—con los jóvenes; que nosotros le admirábamos y respetábamos y

queríamos ser sus discípulos; pero no discípulos de un maestro atrabiliario y ceñudo, sino de un maestro socrático «que comprendiera y amara, con sus encantadores defectos, á los jóvenes».

Mi artículo tuvo éxito. Se comentó mucho. Mis camaradas me felicitaban. Según ellos, «mi retrato de Costa era magnífico».

—Pero—me decía alguno—te «metes», sea como sea, te «metes» con el «león», y ya te puedes ir preparando al zarpazo.

¡Ay de mí! Me arrepentía de haber escrito aquello. La figura de Costa crecía en mi mente y me abrumaba con su grandeza. Sí; yo había deslindado perfectamente mi admiración por don Joaquín de la parte acerba de mi crónica; pero como D. Joaquín estaba tan rabioso, podía tomarla á mal en su conjunto.

Una reflexión sensata me devolvió el sosiego. Enfrascado en sus búsquedas y escritos, Costa no leería los periódicos. Y si los leía, ¿quién era yo para que le importara mi juicio sobre él, sobre una de sus actitudes? Nadie.

Casi tranquilo—y definitivamente satisfecho del éxito de mi crónica—subí aquella tarde á la biblioteca. No bien traspuse el umbral, Matías, uno de los empleados, se acercó á mí sonriendo. Y atusándose su barbita rala:

—Don Joaquín que quiere hablar con usted...

—¿Don Joaquín... Costa?

—Sí. Me ha dicho que le avise en cuanto usted llegue. Conque espérole...

Y Matías me señalaba el gran diván del vestíbulo de la biblioteca. ¡Don Joaquín quería hablarme! El «león de Graus», enfurecido, iba á darme uno de sus zarpazos. No era miedo lo que yo sentía entonces. Sino arrepentimiento, sino la angustia del que ve de pronto convertirse en una acción sacrilega el pecado que supuso venial. Yo había ofendi-

do á Costa. En nombre de la frivolidad juvenil, yo había censurado la iracundia apostólica, la irritabilidad de aquel genio. Esperé contritamente el zarpazo... Y vi llegar al «león» á pasitos breves y claudicantes. No traía lumbre, sino dulzura en los ojos. No traía cólera en la boca, sino la más socrática de las sonrisas. Y sus brazos llegaban abiertos y temblorosos, como los de un padre, hacia mí. El «león de Graus» me estrechó contra su pecho—una de las hogueras de España—y me dijo, ¡oh humildad de las grandes almas!, que «era justa mi lección».

Y luego: «que le había gustado mucho mi artículo...; que seguía mis pasos...; que no abandonase la literatura, porque yo poseía realmente el don literario...; que estaba seguro de mi triunfo...» Me dijo tantas cosas estimulantes y fecundas, que todavía hoy—y hace veinte años que me las dijo—son mi manantial de esperanza. Cuando me sobrecoge el pesimismo, cuando toda mi obra me parece insignificante y hago voto de renunciamiento—que la dura lucha por la vida no me permite cumplir—, el recuerdo de aquellas palabras, de aquel «no abandone usted la literatura» de D. Joaquín, me fortalece, me reanima.

Tal fué el milagroso zarpazo que me dió el «león»...

ALBERTO INSUA



IDI L I O F E U D A L



EL GUERRERO.—¡Permite, oh, linda pastora, que un delicado beso de amor una dulcemente nuestros labios!

(Caricatura de Juan Alcalá del Olmo)

N I Ñ O S

PABLO

Le enternecían los colores,
gritaba jugando;
vivía, suelto de todo,
como guija en barranco.

No tenía nada en el mundo;
camisa rota y pies descalzos;
captaba el agua en las acequias,
los mendrugos entre los trapos.

Levantó la mano en el aire
y se quedó maravillado:
todas las mugres, con la luz,
se le borraron...

Atravesaba un rayo de sol
la piel de su mano;
se vió lleno del resplandor
de las rosas y los granados.

Cinco llamas de cirio,
sus cinco dedos flacos.
Para que no se le fundiesen,
tembloroso abatió la mano.

Como podía pasar gente,
miró de soslayo...
Dichosamente, estaba solo;

no habló del milagro.

Cerró el puño como volviendo
de buscar nidos, cuando
sentía que, entre sus dedos,
aleteaban pájaros.

Si estaba con alguien, metía
la manita bajo el sobaco
para no delatarse... Temblaba
su corazón, hoja en el árbol.

Y gozaba, sufriendo, más
que antes del milagro;
buscaba adrede las heridas,
seguro del bálsamo.

No le dolían ya los golpes,
no sentía los descalabros,
no tenía más que pensar
en el gran día, cuando,

divinamente erguido, sobre el mundo
que ignoraba el prodigio, sonriendo, can
[tand.

¡dejaría correr aquel río de fuego
que ocultaba en su mano!

HELENA

Sabía que todos,
al pasar ella, se volvían;
llegó á sentir deseos de que nunca
fuese de día.

Agujereaban
flechas agudas su piel fina,
y estaba avergonzada como los que roban
una joya, y no pueden mirar cuando les
[miran.

Codiciaba el silencio, los rincones
más oscuros de las cocinas;
empezaba á vivir sin susto
cuando el sol se ponía.

Cuajaba en los días grises
como la uva en las viñas;
sobre las medias blancas, otras
casi de talla, rígidas...

Buscaba todos los mantos

en el arca de la familia;
llevaba refajos de lana
y faldas con frunces encima.

Algunas veces, por las noches,
soñaba inconfesables pesadillas
salía desnuda de casa;
hasta verse en el río, no sabía...

Ninguna cosa del mundo
tan gustosa de ver como su carne tibia,
siempre arropada y honda: estrellita en
[Diciembre,
la hora del año en que más brilla.

Si no miraran tanto,
le entraban ganas de mostrarla un día:
sobre todo, en las primaveras...
¡Los almendros verían!

EDUARDO MARQUINA



NIETO DEL CID
POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN
GRABADOS DE RIBAS

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente sentado á la mesa en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa; en el centro su sobrino, guapo mozo de veintidós años, despachaba con buen apetito la ración, y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también la cuchara, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier—preguntó en una de estas maniobras—, ¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate...—contestó el mancebo alzando su cara animada y morena...—¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria... Sí, me contaron...

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridá de cuartos...: cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más, aquellos días estaba encamado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—¿Qué defenderse ni qué... En toda su vida

supo Lubrego por dónde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—¡Bah! Lo que es por viejo... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará él en Corpus; lo sé de buena tinta; me lo dijo él mismo. De modo que la edad... Lo que



es á mí no me ha quitado la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó usted la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo—intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo—. ¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastrando* con una soga así (y se apretaba el gaznate) gañía de Dios! Ouú... Ouú...

—Allí está el maldito—murmuró el cura señalando hacia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sangui-nolenta piel.

—No comerá más gallinas—agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego qué trae *La Fe*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca; Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... Señor amo..., señor amo...

—Calla—ordenó Javier; y, de puntillas, acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros; mas éste se quietó de repente.

El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío—siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—Entonces, ¿cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas; alzó la falleba, y animado por el silencio, resolvióse á empujar la vidriera. Un gran irio penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fué á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobrino, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—¡Si aciertan á tirar con munición lobera... me divierten!— pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca... Así... Anda volando por la escopeta..., las balas..., el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuché*... ¿Oyes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría—opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; en seguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito, Linda... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí... Animo. Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luego quejas como de animal agonizante.

—¡El pobre Morito... ya no dará más el raposo!—murmuró el gañán.

Entretanto, el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices... vieja y tronada... Tú entiéndete con el *Lafuché*... Yo, esas novedades... ¡Bah! Estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

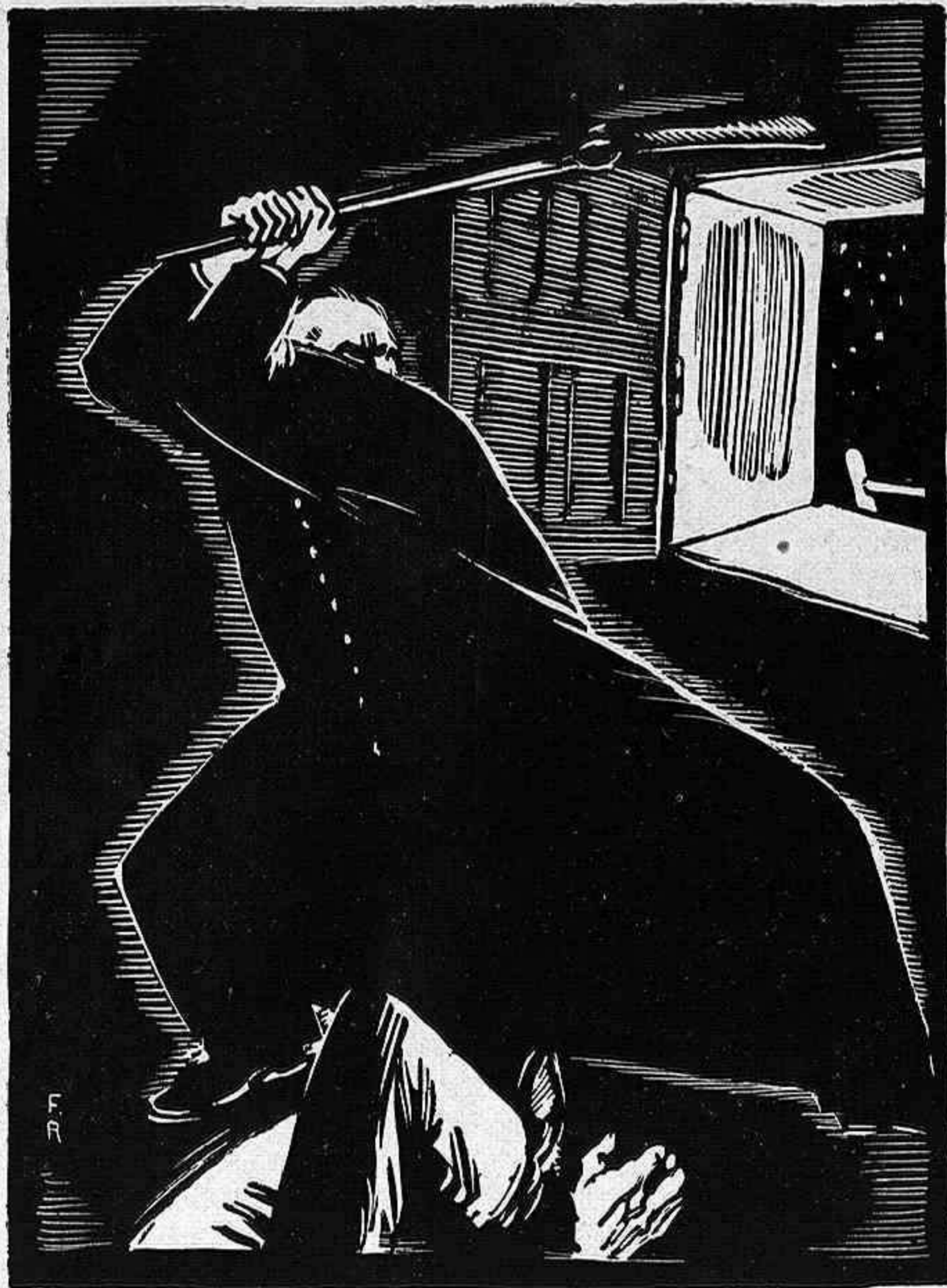
—Sí, señor—contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pie mismo de la ventana... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que no. Tienen que



saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato... Aguarday, aguarday, amiguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni menos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes,



pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba; se oía como una deliberación en voz misteriosa.

—¡Fuego!—le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más—respondió Javier.

—¡Y qué!—gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alféizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba... *quoniam!*—murmuró pronunciando la palabra latina, con la cual, desde los tiempos del seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española—. Ahora tú, rapaz. Tienen una escala; al primero que suba.

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefauchaux, mas al punto se aflojaron.

—Tío—atrevióse á murmurar—entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de que lo decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere usted que les hable? Con un poco de dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero!—exclamó roncamente el cura—. ¿Tú, sin duda, piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Son del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los pies como le hicieron al cura de Solás el año pasado, de darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen á uno la piel de una vez y no que se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo, no—declaró Javier; y descansó la carabina en el alféizar.

—Lárgales los dos tiros—mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y á las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arriancando astillas y destrozándolas; componían su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben de haberme roto la muñeca—gimió Javier, yendo á sentarse casi exánime en el banco.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba á sus pies. Era la criada, que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor..., señor amo..., ríndase, señor... Por el alma de quien lo parió..., señor, que nos matan..., que aquí morimos todos...

—¡Suelta, *quoniam!*—profririó el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se desprendió el de abajo; alzó luego la escopeta, la blandió por el ca-

Rapaz, adiós. Rézame un Padre nuestro y que me digan misas. ¡Entra, taco, si quieres!

—¡Haga usted que se rinde!... Entreténgalos... ¡Yo iré por el aire!

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena

de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos.

Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heroica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros; y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo tendido en el suelo, maniatado.



Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábalos un hombre alto, resuelto y

lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura vencido.

—¡Eh, señor abad..., no se haga el muerto!... Hay ahí un hombre herido por usted y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llegaron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tiznado; la boca estaba entreabierta.

—¿Qué confesión, ni!...—dijo el jefe—. ¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas lo sentaron en el banco, sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡Confesión!—clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y lo empujaron al pie del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma de color de rosa que asomaba á los cantos de la boca.

Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llévrselo—ordenó el jefe—. Y ahora diga el señor abad dónde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á ustedes—respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, estranguladas por los cordeles, temblaban con temblequeto senil.

—Ya dirá usted otra cosa dentro de diez minutos... Le vamos á freir á usted los dedos en aceite del que usted nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una..., á las dos.

El cura miró alrededor y vió sobre la mesa donde habían cenado el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á obscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras á quemarropa le acribillaban á balazos...

El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergón, y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boán abundaban las perdices; y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.



ñón y de un culatazo echó á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos; pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, que ya no gemía, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste usted ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petróleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle á usted de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y á echar un galope hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto.



(Dibujos de Ribas)

M A D R I D

ESTAMPAS DE ALMANAQUE



I. - Mayo

Ciudad de tonos bermejos
sobre un alcor castellano,
muy señor, pero muy llano,
Madrid sonrío á lo lejos.

Pinta verde la ribera
del Manzanares... Y pinta
azul y plata la cinta
de su cauce... ¡Es primavera!

Romería cortesana.
Vihuelas y cascabeles.
La fuente del santo mana
milagros y liba mieles
cuando bebe Mari Juana.

Mari Juana va en calesa.
El duque viene en carroza.
¡Ya se han visto! (¡Ay, la duquesa!
¡Malhaya la buena moza

que en el aguaducho canta
para robarla el marido!)

Milagros del agua santa
lo han querido.

¡Y riza la primavera
su vientecillo serrano,
y en un caballo ruano
va Madrid á la Pradera!



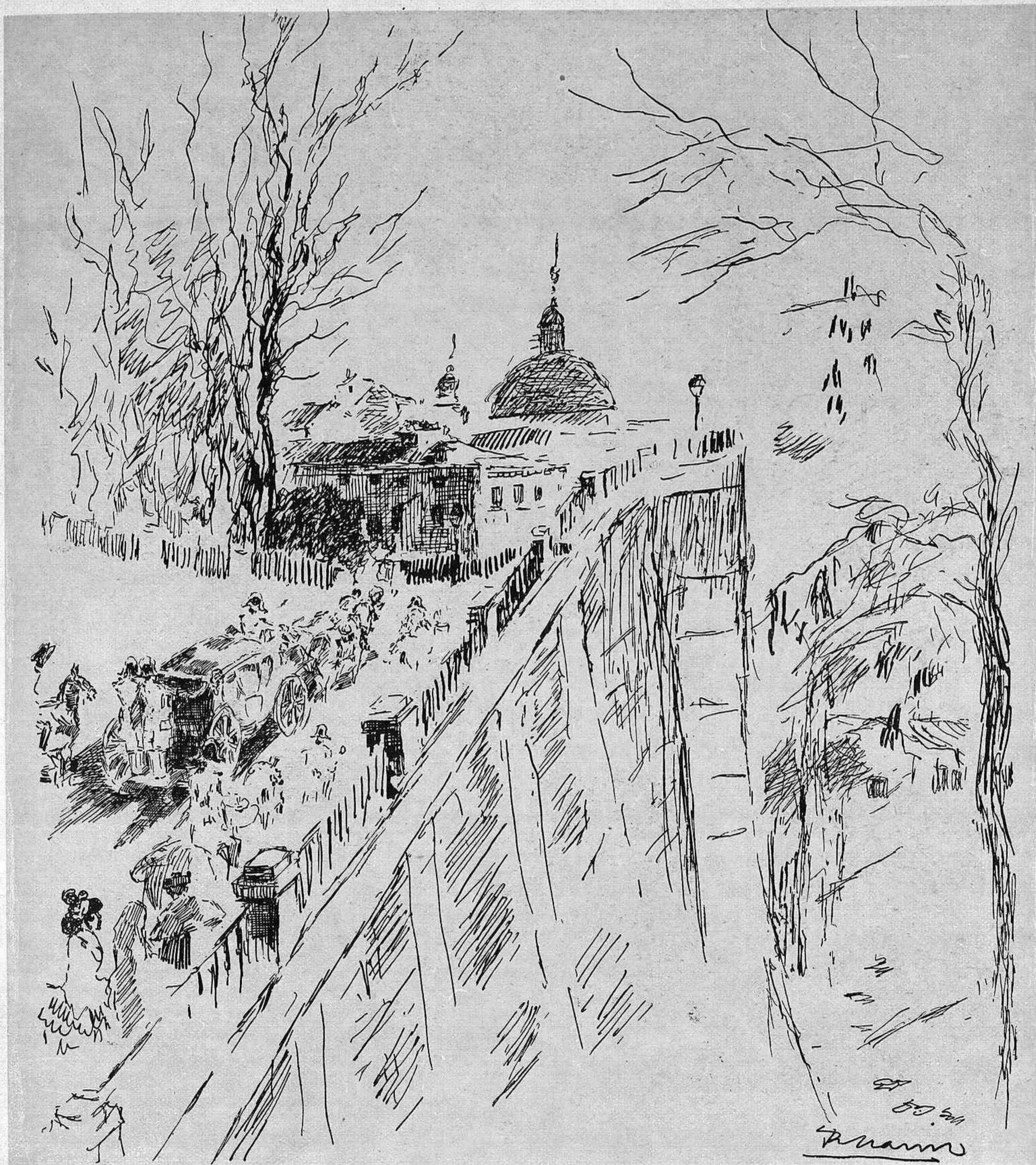
II. - Julio

Ya se marchan los Reyes hacia La Granja.
Pasan vertiginosos los postillones,
y sobre el corraje color naranja
relucen las hebillas en los bridones.

Queda atrás la Moncloa con su espesura
y sus puertas de piedra bajo la umbría,
y abriéndose á la Mancha y á Extremadura,
allá, sobre Palacio, la lejanía.

Calor... Siesta artesana... Barrio dormido
en calígine densa... Horno que arde.
Fuentes secas... Geranios... ¡Pueblo sumido
en el sopor de asfixia de prima tarde!

La noche, perezosa, quieta y serena.
Una albahaca... Las notas de un organillo...
¡Y el cohete sangriento de la verbena
que desgarrá la noche con su cuchillo!



III. - Octubre

Por la Cuesta de la Vega
la carroza episcopal.
Lejos, la tierra paniega
cose, arando, su sayal.
Un árbol que se deshoja
sobre un fangal,
y ardiente, trágica y roja,
la torre conventual.
Octubre... Madrid adquiere
serenidad otoñal.
Nubarros... La tarde muere
empañando su cristal.
En una gran sinfonía
de hoja seca, el vendaval
le canta un responso al día.

¡Y el viento tiene armonía
de órgano de catedral!

Por la Cuesta de la Vega
la carroza episcopal.
En pos, la moza andariega,
el majo y el menestral.
El cortejo tiene un porte
procesional.
Provincianismo en la Corte;
tricornios de Casa Real.
Un estudiante sombrío,
de codos al barandal,

al otro lado del río
mira el ciprés mudo y frío
de una Sacramental.
El Pardo, gris aceituna
—grave fondo señorial
para un tapiz de un Osuna
ó de un Alba—, tiene una
austeridad monacal.
Y mientras la noche llega,
y el sol, galante, se inclina,
á la estrella vespertina
y sensual,
á paso lento camina
por la Cuesta de la Vega
la carroza episcopal.



R. Marín

IV. - Diciembre

Cárdeno el cielo... El río, turbio
por la crecida, bajo la puente.
Charcos de lluvia... En el suburbio,
trajín de Pascua... Gárrulamente,
con el gorjeo de cien chorlitos,
con el zumbido de una colmena,
se oyen los gritos
y las zampoñas de Noche Buena.

Lluvia de invierno... Clara, brillante,
que se refleja sobre los charcos, pulimentada.

Y el carretero y el trajinante
con sus banastas prometedoras, en la posada.

Arbol desnudo... El aguacero
lava el paisaje...
¡Y envanecidos ante el pavero,
abren los pavos la apoteosis de su plumaje!

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

(Dibujos de Marín)

LETRILLA DEL MARQUÉS CONQUISTADOR



Glosas populares

¡Marquesito, marquesito,
galán marqués de Perales!
El que se iba de aventuras
con los manolos de plante;
por las calles de la Villa
mañana dirá el romance:
Por la honra de una manola,
«en la procesión del Carmen
mataron al marquesito...
¡Cómo lloraba su madre!»

Espuma de barrios bajos
fue el marquesito galante:
del Avapiés al Barquillo
iba sembrando pesares;
llevaba el traje de majo
con muy garboso donaire,
la redecilla de seda
y la chorrera de encaje.

¡Burlador de damiselas
y de las majas de plante,
que en viendo unos ojos negros
no reparaba en linajes!
Por el amor de una maja,

«en la procesión del Carmen
mataron al marquesito...
¡Cómo lloraba su madre!»

¡Mal haya el marqués galán!
Que muchos ojos amantes,
por causa de sus traiciones,
lloran lágrimas de sangre.
Era la «Zaina» una maja,
emperatriz del donaire;

por burlar á esta manola
murió el marqués de Perales.

Ya por calles y plazuelas
los ciegos cantan el lance;
cerrado está su palacio,
de luto sus familiares.
Fue la venganza del pueblo
la que escribió este romance:
Por la honra de una chispera,
«en la procesión del Carmen
mataron al marquesito...
¡Cómo lloraba su madre!»

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Bartolozzi)

HALLÁNDOME cierta noche en el escenario de no recuerdo qué teatro con un amigo mío, noté que éste se había quedado solo unos cuantos pasos atrás, mirando con gran curiosidad hacia lo alto.

—¿Qué miras?—le pregunté.

—¿Es esa la caja de truenos?

—Sí.

—¿Y cómo es por dentro?

Tuve que hacerle completa descripción del artefacto.

—¿Ves—le dije—esos cuatro tabloncillos que, unidos por sus aristas longitudinales, forman uno á modo de cajón estrecho, muy estrecho, largo, tan largo que llega casi desde el telar hasta el foso? Pues bien; las paredes internas de ese cajón están guarnecidas de gruesos tarugos desiguales, salientes y fuertemente sujetos; y arriba, junto á la parte superior del trasto, hay un depósito de piedras pesadas y angulosas de distintos tamaños. Cuando en el drama ó la comedia es preciso fingir la tronada, el encargado del papel de Júpiter invisible suelta el contenido del recipiente en la boca del cajón y por su interior caen con horrible estrépito las piedras, tropezando en los tarugos escalonados hasta llegar al foso; donde, disminuyendo el ruido por la profundidad, se hace tan temeroso y espantable que imita con pasmosa fidelidad el verdadero trueno, cuyos ecos ruedan de monte en monte repercutiendo en las concavidades de la sierra.

—No sabes qué deseos tenía de ver un trasto de estos.

—¿Por qué?

—No tengo inconveniente en revelarte el origen de esa curiosidad.

Cenamos juntos, y de sobremesa habló de este modo:

—Una mujer joven, viuda, guapa y muy rica, á quien por discreción llamaré Clarisa, nos convidó en cierta ocasión á varios de sus contertulios á pasar unos días en un monte que posee cerca de Madrid. A la hora convenida acudimos á la estación. Eramos un general de la reserva, un pintor con primera medalla del año 60, un agente de Bolsa que operó por cuenta de Salamanca, un político que había conspirado con Olózaga, y yo, el más joven, mejor dicho, el único joven. Poco después llegó Clarisa vestida con sencillo primor y acompañada de su tía y dos doncellas; subimos á un coche-salón que nos estaba reservado, y partió el tren. Para abreviar, no entro en detalles respecto de cómo era la finca, en los límites de la cual fuimos recibidos por el administrador, guardas, mozos y gañanes. Baste decir que la casa es magnífica: delante de la fachada principal tiene un gran jardín á la francesa, y á la parte de atrás huertas y corrales. Contrasta con lo salvaje de la campiña el sinnúmero de comodidades que se disfrutaban en la casa; no te hablaré del lujo severo, artificialmente modesto, con que está alhajada. Lo esencial á mi relato es que hay allí un precioso teatrillo, construido en tiempo de Carlos IV por una cómica, querida de Godoy, la cual no perdió nunca la afición á las tablas y se deleitó en seguir representando, para divertimento de su casi real amante y de unos cuantos amigos. Lo cierto es que hay teatro, y que Clarisa, cuya afición á las comedias raya en delirio, lo ha reformado, gastando mucho; de suerte que, en pequeño, es tan completo como el mejor de Madrid; en su escenario, reconstruido hace pocos años, pueden colgarse seis ú ocho decoraciones; tiene escotillones; hasta su magnífica caja de truenos; nada le falta; como que allí se han hecho *Don Alvaro* y *El puñal del godo*, obras de las cuales recordarás que una empieza y otra concluye con tormentas espantables. Se me olvidaba decirte,



La dama de las tormentas

para que comprendas bien todo lo que sigue, que las habitaciones destinadas á los convidados ocupan el piso principal, y que las de Clarisa están en la planta baja, cerca del teatro y con ventanas y puertas al jardín.

A las pocas horas de haber llegado me hice cargo de que mi situación allí iba á ser difícilísima. El general, el agente de Bolsa, el pintor y el político se pasaban toda la mañana cazando; después del almuerzo, al medio día, charlaban de sobremesa un rato con Clarisa, y la acompañaban en un corto paseo; pero á las cuatro se ponían á jugar al tresillo y ya no había que contar con ellos; jugando estaban hasta la hora de comer, y á su tresillo se volvían en cuanto tomaban café y encendían el puro, porque aquella amabilísima señora les dejaba hacer su voluntad. La tía de Clarisa no merece especial mención: también era gran tresillista, y cuando no jugaba se quedaba dormida.

Resultado de todo esto: que como yo no cazo ni me gustan los naipes, á todas horas estaba charlando con la encantadora Clarisa; por la mañana, mientras aquellos buenos señores andaban persiguiendo conejos y perdices, desde que ella salía al jardín hasta la hora del almuerzo; y por la tarde, desde que se ponían al tresillo, hasta que, poco antes de comer, se metía en su cuarto para componerse y adornarse. ¿Concibes para un hombre situación más difícil?

Clarisa tenía treinta años; la edad en que la mujer es más dulcemente peligrosa para el prójimo y para sí misma. Era de mediana estatura, pero muy esbelta, rubia, con mucha gracia y muy lista; de lenguaje algo vivo y picaresco, con ese desparpajo de madrileña fina que sabe sostener los diálogos escabrosos; disimulada y maliciosa; sutil en la argumentación; amiga de oírse decir cosas bonitas; aficionadísima á turbar y desconcertar á quien hablaba con ella; mas todo esto contenido, moderado y aun me atreveré á decir aparentemente dignificado, por ese pudor lleno de sabiduría que tan bien sienta á una vida decente.

No sirve la palabra coqueta para aplicada á mujer así; su ligereza se trocaba en severidad cuando menos lo esperabas; creías que te escuchaba en serio, y contestaba irónicamente; era un enigma, mejor dicho, un abismo que atraía, pero al cual no te podías arrojar, porque sus bor-

des estaban llenos por unas partes de punzantes espinas que estorbaban la aproximación, y por otras de flores delicadas cuyos aromas embargaban los sentidos. Yo soy corto de genio; ¿comprendes lo que sufriría? ¿Podía, con ofensa de la hospitalidad, enamorar á Clarisa? Primero me pareció que esto hubiera sido abusar de las circunstancias, y al mismo tiempo me asaltaba la idea de que no pronunciar palabra ni ejecutar acto que demostrase admiración de su hermosura era prueba de ignorancia, de mal gusto y hasta de desprecio.

A pesar de mi timidez, también me mortificaba la ausencia de rival á quien vencer, exponiéndome á ser triunfador á falta de otro pretendiente y más ayudado por el hastío de la beldad que por mi propio esfuerzo. Finalmente, se me hacía intolerable sentar plaza de tonto, y tontería de marca mayor era vivir junto á una mujer codiciable y libre de amante sin pretender serlo suyo. Todas estas cavilaciones, estimuladas por la presencia constante y turbadora de Clarisa, poblaron de dudas mi pensamiento. Ríete de cuanto han discurrido los filósofos sobre si la inteligencia es una facultad inorgánica y objetiva, como dicen unos, ó si es un producto fisiológico que se

consume en el mismo instante que se produce, como sostienen otros; ríete de los sistemas ideados para explicar la unión del alma con el cuerpo; todas estas son zarandajas y majaderías en comparación del problema que las circunstancias me habían planteado para que yo lo resolviese. Porque, la verdad, mientras uno está solo y de mal humor, puede dedicarse, como el Príncipe Hamlet, á desentrañar si conviene *ser ó no ser*; pero cuando uno pasa ocho ó diez horas al día mano á mano con una mujer como aquella, el verdadero problema es *atreverse ó no atreverse*.

Transcurrieron algunos días desde nuestra salida de Madrid. El tiempo era tan hermoso, que Clarisa dispuso que no volviésemos hasta que no lloviese ó hiciera frío. Entretanto, me observaba, al parecer, sin sorpresa ó enojo de que no la galantease, pero con muestras de indudable agrado, cuando me quedaba charlando con ella en vez de ir á cazar ó sentarme á jugar al tresillo; y apenas mis frases tomaban el más leve tinte de elogio á sus encantos, sonreía de un modo enigmático que me dejaba acobardado y perplejo; su mirada, entonces, parecía atraerme, pero sus labios se plegaban desdeñosamente. ¿A quién hacer caso cuando los ojos dicen *ven* y la boca *estese usted quieto*?

La comida excelente, el aire del campo, el ejercicio y, sobre todo, la proximidad constante de la belleza en su manifestación más codiciable, determinaron en mí un estado físico y moral imposible de definir y menos aún de soportar. Juntamente me sentía capaz de realizar grandes empresas y medroso para intentarlas, sin que me cupiese duda de que Clarisa lo iba adivinando todo. Por fortuna, vino en mi auxilio la Naturaleza, que, como los autores dramáticos, precipita los acontecimientos cuando quiere.

Una tarde de calor bochornoso, el pintor, el político, el general y el bolsista, en vez de ponerse á jugar, decidieron dormir la siesta, subiéndose cada cual á su cuarto. Clarisa y yo quedamos tomando café en el jardín, bajo un pequeño cenador por entre cuyos varasetos trepaban ramas de jazmines y clemátides con tal profusión de flores, que á trechos parecían los verdes tallos estar cubiertos de nieve. Llevaba la dama un trajecillo muy ligero; gracias á lo fino de la tela, su hermoso cuerpo se dibujaba

sin gran detrimento de la honestidad, pero lo bastante para que pudiera apreciarse esa armonía de líneas que forma el himno más elocuente á la bondad del Creador: el cuello bajo, sin cintas ni lazos, y las mangas cortas, descubrían blancuras más gratas á la vista que las de las flores del cenador; finalmente, tenía puesto un caprichoso y gran sombrero de paja con largas cintas, que, envolviéndole el rostro en misteriosa penumbra, realzaba el brillo de sus ojos. Yo la contemplaba procurando aparecer natural y tranquilo; pero, de cuando en cuando, sentía que, aun contra mi voluntad, mis miradas se quedaban fijadas en ella, ya con la estupidez del embobamiento, ya con el descarado de la codicia.

Clarisa, comprendiendo que la situación no era para prolongada, dijo, levantándose de pronto:

—Acabe usted de tomar café y vamos al *parterre*; quiero coger yo misma las flores para la mesa.

Echó á andar, la seguí, llegamos al jardín y comenzó á cortar rosas; me las daba, y yo las iba colocando cuidadosamente en su gran sombrero de paja, el cual se había quitado, confiándome, para que sujeto por las cintas lo utilizase á modo de cestillo.

En esta poética operación estábamos entretenidos cuando empezó á soplar un aire que de pronto se hizo viento impetuoso; las ramas de los árboles se movieron sacudidas con fuerza, y el cielo se encapotó repentinamente de nubes plomizas; comenzaron á caer enormes gotas y sonó un trueno. Clarisa, mirándome espantada, gritó:

—¡A casa, á casa!

El viento arremolinaba con tremenda furia; se oía el crujir de los pinos retorcidos por el vendaval, las gallinas corrían á recogerse en la corraliza, las palomas volaban en bandadas hacia los tejados; de pronto brilló un relámpago y retumbó un segundo trueno, pero formidable, aterrador.

Entonces Clarisa corrió como una niña; la alcancé, hice que se apoyara en mi brazo, y me dijo:

—Usted no sabe el miedo que me da esto... Es superior á toda ponderación... Cuanto diga es poco... Me pongo que no sé lo que hago.

Cuando estábamos ya cerca de la casa, los relámpagos eran tan frecuentes que la atmósfera parecía incendiada y los truenos ponían espanto. Clarisa se me agarró medio convulsa de terror. Entramos á la casa por una puerta de servicio. Sin soltarme, cada instante más aferrada á mí, me hizo cruzar el vestíbulo, atravesar el billar y otro salón, hasta que de pronto, como si nos hubieran llevado en volandas, me hallé solo con ella en un gabinete por una de cuyas puertas se veían los cortinajes de su dormitorio. Los truenos y relámpagos parecían anunciar el fin del mundo. Entonces, con voz suplicante, me dijo:

—¡Por Dios, no me deje usted sola! ¡Sola, no! ¡Sola, no!—añadiendo:—¡Cierre usted esas ventanas! ¡Maderas y todo!

Obedecí, cerrando las dos grandes ventanas que daban al jardín; una corriente de aire cerró de golpe también la puerta, y quedamos en la obscuridad completa. Por dicha mía, la fulguración de un relámpago me permitió ver á Clarisa, que se había tirado sobre un sofá tapándose la cara. Me acerqué á tientas; de pronto se me enredaron los pies en unos almohadones que estaban en el suelo, y caí de bruces, quedando arrodillado; extendí las manos; una tropezó con algo fino y sedoso que fácilmente cedía á la presión; era el pelo de Clarisa; la otra palpó la mórbida suavidad de un brazo... La tormenta duró toda la tarde; persistiendo hasta el anochecer el fragor de los truenos, que se alejaban con estrépito sólo comparable al que produce mucha artillería rodando por calles mal empedradas.

—Ya podemos abrir—dijo Clarisa.

El sol se había puesto, las nubes huían desbaratadas por el viento, y en el firmamento comenzaban á lucir las estrellas. En los ojos de Clarisa brillaba también algo que parecía divino; quizá fuese el reflejo de mi felicidad. No me dejó salir por la puerta que daba á los salones, sino por otra de escape contigua á la habitación de las donce-

llas. Nadie se enteró de por dónde subí á mi cuarto. Al verme solo experimenté cierta laxitud, efecto, sin duda, de la pasada tensión de espíritu y de la atmósfera cargadísima de electricidad que acababa de respirar. Pero ni el caballero Florambel al separarse de Groselinda, ni Leandro al apartarse de la hermosa Cupidea, ni el propio Amadis recién favorecido de Oriana, pudieron considerarse tan venturosos.

Una hora después Clarisa se presentó en el comedor más bonita que nunca. Por las ventanas que daban al jardín venía el aire impregnado de aromas; la noche estaba hermosísima. Ni en el cielo ni en el rostro de la mujer había dejado huella la tormenta.

Lo que más me sorprendió fué la serenidad, la imperturbabilidad absoluta de Clarisa; con los otros convidados estuvo bromista y cariñosa; para mí, ni una mirada, ni un rozamiento al tropezarnos para sentarnos á la mesa, ni una frase, ni una alusión que implicase recuerdo de lo sucedido. Se habló de la tempestad y dijo secamente:

—He pasado un rato espantoso.

Me quedé atónito y la miré casi con descaro. Entonces clavó en mí los ojos con tan glacial indiferencia que me pareció haber soñado. Al concluir de comer intenté tres ó cuatro veces acercarme á ella y lo esquivó hábilmente. Para fingimiento y precaución era demasiado. Por fuerza tenía que ser enojo. Entonces me incliné á pensar que acaso había yo cometido un atropello incalificable, odiosa mezcla de astucia y violencia, aprovechando el pavor de la pobre mujer; y ella, temerosa del escándalo, enmudecía, pero no perdonaba. Mas, ¿cómo iba yo á persuadirme de esto cuando todavía resonaban en mis oídos las frases tiernísimas que, á pesar de pronunciadas con voz queda y contenida, me habían causado mucha mayor impresión que el estupendo fragor de la tormenta? Al fin sospeché si, tal vez, el trastorno atmosférico habría determinado en Clarisa un estado nervioso que, suspendiendo el imperio de la voluntad, dejase primero su organismo entregado al alboroto de los sentidos y luego la privase de la memoria.

Acogí un momento la idea de inventar un pretexto y marcharme á la mañana siguiente; pero, comprendiendo que lo repentino de la partida podía despertar sospechas, opté por no irme y variar de conducta. Nada de permanecer á su lado mientras los otros se fueran escopeta al hombro, ni quedarme con ella cuando se pusiesen á jugar al tresillo; por las mañanas partiría con los cazadores; por las tardes me iría de paseo. Así lo hice durante cuatro días, procurando representar, sólo para Clarisa, el papel de hombre avergonzado y corrido que esquivaba la cólera de la mujer ultrajada.

Grande fué mi sorpresa al observar que aumentó su enfado. Cuando estaba segura de que nadie podía notarlos, sus ojos se fijaban rápida-

mente en mí y resplandecía en ellos una llamada de furor. Se me figuró que buscaba ocasiones en que acercarse; pero yo hice prodigios de cobarde habilidad para evitarlo. Por fin, el quinto día, al bajar á la hora del almuerzo, procurando yo no ser de los primeros para hallarla acompañada, me la encontré en el vestíbulo haciendo que inspeccionaba las plantas que adornaban el arranque de la escalera. Miró en torno con cautela, y, casi sin mover los labios, me dijo:

—A las cinco y media, esta tarde, por la puertecilla del otro día.

¡Pensé que había llegado para mí el momento terrible de la expiación y la vergüenza! Pero no tenía más remedio que ir.

Durante el almuerzo, Clarisa aconsejó á los cazadores que se dejaran de tresillo y, aprovechando lo apacible del tiempo, fueran por la tarde al encinar, donde había liebres. Luego, diciendo que debía arreglar cuentas con el administrador, se retiró á sus habitaciones. Fuese discreción ó indiferencia, á nadie se le ocurrió preguntarme lo que yo haría. Subí á mi cuarto y esperé. A las tres y pico oí marcharse á los cazadores; á las cinco y media en punto bajé al jardín.

Hacía una tarde magnífica, y en el azul purísimo del cielo no se divisaba una sola nube; di vuelta á la casa y encontré la puertecilla entornada; crucé al entrar los mismos aposentos que para salir había pisado el día de la tormenta, y llegué al gabinete. Mucho me sorprendió que estuviese casi á oscuras, con una de las dos ventanas completamente cerrada y la otra muy entornada, dejando sólo entre las hojas de las maderas una abertura de apenas un palmo. A favor de la claridad que por allí penetraba, vi á Clarisa leyendo sentada en una enorme butaca.

—Arreglo esto así—dijo al verme—, porque en esos huecos da el sol hasta que se quita, y hace mucho calor.

No dejó de chocarme la precaución, porque el día era templado; pero, atento á cosa más importante, me arrodillé á los pies de la dama y, cogiéndole una mano, comencé á hacerle protestas de respeto, de arrepentimiento por lo pasado, y, sobre todo, de amor, procurando dar á mis palabras esa mezcla de sinceridad y vehemencia que suele producir excelentes resultados; unas veces porque se nos cree, y otras porque se finge creernos. Pronto vi que ni Clarisa me miraba airosa, ni fruncía el lindo entrecejo, ni siquiera retiraba su mano de entre las mías...

Más de un cuarto de hora llevábamos, yo derrochando elocuencia y ella contemplándose en indulgente silencio, cuando de improviso, sin venir precedido de relámpago, sonó un trueno no muy corto y bastante fuerte; ruidoso, pero no de los que intimidan. Por un movimiento involuntario solté la mano de Clarisa; ésta, entonces, se levantó rápidamente, cerró las maderas de la ventana, que estaban entornadas, y al quedar la habitación en tinieblas, dijo con voz medrosa, que se me antojó algo burlona:

—¡La tormenta, la tormenta!

A fuerza de mimos conseguí que el terror no se apoderara de ella, y durante largo rato murmuré en sus oídos frases de apasionada ternura que la hicieron temblar, no de espanto, sino de amor. Nos separamos á la misma hora que el día de la tempestad grande.

Al cruzar el trozo de jardín que era preciso recorrer para subir á mi cuarto, observé que el cielo estaba completamente raso, sin una sola nube, ni aun el más ligero indicio de que las hubiese habido. ¡Cosa más rara! Pasaba cerca de mí el chico del jardinero; yo, obedeciendo á uno de esos impulsos que no se razonan, pero que responden á un estado de ánimo, le dije:

—Hoy la tormenta ha sido corta; no ha tronado más que una vez.

—No, señorito; si no ha tronado.

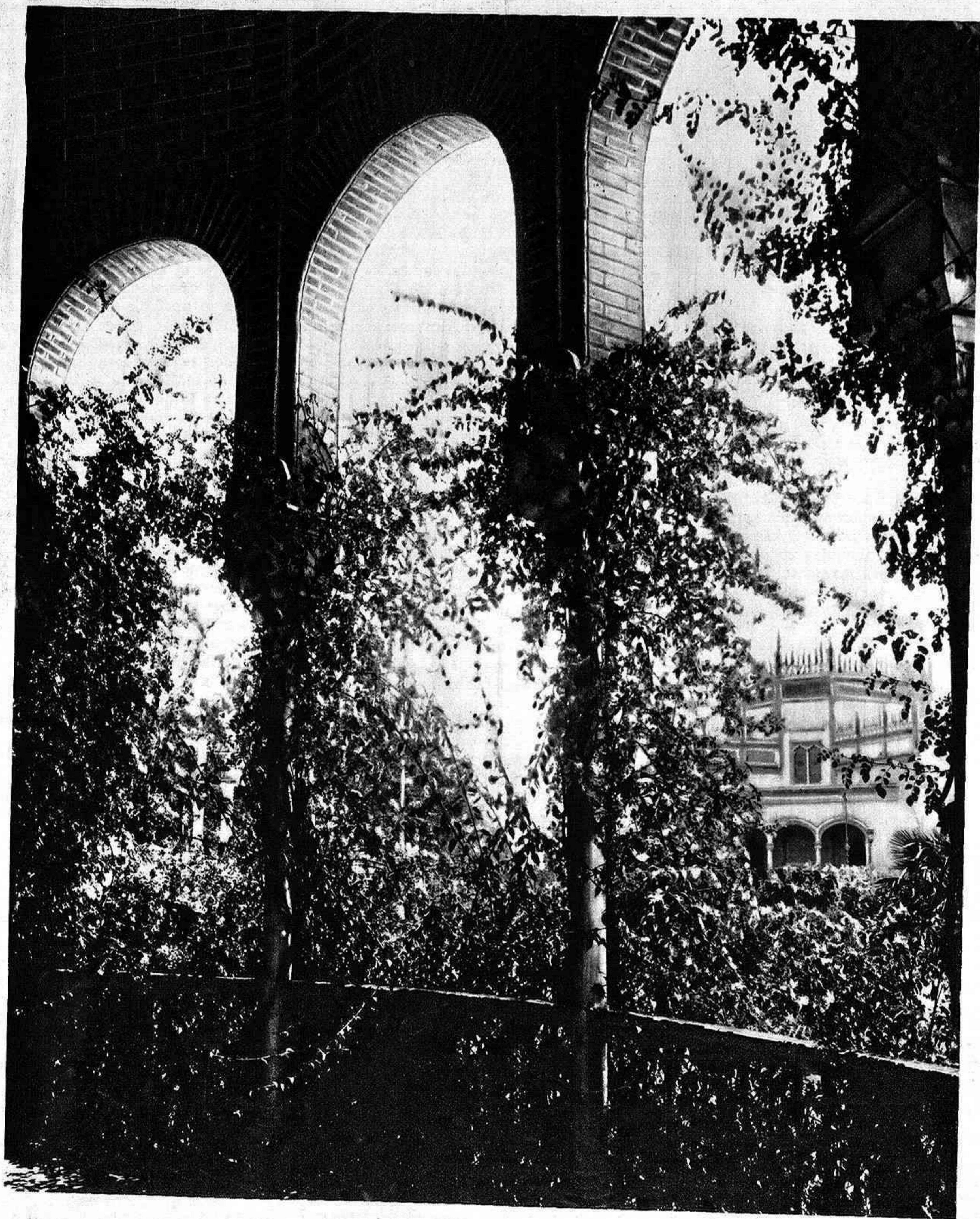
—Hombre, ¿qué me vas á negar, si lo he oído?

—¡Quiá!—repuso el muchacho, sonriendo estúpidamente—. Lo que ha sido es que la señora, por no sé qué capricho, me había mandado que esta tarde, á las seis en punto, sin falta, descargase la caja de truenos del teatro.

JACINTO OCTAVIO PICON

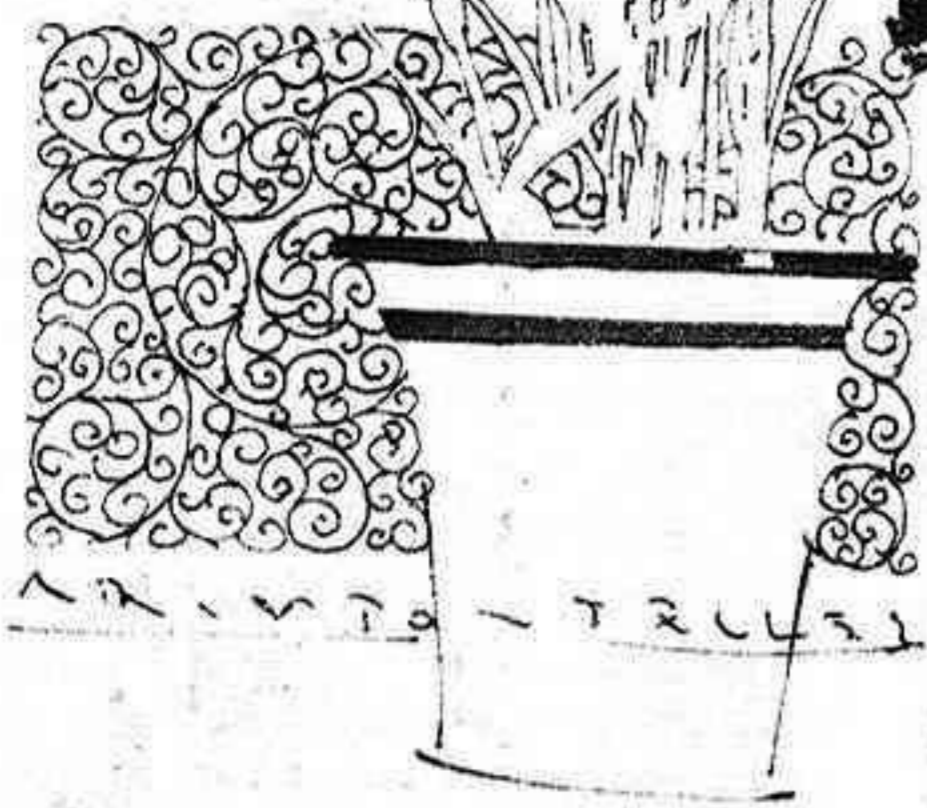
(Dibujos de Penagos)





Sonata de Primavera

Primavera, Andalucía. Abril, Sevilla. Expresiones distintas y, en realidad, una misma idea. Diversidad en las palabras, pero, en el fondo, la misma emoción. La Primavera, al florecer sobre otros paisajes de España, es de una alegría suave, dorada. Pero no tiene ese magno desbordamiento, ese júbilo extraordinario con que se reviste en Andalucía. Es, en la vega granadina, en los campos sevillanos y en los cortijos cordobeses, como un estallido de color y de luz. El Invierno dejó atrás sus caperuzas de nieve, sus escarchas, sus campos ateridos. Sevilla vió pasar, por sus viejas calles de tradición, los nazarenos enigmáticos, entre el fúnebre redoblar de los tambores. Y de ese sueño de luto que es la Semana Santa, Sevilla, en el amanecer del Sábado de Gloria, despertó con un temblor de risas en la boca. Enseguida, la Feria. Las rejas se enguarnaldan de claveles, de rosas, de nardos. Los jardines—ese Parque de María Luisa, hermano de los cármenes de Granada y de Córdoba—tienen sangre nueva y nuevo perfume. En los atardeceres de Andalucía, palpita un desfallecimiento sensual y hondo, gozoso y melancólico á un tiempo mismo. Y en esa alegría y esa melancolía de la hora de Primavera, quiebra el silencio una copla. En ella están el alma de Sevilla, y de Córdoba, y de Málaga, y de Granada. «Quien dijo cantares, dijo Andalucía...»





¿Cansada?

Huela usted, para disipar la pesadez cerebral, el perfume fresco y concentrado del

A G U A D E C O L O N I A A Ñ E J A

Bien aspirando su aroma, o mejor usada en fricciones o mezclada con el agua del lavabo o del baño, alivia el cansancio, entona los nervios y produce una intensa sensación de bienestar.

Frasco, 2,50. -- Litro, 15 ptas. en toda España.
El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

Algunos de los productos más recomendados de la Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA es el predilecto de la gente "chic". Pasta neutra, espuma suave, perfume intenso. Pastilla, 1,25.



La PASTA DENS, crema jabonosa antiséptica, limpia los dientes suavemente y perfuma el aliento. Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25.



El PETRÓLEO GAL suprime la caspa y contiene la caída del pelo, vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

MANÍN de Pepa José, si hubiera nacido señorito y hubiera estudiado y escrito en los periódicos, hubiera sido un *esteta*. Pero en Llantones, parroquia rural cerca de Gijón, Manín no era más que un *folgazán*, que no valía la *borona* que comía..., cuando la comía.

Su madre, Pepa José, es decir, una Josefa, mujer de un José, quedó viuda ya en edad madura, y aunque la *casería* que llevaba en arrendamiento, en la escritura del contrato parecía cosa de Manín, heredero de José, quien mandaba en todo era la madre; sólo con ella se contaba. Enjuta, alta, de mucho hueso, mirada fiera, actividad febril, gestos hombrunos, era un águila para el trabajo, para el cuidado de la hacienda, y sus criados y jornaleros andaban en un pie. Sólo Manín, el hijo

único, gozaba el privilegio de la benevolencia de aquella mujer que no daba un bocado de pan sin que se lo pagara algún servicio. Pero Manín era otra cosa; por él y para él trabajaba ella tanto. No era fuerte, no mostraba aptitud para las faenas del campo, y la madre había soñado con hacerle sacerdote. Pero él, muy contento con trabajar poco y cuando quería, no entraba por lo de cantar misa. El trabajo le repugnaba...; pero el ascetismo también. Le gustaba la alegría, el ruido, el baile. Era gaitero de afición, y de habilidad notoria. Con la gaita suavizaba el carácter de su madre, aquella fiera; la embelaba con aquellos gorgoritos estridentes del puntero y con las notas asmáticas que salían de las profundas entrañas del fuelle.

Cuando Pepa aturdía á gritos á los vecinos en media legua á la redonda, riñendo á un criado ó atosigando á un deudor, y las imprecaciones de aquella Euménide de pan llevar retumbaban en el castañar que rodeaba la *casería*, Manín, tocando el *Altísimo Señor* ó la *Praviana* en la gaita desafiada y melancólica, aplacaba poco á poco á la furia, la atraía y acababa por enternecerla.

•••••

Manín era de oficio, de verdadero oficio, soñador. Un soñador alegre, que buscaba la soledad para saborear los recuerdos de las fiestas, de las romerías, de los bailes alegres, llenos de *ijujús* tempestuosos, horrisonos, expresión de *histerismo* de centauros. Manín no sabía que el *ijujú* era celta; él lo consideraba como una manera de *relinchar* de los mozos de la aldea. Y él relinchaba también, sobre todo allá para sus adentros.

Si el mundo fuera siempre cortejar, bailar la danza prima, disparar el cachorrillo para solemnizar la procesión, tocar la gaita *al alzar* en la misa cantada el día de la fiesta! ¡Y después, á la luz de la luna, por el *castaño* arriba, acompañar á una rapaza, y *echar la presona* á la puerta de su casa hasta cerca del alba! ¡Y luego, á solas, en la *llinda*, ó á la hora de la siesta, sentir la brisa llena de olores queridos, familiares, reclinado el cuerpo sobre la rapada yerba, y soñar despierto, rumiando recuerdos dulces; como las vacas, sentadas á la sombra, rumiaban su alimento!



ASTURIAS

MANIN DE
PEPA JOSE

Cuento de LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

el amor. Manín, si no cosa tan delicada como el *rebrincar* y *ergotizar* con una buena moza, acabó por encontrar cierto encanto en las copas de anís escarchado, de malvasía y de rosa.

Los licores dulzones fueron el sucedáneo de los galanteos para aquel epicurista de montera. Iba á los mercados de Gijón y allí se despachaba á su gusto bebiendo en un café, entre el *señorio*, aniseta, rosa, Málaga y cosas así. Mucha dulzura, y ver candelillas, y figurarse el mundo menos malo de lo que positivamente era... Y á casa á dormir, oyendo frases de desprecio de aquella Rosa, que era su tirano, pero también el amparo que le había dejado su madre.

•••••

Tuvieron una hija.

Buenos insultos le

costó á Manín. Rosa hubiera querido un hijo.

No lo hubo. El trabajo mata, por lo visto. Mientras Manín se conservaba fresco, lozano, pese á los años, Rosa empezó á decaer; una vez prematura, precipitada, acabó con ella..., y tuvo que pensar en lo mismo en que había pensado Pepa José algún día. Si moría ella, ¿á quién iría á parar la *casería*? El nuevo amo, hijo del otro, tampoco le dejaría en poder de aquel trasto inútil de Manín... Y Rosa, con el mismo fin con que Pepa había buscado una mujer para Manín, buscó un marido para Ramona, la hija de Manín y de Rosa.

Ramona se parecía á su padre: era alegre, soñadora como él, poco activa, débil de carácter; no servía ella, como su madre y su abuela, para cuidar la hacienda. Pero Roque de Xuaca, el marido que escogió Rosa, sin consultar á Ramona, la mujer de Roque, era el aldeano más codicioso y tenaz para el trabajo de todo el concejo. En su juventud, mientras fué soltero, nunca fué á las romerías por las mozas, sino por los bolos. Ganar algunos céntimos en la bolera, á fuerza de sudores, era todo su recreo. El resto de la semana, en vez de los bolos del domingo, tenía la *jesoría*, la pala, la guadaña... los céntimos se los sacaba á la tierra. Se casó sin amor, sin nada más que codicia; dispueste á ser el amo cuanto antes. Rosa murió pronto, y Roque empezó á tratar á su suegro peor que al perro, que le servía más guardándole la casa.

Manín temblaba ante el marido de su hija; no pensó en disputarle el dominio; desde luego aceptó su papel de carga inútil. Trabajar de veras no podía, no sabía; cada vez menos. A pesar de las buenas apariencias, Manín por dentro se sentía viejo, muy débil, cada día con más necesidad de amparo, de que le cuidaran, de que le dejasen sus aficiones de pobre diablo amigo de los tragos dulces, de la excitación alegre del licor... Pero Roque no consentía ni siquiera lo que Rosa había tolerado por desprecio. Roque de Xuaca era brutal, soez, cruel. A Ramona la tenía en un puño, y la pobre hija de Manín, siempre enferma, no se atrevía á defender á su padre. Ni Manín se quejaba delante de Ramona, por miedo de que el marido la maltratase si ella abogaba por su padre.

Roque ensayó lo imposible: obligar á Manín

á trabajar de veras, con provecho y constancia. Manín sólo tuvo fuerzas de voluntad... para oponerse á tales ensayos, nuevos en su vida y de fracaso seguro. Lo que es trabajar como los demás no trabajaría por mucho que mandara Roque. Podía matarle de hambre, de un palo; pero hacerle pasar el día encorvado rompiendo terrones, era imposible. Pero el de Xuaca no se dió por vencido. Renunció á tener en Manín un esclavo que le ahorrase un criado; pero no renunció á sacar del pobre viejo todo el partido posible. Como á un chicuelo, se le obligaba á llevar el ganado al pasto, era el rapacín de la *llinda* y se le empleaba en otras labores fáciles, sencillas, pero molestas para un anciano. Y, por supuesto, se le acortó la ración. Se acabaron los buenos tragos, los viajes en pollino á la villa, los bocados de pan tierno, la ropa limpia y fresca; hasta se le echó del cuarto desahogado y caliente que ocupaba en la casa nueva y se le obligó á vivir en la choza antigua de la *casería*, á un tiro de fusil de la vivienda de su hija. Para Roque, su suegro era menos que el último jornalero.

Manín se sintió aislado, sitiado por hambre; querían matarle á fuerza de hastío, de soledad, de privaciones... ¡Málaga, rosa, marrasquiño! ¡Recuerdos del bien perdido! Ni una *copiquiña* en un año. *Borona, jabes*, agua... un poco de leche, poco... y lo demás tristeza, frío, soledad, aburrimiento... Lo que no podía Roque era vencer la afición de Manín á las delicias de que le privaba. Soñaba con ellas, no pensaba en otra cosa. La privación de aquellos placeres materiales, de los buenos tragos, de los buenos bocados, le hacía dar un interés exclusivo á tales cosas; toda su voluptuosidad, que antes se esparcía en tantas delicias, el amor, la música, la vaga poesía del ensueño, la danza, la conversación alegre... ahora se reducía á complacencias del paladar, que no podía conseguir, y que cada día deseaba con más fuerza.

Cuando le echaban en cara su apego á tales apetitos groseros, Manín se enternecía, con lástima infinita de sí mismo, y, como un anacronite elegíaco, procuraba demostrar que á un pobre viejo que ya no podía gozar de otros placeres, los buenos tragos, los buenos bocados se le debían como se le debe el respeto.

Pero Roque le trataba peor cada día; llegó á reducirle á la condición, casi, casi de un mendigo.

Murió Ramona en un mal parto. Roque, seguro de tiempo atrás de que con la *casería* se quedaba él, se vistió de negro, con ropa de invierno en Agosto, antes de que el cadáver saliera de casa. Puso el rostro duro, compungido, con mueca avinagrada, y recibió á los señores curas y á los parientes y vecinos que vinieron al entierro y á los funerales, con seria amabilidad, sin extremar las manifestaciones del dolor, sin olvidar sus deberes de amo de casa para con los huéspedes, pero sin descuidarse un momento en su papel de viudo que debía estar por dentro muy afligido. Con suspiros contestaba á los consuelos de rúbrica, y en silencio pagaba con obsequios las máximas filosóficas y religiosas con que los huéspedes procuraban mitigar la pena que él estaba en el caso de sentir.

De Manín nadie se acordaba; pero él vino desde su destierro de la cabaña vieja sin que le llamaran, y á nadie se le ocurrió echarlo de allí, como tampoco se echaba al perro, que entraba y salía en la alcoba mortuoria.

Manín estaba, más que afligido, aturdido, desorientado. ¿Qué iba á ser de él? Algunos, los pocos que no sabían el desprecio con que se miraba al pobre viejo en la casa, le daban el pésame y procuraban

consolarle también. Estos consuelos le hicieron pensar á Manín algo en lo que le pasaba; perdía á una hija, á Ramona, su hija única... Su carácter de padre exigía sentir una pena moral, honda..., más honda... Manín sentía una pereza invencible de padecer. Comprendió que si se empeñaba en enternecerse, en afligirse, imaginándose *cosas finas* como antaño cuando comía y bebía bien y tenía la sangre caliente, conseguiría algo, conseguiría atormentarse, recordar la niñez de Ramona, remotas caricias...; pero todo eso podía excusarse. Manín suspiraba, murmuraba frases de resignación mezcladas con otras de dolor...; pero se resistía, en sus adentros, á dejar que la imaginación se le fuese por los campos negros de la pena. Además, si pensaba en Ramona, tenía que pensar en sí mismo, en cómo quedaba él..., y aquello sí que era serio, terrible, cosa positiva, perentoria, mal de un vivo, no de muertos, que ya no son... No, no; nada de pensar en el dolor que le aguardaba...

Por el olfato empezó Manín á separarse de todas aquellas tristezas imaginarias á que le invitaban los curas y los vecinos que le hablaban de la muerta.

De la cocina, muy próxima, venían olores que eran delicias positivas en forma de esperanza que casi se podía paladear. Entró en la cocina. Se preparaba la gran comilona del funeral, el banquete en la aldea inexcusable. El *xenru*, el yerno, Roque, estaba en todo; la dignidad de la *casería* exigía aquel sacrificio: buena comida y muchos curas á cobrar la pitanza. Mostrándose rumboso y no dejando un momento el gesto avinagrado, que él creía de tristeza, probaba Roque lo que debía á su papel de viudo mejor que con frases que no se le ocurrían. En día tan lleno de cuidados no pensó en la difunta directamente ni cuatro veces. Además, allí no había pasado nada en rigor: él ya era el amo; continuaría siéndolo.

Manín, mientras el clero y los demás del duelo cumplieron con todas las diligencias debidas al *cuerpo* (así llamaban todos al cadáver de Ramona), se quedó en casa alrededor de los pucheros, y cuando volvió de la lejana iglesia el fúnebre cortejo, ya sabía el pobre hambriento á qué atenerse; en la mesa principal, la de los clérigos, había puesto para él, y había dos sopas, dos pucheros, tres principios, arroz con leche, café, queso y vino y licores. Cuatro botellas de cuello largo había visto él sobre la masera. Aquellos eran los licores. No sabía leer y no pudo enterarse por los rótulos del contenido, pero no dudaba de que algo de aquello sería dulce.

Manín se impacientaba. Tardaban en volver

los clérigos y legos que habían ido á enterrar á su hija, á su Ramona, y á cantarle un *gorigori* de los repicoteados. ¿Si se quemaba el arroz con leche? ¿Y la sopa? ¿No se perdería la sopa? Si se hubiera atrevido él á meter baza en la cocina, habría aconsejado á la respetable María Xuación, la gran cocinera de la comarca, que no echase el arroz y los fideos tan pronto, porque las misas de difuntos cantadas con todo lujo son muy largas.

Manín se plantó, como gallo vigilante, en lo más alto de la *saltadera*, entre la *quintana* y la *llosa*, para adelantar los sucesos, para dominar más camino y ver cuándo aparecían los primeros señores que habían de volver de la iglesia y del cementerio. Por la frente, para que no le deslumbrase el sol, Manín divisó el primer grupo, negro, compacto; después otro de más gente, y otro y otro... Volvían como bandada de cuervos que se disuelve. ¡Qué poca prisa se daban! ¡Cuánta hipocresía!—pensaba Manín á su manera.— ¡Vienen con pies de plomo para disimular la gana que tienen de coger las tajadas! Todos parecen abrumados por la pena, y están sintiendo exclusivamente el hambre.

Cuando llegaron á la *saltadera* los del primer grupo, Manín dejó el paso libre. Los más eran aldeanos que le conocían bien; dos o tres que eran de la *villa* le dieron el pésame otra vez, le estrecharon la mano. Manín gruñó agradecido, pero algo turbado, como temiendo que aquel honor no le correspondiera, en concepto de su yerno, el viudo, y esto pudiera costarle el asiento que tenía á la mesa.

Roque llegó con el último grupo, con el cura de la parroquia, el arcipreste y otros clérigos. No se dignó mirar al padre de su difunta. Entre la gente del duelo ya se notaba que empezaba á ser tema viejo y gastado el del triste suceso que allí los reunía y los daba de comer aquel día. El elemento laico mostraba más hipocresía ó más cuidado de las *formas*; aún se repetían los lugares comunes que debieran servir de consuelo y no sirven; se conservaban los rostros con expresión compungida. El clero disimulaba menos su indiferencia, y esta franqueza del egoísmo inconsciente tiene algo de relativamente simpática. Enterrar al prójimo era el oficio de aquellos buenos párrocos y capellanes sueltos; de eso vivían; de modo que no era cosa de llorarlo. Además, sin darse cuenta de ello, los curas mostraban, entre los aldeanos, cierto aire de superioridad, así como de casta, ó por lo menos de clase. Hablaban y bromeaban en presencia de los destripaterrones casi con la misma libertad que empleaban en sus *gaudeamus* de las fiestas, cuando todos eran de Iglesia. Las bromas y libertades

de los clérigos rurales podían no ser del mejor gusto, ni graciosas, ni *correctas*; pero eran inocentes, casi infantiles. Faltaban á ciertas reglas de urbanidad clerical, si cabe hablar así, que hubiera exigido la presencia de un obispo, v. gr. Pero que ofendiesen á Dios aquellas maneras algo descompuestas, no es cosa segura.

Roque, de vuelta del entierro, ya era otro. Pensaba exclusivamente en sus huéspedes, no en la difunta. El gesto de vinagre se atenuó; quedaba el traje negro de invierno encargado de recordar el papel *social* que representaba el viudo. Servir bien á los señores sacerdotes, y á los de la villa, y como se pudiera á los demás: este era ya el único afán del que iba á quedarse con la *casería* de que ya era dueño, *de hecho*, hacía tantos años.

—¡Señores, á la mesa!—dijo Roque con tono solemne y algo fúnebre, en pie, en medio de la puerta del corral, donde estaban muchos curas examinando las vacas y los recales.

—¡Santa palabra!—se atrevió á decir un capellán, picado



de viruelas, pequeño, vivaracho, que hacía alarde de ser travieso, franco y todo lo mundano que las sinodales permitían.

Subieron todos al comedor, improvisado en la sala del piso alto, estrecha, oscura y mal pintada de amarillo y verde; lujo introducido por Roque, que era ambicioso y aspiraba al sibaritismo, allá, para cuando ahorrara bastante.

Una cabecera la ocupó el arcipreste y otra el párroco de Llantonos, que fué diciendo:

—Aquí Jove, aquí Puaó, aquí Contreces, aquí Granda...

Y así fué señalando silla á cada uno de los curas designándoles con el nombre de la respectiva parroquia, si la tenían.

A la derecha del arcipreste sentaron á Manín; á la del párroco de Llantonos se sentó Roque.

Manín hubiera sentido orgullo delicuescente si hubiera sido capaz de apreciar que aquello del siglo era un honor. Pero él no picaba tan alto en materia de pompas y vanidades; como la inspección de los pucheros y ollas le habían dado la seguridad de que sobraba comida, hasta para los pobres, no daba importancia al sitio, sino al hecho de estar sentado á la mesa. El dónde importaba poco.

—¡Don Manuel, ánimo! ¡Hay que comer, qué diantre!—dijo don Primitivo, el curita de las viruelas, que estaba cerca del aturdido Manín.

—Sí, señor; ya lo creo. Comeremos..., ¡qué remedio!...

Iba á suspirar, pero lo dejó, porque lo reputó una excusada y repugnante hipocresía. Su Ramona, que le veía desde el cielo, ó desde el purgatorio, de fijo aprobaría su conducta; además, con ella, con su hija, no tenía para qué andarse con cumplidos: harto sabía ella que su padre no había comido cosa fina, comida de curas nada menos, muchos años hacía. ¿Cómo no habían de alegrarse los sentidos? ¡Olía tan bien la sopa humeante! Estaba la mesa tan blanca, el pan parecía tan tierno, tan caliente y generoso el vino... ¡Quién dijo pena!..., es decir, pena sí, claro; pero luego, luego... á otra hora, otro día..., muchos días..., ¡sí, carape, muchos días!..., más cada día, acaso... ¡Recontra!, ¡pues no iba á ponerse á pensar en aquello tan negro, tan triste!...

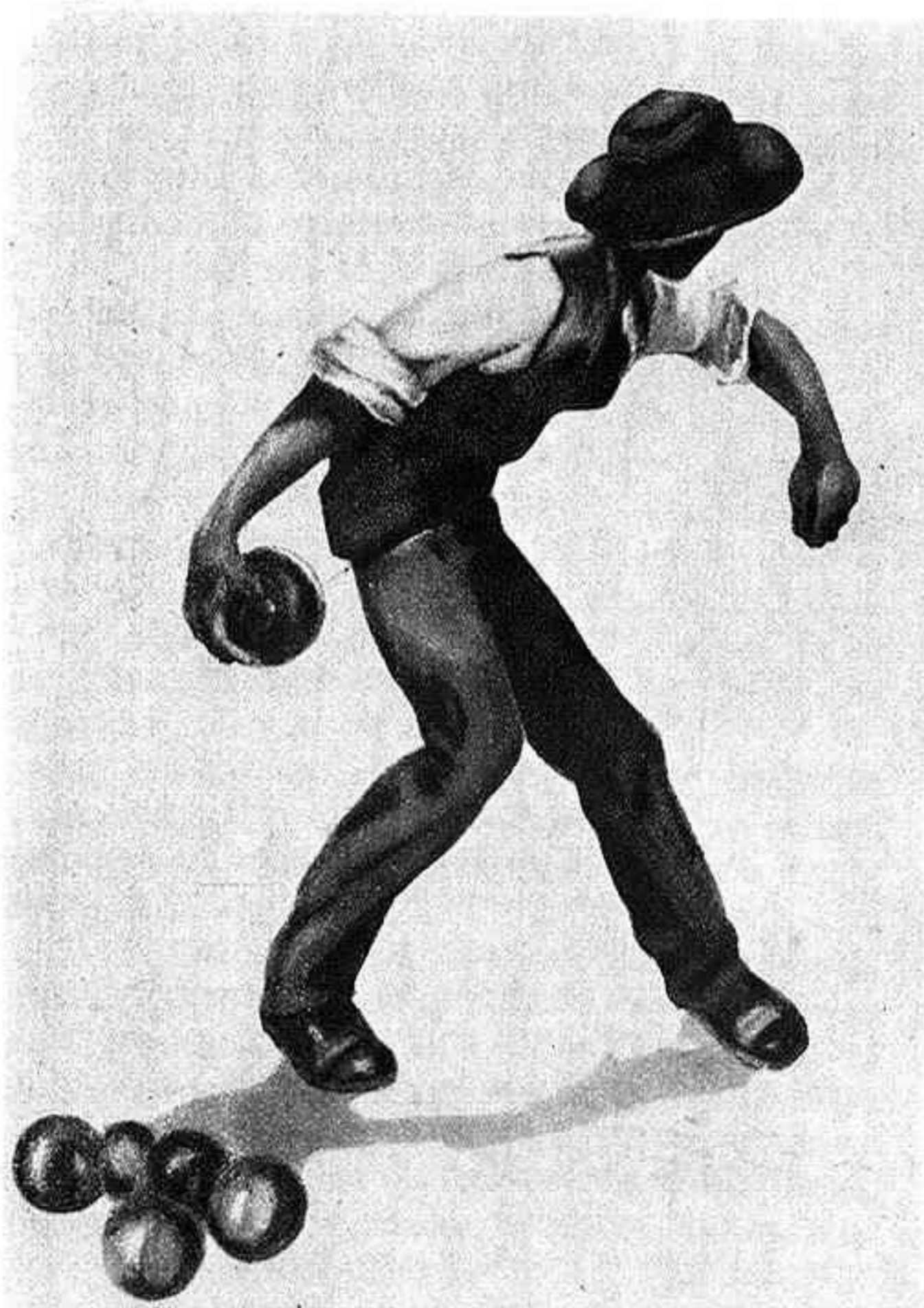
—¿Arroz ó fideos..., Manín?—preguntó el arcipreste.

—Mezámelo, mezámelo—contestó el padre de Ramona con humildad y candor de paloma.

Quería decir que le dieran fideos y arroz.

Comía, devoraba Manín; á dos carrillos; engullía de prisa, como perro ó gato que asalta una despensa, mirando receloso á su yerno entre bocado y bocado. Roque estaba muy ocupado con sus atenciones de amo de casa que quiere agasajar á los huéspedes. Por eso—pensaba Manín—le dejaba á él comer todo lo que quería.

Sonreía el padre de la difunta á derecha é iz-



quierda, mirando á todos con expresión de agradecimiento y ternura, como diciendo: ¡Gracias, señores; gracias por admitir al mísero padre de Ramona, que en paz descansa, á esta mesa tan bien servida, donde va á sacar la tripa de mal año, de muchos malos años!

La primera copa de buen vino de Toro la recibió el cuerpo de Manín como si con ella le hubiesen ungido rey y emperador de la felicidad terrenal. ¡Qué cosas de cariño, de intimidad caliente, familiar, llena de recuerdos dulcísimos, le decía el jugo de la uva al caerle por la garganta abajo!

Vino el primer cocido, el puchero fresco, lleno de golosinas, tales como buen chorizo, jamón, menudos de gallina, tocino rancio, y Manín dejó que le llenara don Primitivo el plato, hasta convertirselo en pirámide, de todas aquellas delicias del estómago.

La conversación empezaba á animarse. No había ya reserva alguna, hipocresía de ningún género, ni aun por parte del elemento laico, que antes fingía cierta pena. Así como cuando hay fiesta nadie se acuerda del santo, ahora nadie se acordaba de la difunta, á cuya salud... eterna estaba comiendo toda aquella concurrencia de cristianos tibios.

Se habló de la cosecha, del último concurso convocado por el señor obispo, de los masones; pero la alegría franca, aunque no descarada, ni de manifestaciones bulliciosas, no se mostró hasta que comenzaron los chascarrillos. A Manín le parecía inagotable el vino, y como el vino los cuentos; creía que aquellos señores curas sacaban del fondo de los vasos todas aquellas historias que acababan siempre por un chiste, que reían todos, y que él no entendía las más veces, pero celebraba también con una carcajada y un trago. Los cuentos eran, los más, relativos al clero; solía ser el héroe un famoso cura de La Parada, á quien Manín estaba admirando y envidiando, como César á Alejandro. ¡Si él hubiera sido párroco! ¡Qué tragos, qué pitanzas, qué comilonas!

Vino la morcilla, con las *fabes* y el *llacón* y la sidra. ¡Madre de Dios, qué recuerdos de dicha olímpica despertaban en las entrañas de Manín aquellos olores! Sí, en las entrañas; porque eran recuerdos, sensaciones, deleite de paladar *alucinado* por evocaciones de remotas harturas; asociación de ideas, y aun más, de voluptuosidades; sentimentalismo de la gula..., ¡qué sabía el pobre Manín! Pero ello era un encanto; estómago y corazón participaban de la delicia...

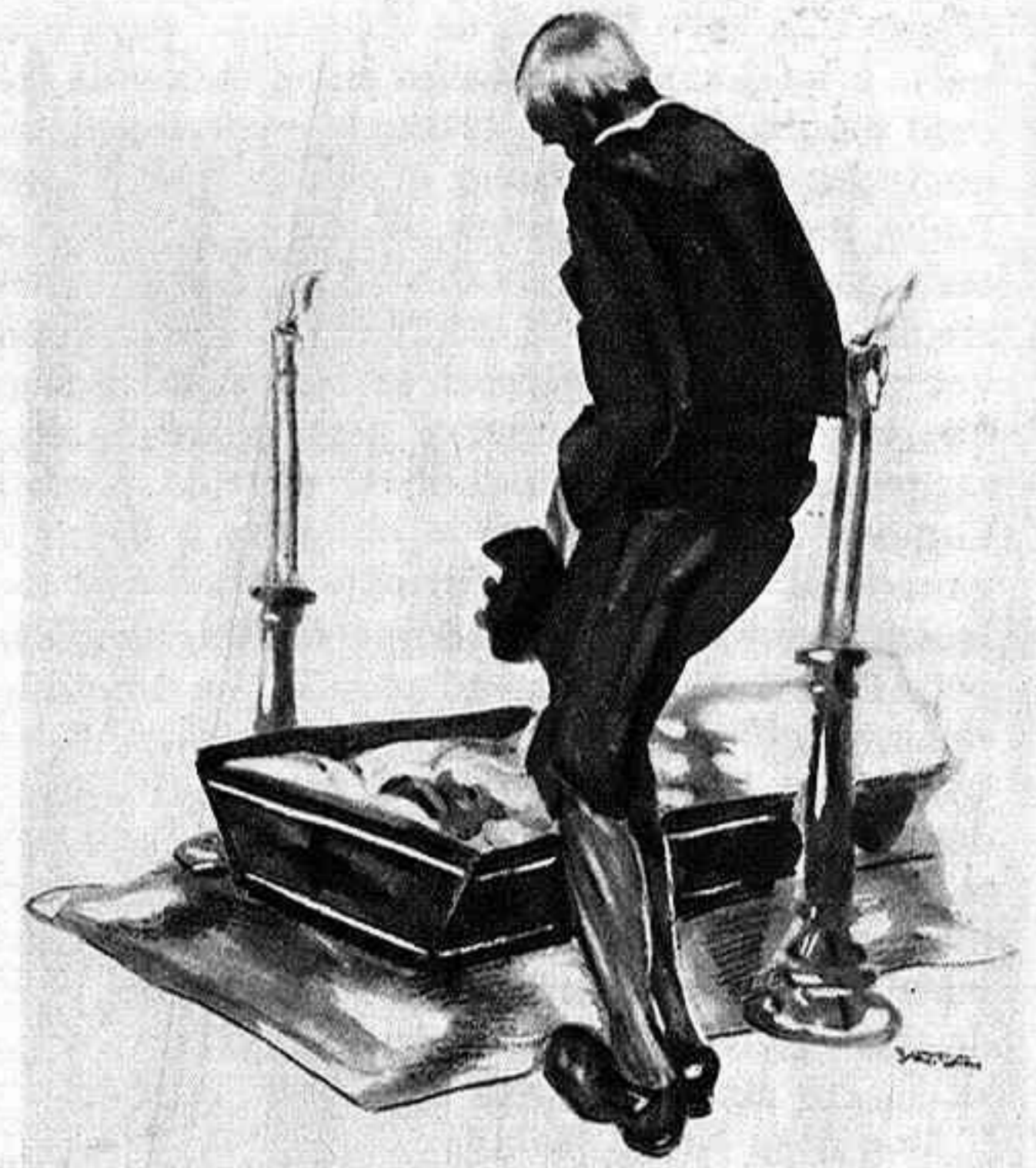
¡La juventud, la abundancia..., el pasado..., su madre, su mujer..., su hija..., sus ensueños!...

Manín aflojó el cinto ruin con que sujetaba los pantalones, se limpió el sudor de la frente con la servilleta... y se bebió de un trago un vaso de vino tinto.

Carne asada, un pato, calabacines rellenos..., todo eso fué pasando por la mesa y de todo comió el de Pepa José como por cuatro; y de camino bebía como seis...

Indudablemente, el mundo ya le parecía otro: quería pensar y echaba de menos lo que él no sabía que se llamaba lógica; quería sentir y sentía cosas extrañas, ilógicas también; por ejemplo: perdonaba á su yerno y le abrazaba, *in mente*, y al recordar á Ramona no le dolía mucho por dentro, sino que la veía como en el centro de la tierra, muerta de risa y contenta de ver á su padre tan bien comido y en camino de coger una borrachera de las que se duermen dos días...

Manín, sin miedo á su yerno ni al arcipreste, rompió á hablar alto, y contó cuentos verdes, y filosofó á su modo acerca de la comunión de los santos y el perdón de los pecados. Dijo lo que quiso; nadie le fué á la mano. El infeliz creía que todos estaban tan exaltados como él; no podía notar que desentonaba, que la alegría de los demás era contenida, expresiva sin estrépito, sobre todo, sin imprudencias, sin paradojas sentimentales... Nada de eso podía ver; se puso en pie, peroró, lloró, abrazó á diestro y siniestro... y cuando llegó la hora de los licores, abrazado á la botella de aniseta, pegajoso y dulzón, cantó á su modo, en prosa bable, una égloga elegiaca,



invocando el derecho de gozar del presente, de aquella orgía, que lo era para él la comilona; y se esforzaba en compaginar, con palabras incoherentes, el dolor y la alegría, su desgracia cierta y su pasajera delicia, con no menos poesía en el fondo, y no menos incomprensible para el vulgo, que Sheley cuando quiere en el *Epipychidion* armonizar el amor á dos mujeres á un tiempo.

Roque dejaba á su suegro disparatar, desentonar, descomponerse, escandalizar... Le convenía... «Ya lo veían aquellos señores; testigos eran quedaba explicado por qué él trataba al padre de su difunta como á un perro... Si se le dejaba comer y beber bien, se ponía así, loco...»

El escándalo fué mayúsculo. «Tenía razón Roque: su suegro era *imposible*.» La opinión, en las aldeas del contorno, fué unánime. En la comida del entierro nadie, ni los más indiferentes al duelo de la casa, se habían extralimitado. Se había querido, como siempre, distraer á la familia, contando chascarrillos, animando la conversación, pero todo con cierto tino, sin salir del tono conveniente... y él, Manín, el padre de la difunta, se había emborrachado, y había cantado coplas sucias, y había llorado... vino y sidra... ¡Horror!

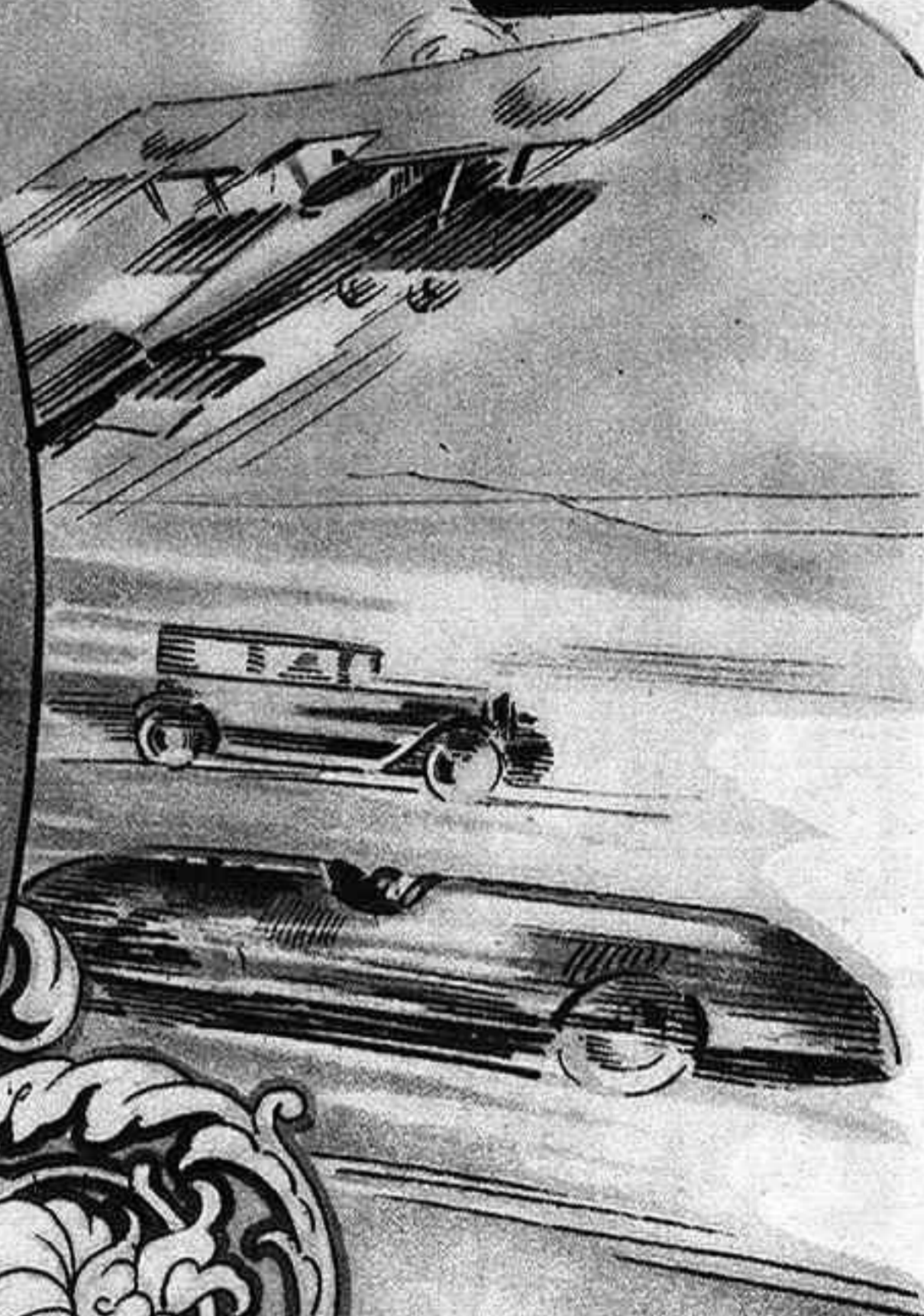
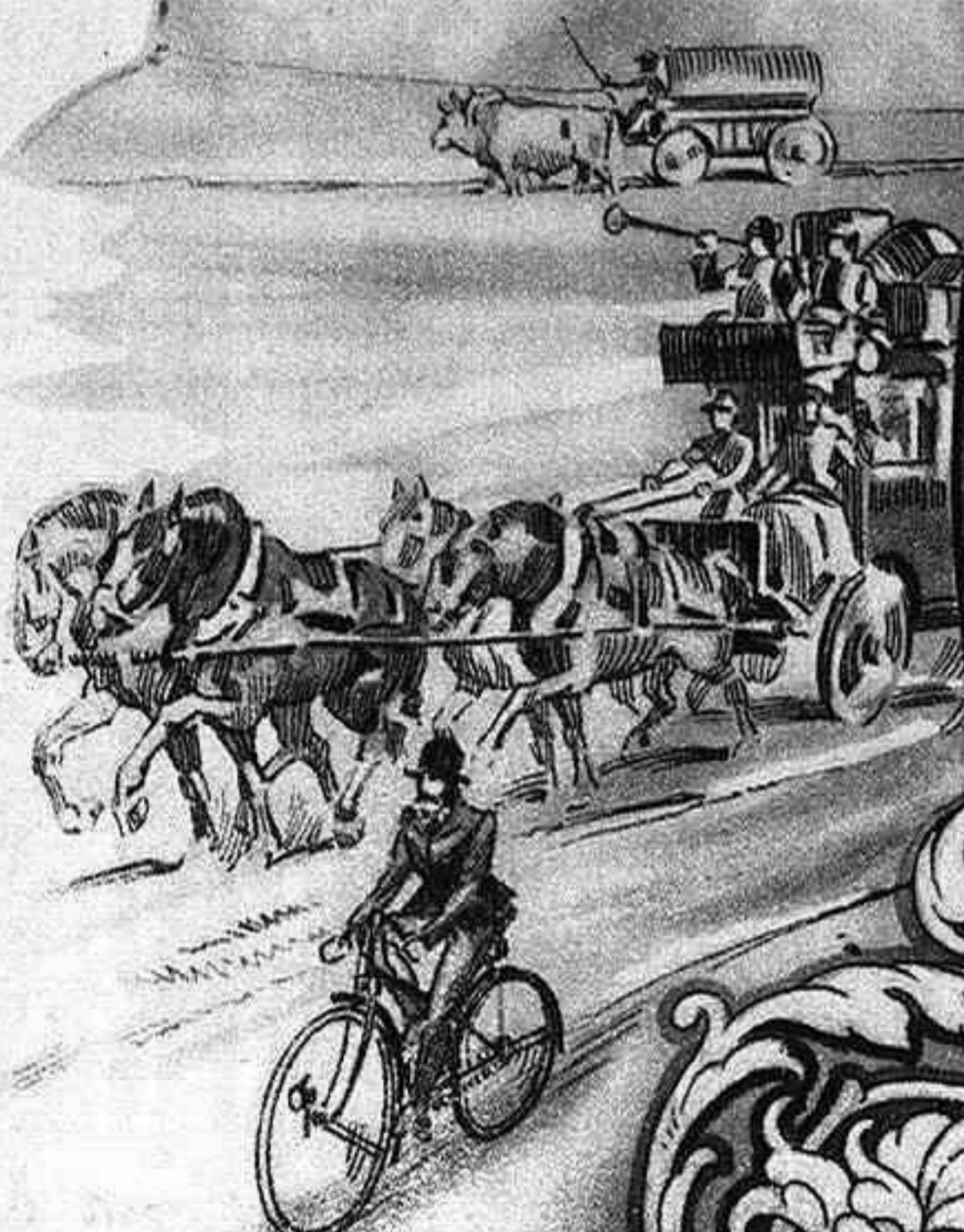
Algunos meses después, ni Roque, ni el párroco de Llantonos, ni el arcipreste, ni ninguno de aquellos comensales tan morigerados, se acordaban ya, ni en sus cortas oraciones, de la pobre Ramona, que comía tierra. De lo que sí se hablaba algunas veces todavía era del escándalo que había dado Manín de Pepa José en la comida de los funerales de su hija...

Manín volvió á su choza miserable, á su vida de perro pastor; decrepito, comiendo como un anacoreta..., borracho de lágrimas, de recuerdos, de necesidad..., lleno de lástima de sí mismo... y viendo el mundo vacío, enemigo, con él porque por él ya no cuidaba aquella hija que parecía ruda y era como el aire, como la luz, como el calor... La necesitaba, con ansias de enfermo caduco... y ella no venía, no volvía, no podía volver...

Manín deseaba un remedio que no sabía buscar, en sus cortos alcances; el remedio que él quería era el suicidio, pero no daba con él. Los animales no suelen suicidarse, aunque padecen mucho á veces. Manín era como un rocín viejo, podrido, desamparado... que no sabía suicidarse. Acaso estaba chocho, con la idea-dolor fija de su Ramona... que no estaba allí, en Llantonos..., en la *casería*..., para compadecerse del pobre viejo, y darle aire, luz, calor..., vida... la vida aquella que ni se marchaba ni se quedaba; que él tenía y no tenía... Para su delirio de penas, Ramona ausente era el sol muerto, y él, Manín, desnudo, en la calle, tiritando de frío..., ¡con miedo, con sed, con hambre!...

(Dibujos de Bartolozzi)

1^o **DUNLOP** **1^o**
1888 **1928**



J.B. Dunlop
EL INVENTOR DEL NEUMÁTICO

1888

Los primeros
equipos de
neumáticos.

40 años
TODO SE DEBE A DUNLOP
40 años

1928

Las velocidades
máximas
sobre tierra y
en el aire.

Cualquiera que recuerde aquellos
tiempos de las diligencias y com-
pare éstas con los diferentes medios
de transporte del día, ha de recono-
cer los beneficios que a la humani-
dad resultan directa e indirectamen-
te del invento de **DUNLOP**

DUNLOP

SOCIEDAD ANONIMA ESPAÑOLA

MADRID

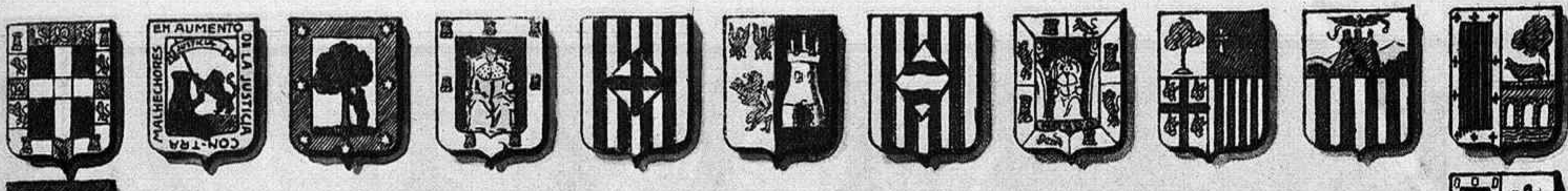
SEVILLA

BARCELONA



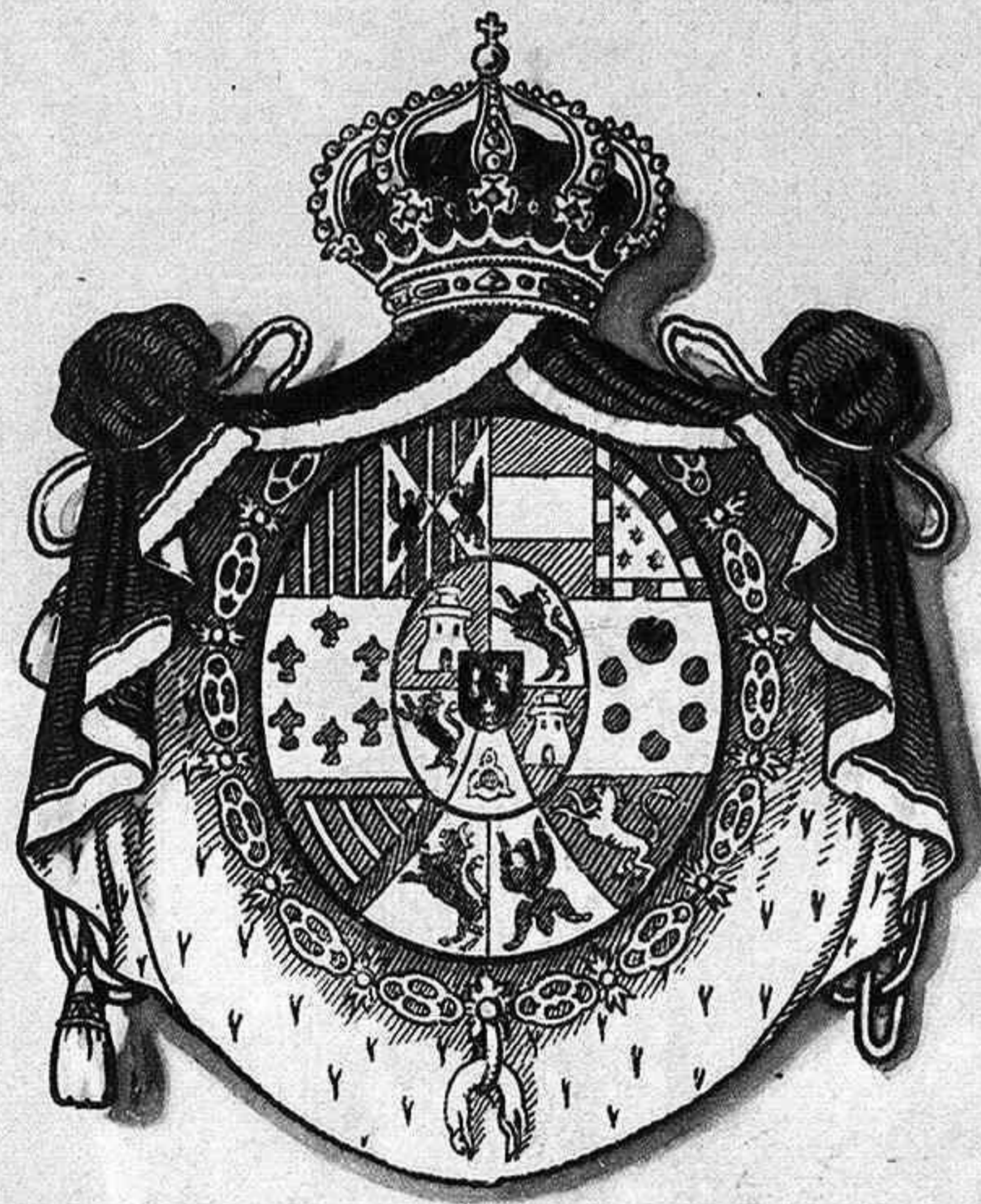
Lienzo de Estío

El verano sobre los paisajes de España. La llanura ancha, dorada, ó la cumbre donde el aire tiene magníficas purezas, ó la costa donde las sirenas de hoy renuevan el viejo mito de Afrodita. Lo que mejor caracteriza al verano son, indudablemente, esas extensiones dormidas, amarillas, secas, bajo la implacable lumbre del sol. La llanura es bella en el estío, en esa hora quieta, silenciosa, de comienzos de la tarde. «Son las tres de la tarde. Julio. Castilla», dice un verso famosísimo de Zorrilla, en una síntesis admirable de lo que es ese momento de fuego y de letargo. Sin embargo, á pesar de esa belleza fuerte, la llanura—símbolo del verano—ve que todos los años, al llegar esos días, la multitud huye de ella, en busca de la montaña ó del mar. A su silencio habitual, el llano—campo y ciudad—une el silencio que en él dejan los que se van, temerosos de la inclemencia del Estío. Queda la llanura en una gran soledad, mientras el mar y la montaña reciben la humana aportación de los veraneantes, gentes de tierra adentro. Mujeres en la Sierra y mujeres en la playa, bajo un sol que es más piadoso que ese dramático sol de la llanura. Y en tanto, en el llano—ese llano de Castilla, en Julio, á las tres de la tarde—el calor es losa sobre el cuerpo de los trabajadores. Y hay un momento, en que la embriaguez ardorosa de la hora troncha un cuerpo varonil sobre el trugal amarillo y ardiente.



Sociedad Nestlé

Anónima Española de Productos Alimenticios



Proveedores de la Real Casa

(R. O. de 1.º de Septiembre de 1927)

de los insuperables Productos Nacionales

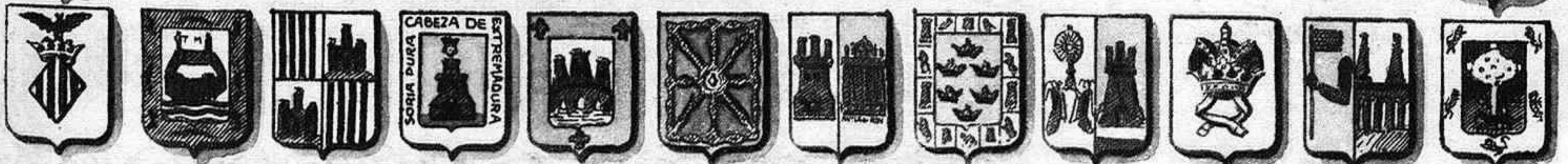
LECHE CONDENSADA

"LA LECHERA"

con toda su crema, el sustituto ideal del pecho materno,
la leche favorita para todas las necesidades del hogar.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

el mejor y más completo alimento para niños
de todas edades, ancianos y convalecientes.





Sinfonía de Otoño

Si el paisaje tiene, como un día y otro se repite, un alma—«el paisaje es un estado de alma», escribió Amiel—, en ninguno como en el de Otoño se dá tan fuertemente esa espiritualidad de la Naturaleza. El Invierno, la Primavera, el Estío, son decorativos, externos. El Otoño es el que mejor posee ese alma, esa vida interior, esa íntima emoción que hiere no solo los ojos, sino que llega al corazón y al pensamiento. Árboles desnudos, cielo plumizo, desiertas avenidas, lluvia fina, blando lamento de hojas secas. Todo tiene, en el Otoño, una tristeza, una resignación de enfermedad. El es la estación de los poetas. Todo sentimentalismo, toda ternura, necesita como un fondo adecuado esos crepúsculos de oro viejo, esos telones grises en que los términos se esfuman. El Otoño es, además, el «matiz». En las restantes estaciones, todo es demasiado vivo, demasiado claro, preciso y rotundo. Falta esa gracia indecisa, tenue, de la gradación, del matiz. El Verano es alegre, con fuerte alegría, ó el Invierno es hosco, con verdadera tristeza. El Otoño, más sutil, más espiritual, tiene matices de una alegría suave—alegría de convalecencia—, y su tristeza no llega á ser nunca dramática y desolada. Hay en él tonos, gradaciones, acentos de una emoción que no llega á definirse claramente, y que prefiere tener gracias de indecisión y de penumbra.



El Renault
cruza la tierra con la velocidad de un cometa.

ENTRE LA SERIE COMPLETA DE COCHES DE TURISMO

RENAULT

DESTACA SU

15 C. V. 6 cilindros

el coche rápido, confortable y seguro por excelencia, y el ya famoso

MONASIX - RENAULT

8 C. V. 6 cilindros

la novedad sensacional para 1928, con todos los adelantos y perfeccionamientos, y que reúne las ventajas de los coches de gran potencia con las de economía de precio y consumo propias de los pequeños.

PEDID ENSEGUIDA DETALLES Y VED LOS NUEVOS MODELOS EN LA

S. A. E. de Automóviles RENAULT

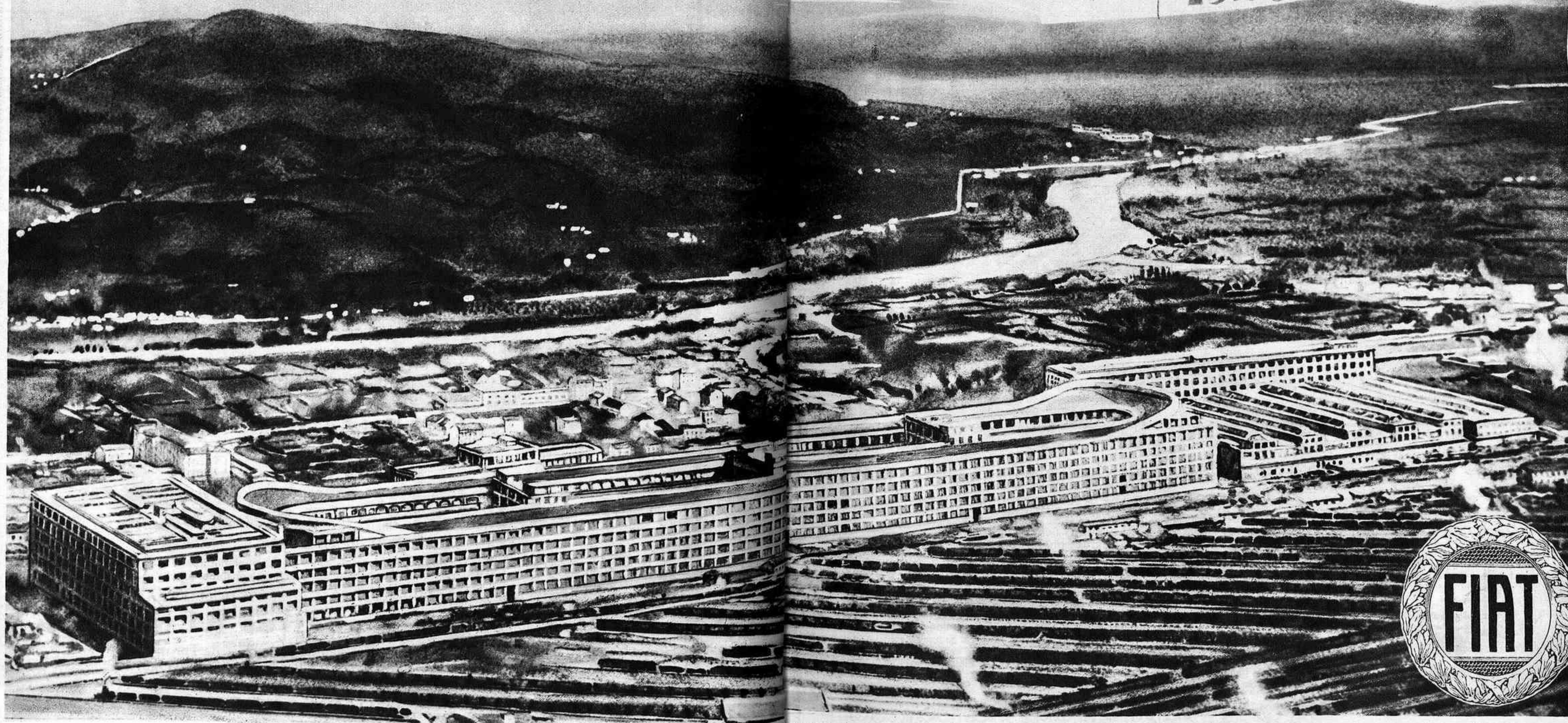
MADRID } Depósito y oficinas: Avenida de la Plaza de Toros, 7 y 9.
 } Salón de Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.

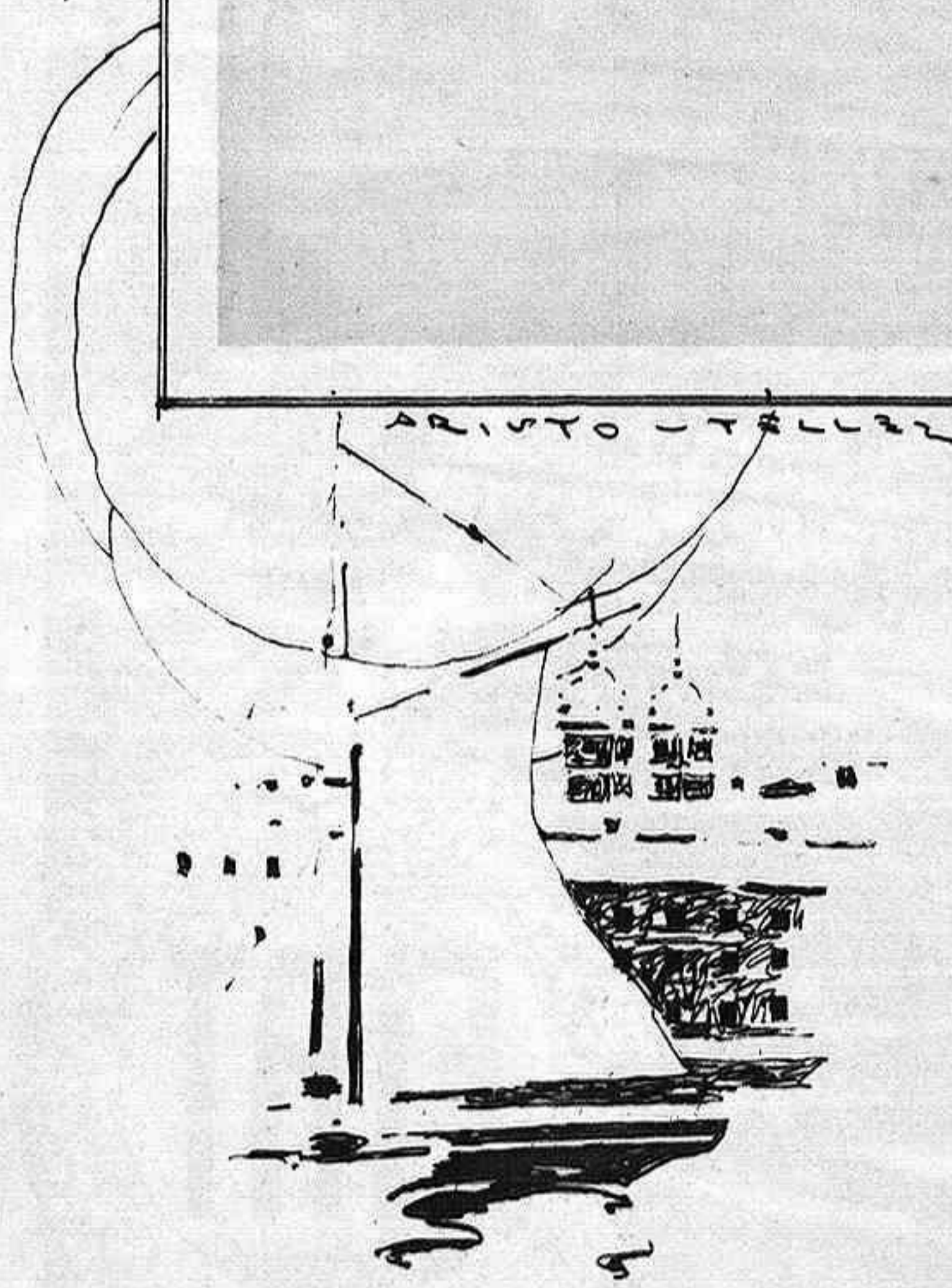
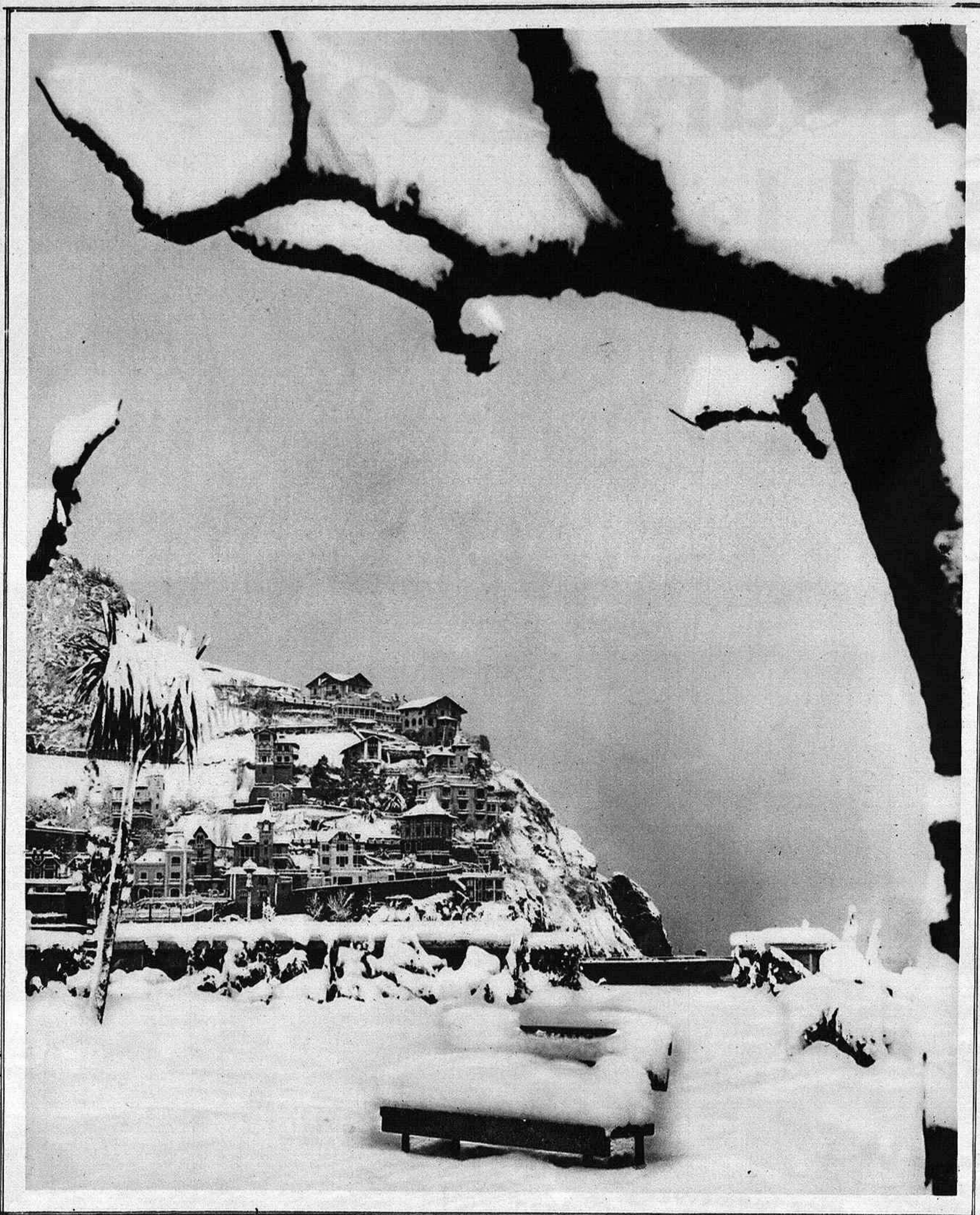
SEVILLA (Sucursal): Martín Villa, 8. (En la Campana).

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

Un nuevo astro que surge con el nuevo Sol

EL NUEVO MODELO 520
1928





Paisaje de Invierno

Muchos paisajes españoles unen inmediatamente a su nombre la evocación de un momento del año. Así, por ejemplo, decir Andalucía equivale a evocar la Primavera con todas sus gracias y sus luces, sus flores y sus sonrisas. Al hablar de Galicia ó de Asturias, vemos un paisaje otoñal, brumoso y triste: paisaje de nieblas y de lluvia, de árboles deshojados y valles de soledad. Castilla es, tradicionalmente, el verano: llanura seca, dorada, infinita, bajo la pizarra azul del cielo, bajo la tiranía de fuego del sol. ¿Y el invierno? El invierno está en esas montañas ásperas, agobiantes, de Santander, de Navarra, de Cataluña... La lluvia, el frío, la nieve, forman la trinidad que escolta al invierno. Todo en esta palabra—invierno—es desolado y hostil. Pero la vida moderna lo va templando, lo va suavizando, va limando sus asperezas clásicas y sus tradicionales inclemencias. Y así, el invierno de hoy—tardes breves, abrigos de mallas, salas de té, refugios blandos de coche, tibiezas de saloncillo íntimo, junto al fuego...—es como un marco de frivolidades, como una feria de lujos y refinamientos. Pero este invierno es, claro, artificioso. El otro, el verdadero, es el que contemplamos al abandonar la ciudad, frente a un paisaje yerto, bajo un cielo plomizo. Como en el verso verlainiano, su lluvia externa es también lluvia en el corazón...

E L L E X P Ó S I T O

Cuento de ANTONIO DE TRUEBA



PERSONAS

MARI-CRUZ
ISABEL
ANTÓN
MARTÍN
DON LIBORIO
UN MOZO

Portalada ó plazoleta que precede á la puerta de una casería en la vertiente meridional del valle de Zamudio, en Vizcaya. — Un nogal grande sombrea la portalada. — Al pie del nogal, un banco rústico. — Sobre la puerta de la casería, un balcón con antepecho de madera y una parra por adorno y quitasol. — En el fondo del valle, heredades verdes y caserías blancas. —

En la vertiente opuesta, en primer término, collados con algunas caserías rodeadas de heredades, y en último, las altas cumbres del Jata. — Al oeste, el mar, que comienza en el abra que separa á Santurce y Algorta, y se ensancha y se dilata y se pierde en la azul inmensidad del horizonte.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN, solo. — Es un joven de veinte á veintidós años, que viste pantalón blanco de lienzo, blusa azul y boina encarnada. — Repican campanas hacia el fondo del valle, donde se descubre un campanario.

MARTÍN. — ¡Ya salen de misa mayor! Con razón dice Isabelilla que en tierra de moros y judíos, donde por supuesto no habrá campanas, serán muy tristes los días de fiesta. Domingo de Abril ó Mayo, verdes montañas á lo lejos; mar azul hasta allá donde el cielo y la tierra parecen juntarse; valle florido allá abajo, y cielo refulgente allá arriba, están pidiendo campanas sonoras que canten y bendigan tanta hermosura. ¡Hoy está el cielo azul, como los ojos de Isabelilla! En Vizcaya su traje usual es el pardo; pero cuando le da por vestir de azul, ¡hasta camisa se pone de tan hermoso color! Isabel bajó á la fuente para que padre y madre encontrasen agua fresca cuando viniesen de misa mayor, como madre había bajado al establo esta mañana para que Isabel y yo encontrásemos leche caliente cuando viniésemos de misa primera. ¿Cómo no habrá vuelto ya esa chica? (Mira hacia la subida del vall. Allí viene, escoltada por

ese zoquete de Santiago... ¡Por vida del moscón ese, que se ha empeñado en que Isabelilla ha de oír sus zumbidos! ¡No, como á mí se me atufen las narices, el tal Santiago se ha de alejar de Isabel con las suyas rotas!

ESCENA II

MARTÍN é ISABEL, que aparece con la herrada en la cabeza, y atravesando la portalada entra en la casa. — Es una chica de diez y siete á diez y ocho años, sonrosadita y blanca, con saya corta de bayeta encarnada, vedova de listas blancas y azules y pañuelo de color en la cabeza, cruzados blandamente dos de sus cabos sobre la raíz de las trenzas de pelo largo y rubias.

ISABEL. — ¡Hola, Martinillo! Ven á echar una manita á la herrada. (Entra en la casa.)

MARTÍN. — Pues no voy, que al que se hace de miel... ¡Pero la pobre chica vendrá tan cansada de la cuesta! (Dirigese á la puerta y se detiene, viendo aparecer en ella á Isabel, que tira á la portalada el «sorqui» ó cabecil de helecho fresco en que ha traído apoyada la herrada.)

ISABEL. — Gracias, Martín, por lo bien mandado que eres.

MARTÍN. — Tienes criado más de tu gusto que te sirva y te acompañe.

ISABEL. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Más de mi gusto! ¿Lo dices por Santiago?

MARTÍN. — Y tengo razón para decirlo.

ISABEL. — ¡Jesús, Martín, no me hables de ese terco, que me ha frito más la sangre desde la fuente al pie de la cuesta!...

MARTÍN. — ¿Y cómo te ha frito?

ISABEL. — Con las tonterías que ha venido diciéndome.

MARTÍN. — ¿Se puede saber qué tonterías han sido esas?

ISABEL. — ¡Pues no se ha de poder! Dice que me quiere mucho, mucho, y que por Dios le quiera yo también á él, y que esta tarde va á venir su padre á pedir mi mano á los nuestros para que nos casemos en seguida.

MARTÍN (muy incomodado). — ¡Reniego de mi pícara suertel!

ISABEL. — ¡Martínillo, por Dios, no te enfades! ¿Yo qué culpa tengo de que Santiago me haya dicho todo eso?

MARTÍN. — ¿Conque no me he de

enfadar, y va á venir su padre á pedir tu mano? Si viene será porque tú habrás consentido en que venga.

ISABEL. — No hay tal consentimiento, Martínillo. Yo le he dicho que aunque me desuellen viva no me caso con él.

MARTÍN (lleno de alegría). — ¡Ah, bendita sea tu boca!

ISABEL. — Luego me ha preguntado si es porque quiero á otro.

MARTÍN. — ¿Y qué le has contestado tú?

ISABEL. — Tentaciones tuve de decirle una mentirijilla, porque me daba vergüenza el decirle la verdad; pero no me atreví á mentir, porque, anda, cuando me confesé la última vez, buen sermoncito y buenos credos de penitencia me echó el señor cura por las mentiras...

MARTÍN. — ¿Y qué contestaste á Santiago cuando te preguntó si el no quererle á él era porque querías á otro?

ISABEL. — Contesté... ¡Ay, me da mucha vergüenza el decírtelo! Y el caso es que á Santiago se lo dije sin avergonzarme.

MARTÍN. — Pero, vamos, charlatana, ¿qué le contestaste cuando te preguntó si el no quererle á él era porque querías á otro?

ISABEL. — Le contesté... que sí.

MARTÍN. — ¿Y qué dijo él entonces?

ISABEL. — Pegó una patada en el suelo, echó un pecado muy grande, muy grande, y me preguntó si eras tú el que quería...

MARTÍN (con ansiedad). — ¿Y le dirías que no?

ISABEL. — Pero, Martínillo, ¿cómo querías que mintiera?

MARTÍN. — ¡Ah! ¿Conque me quieres, Isabel?

ISABEL. — ¡Jesús! ¿Por qué no ha de poder una echar una mentira sin pecar?

MARTÍN.—¿Conque me quieres?

ISABEL.—Sí, Martinillo; más que tú á mí.

MARTÍN.—Más que yo á ti, no, Isabel, porque yo te quiero mucho.

ISABEL.—Pues remucho te quiero yo á ti. El otro día, cuando yo bajaba á la fuente, oí que hablaban de nosotros madre y Mari-Juana en el arroyo donde estaban lavando, y madre decía á Mari-Juana: «Hermanos que se quieran tanto como esos chicos míos no los hay en la aldea.» Y Mari-Juana le contestó: «Es que otros hermanos sólo como hermanos pueden quererse, y tus chicos se pueden querer como hermanos y como otra cosa.» ¿Tú sabes, Martinillo, qué es lo que quería decir Mari-Juana?

MARTÍN.—¡Vaya si lo sé!

ISABEL.—¡Claro! Porque los hombres lo sabéis todo. ¿Y qué era lo que quería decir?

MARTÍN.—Que tú y yo podemos querernos como hermanos y como novios, porque los hermanos como nosotros pueden casarse juntos y los hermanos como otros no pueden.

ISABEL (*saltando de contenta*).—¡Ay, qué cosa tan buena es el ser hermanos como nosotros!

MARTÍN (*entristeciéndose*).—Buena y mala, Isabelilla, ¡á lo menos para mí!

ISABEL.—¿Qué quieres decir con eso?

MARTÍN.—Que yo no soy tan digno de casarme contigo como yo quisiera y tú mereces.

ISABEL (*como queriendo llorar*).—¡Ay, Dios mío, qué disparates dices, Martinillo!

MARTÍN.—No, no lo digo, Isabel. Tú eres hija de padres conocidos y estimados de todos, y yo soy hijo de padres desconocidos, hasta del cura que me bautizó.

ISABEL.—No, Martín, no; tú eres hijo como yo de Antón de Echevarría y Mari-Cruz de Aguirre.

MARTÍN.—Como si realmente lo fueran me quieren y los quiero; pero la verdad pública y notoria es que á Antón y Mari-Cruz se le murió de pocos meses el primer hijo que tuvieron; que Mari-Cruz tomó para criar un niño expósito, de padres completamente desconocidos; que cuando el expósito tenía tres años, naciste tú; que Antón y Mari-Cruz adoptaron por hijo al expósito, y que el expósito soy yo.

ISABEL.—Cierto es todo eso, Martín; pero también lo es que Antón y Mari-Cruz te quieren y te han querido siempre como si fueran tan padres tuyos como míos, y como si hubiese resucitado el hijo que se les murió, y aquel hijo fueras tú.

MARTÍN.—Es verdad, Isabel; pero ¿quién sabe, á pesar de todo eso, si nuestros padres, que son de linaje honradísimo, con cuya sangre nunca se ha mezclado la de bastardos ni de linaje desconocido, no tendrán valor el día que yo me atreva á pedirles la mano de su única hija, para concedérsela á un expósito de padres desconocidos, por mucho que al expósito quieran? ¡Por vida de mi mala suerte! ¿Que no resultara yo lo menos hijo de algún marqués!...

ISABEL (*llorando*).—¡Ay, Martín, qué cosas tan tristes estás pensando y diciendo! ¡Y si eso sucediera, yo me moriría de pena!

MARTÍN.—Y yo también, Isabel, ¡dulce y hermosa hermana de mi alma!

ISABEL.—Has de saber, Martín, que yo estoy segura de que en este mundo no hay hermana que deba querer á su hermano tanto como yo debo quererte á ti.

MARTÍN.—¿Por qué, Isabel?

ISABEL.—Porque me parece que todo lo que sé y todo lo que siento y todo lo que vivo te lo debo á ti, sin que por eso deje de querer á nuestros padres ni deje de agradecer lo que les debo.

MARTÍN.—Exageras, mi pobre Isabelilla; exageras lo que me debes.

ISABEL.—No exagero, Martín, no. Sin duda para que no olvide nada de lo que te debo, Dios me ha dado tal memoria, que alcanza hasta la edad en que mis labios empezaban á pronunciar tu nombre. Me crié tan débil y delicada hasta los siete ú ocho años, que la pobre madre toda se volvía suspirar y decir: «Este angelito de Dios siempre está con las alitas abiertas, como si se preparase á volar para reunirse con su hermanito en el cielo!»

MARTÍN.—Es verdad que esc decía madre saltándosele las lágrimas.

ISABEL.—Como por sus ocupaciones tenía que

dejarme á tu cuidado la mayor parte del día, tú me sostenías cuando vacilaba, tú enjugabas mis lágrimas cuando lloraba, y tú me enseñabas cuanto no sabía.

MARTÍN.—¿Cómo no había yo de hacer todo eso, si yo era la fuerza y tú la debilidad?

ISABEL.—Pues así fui creciendo, creciendo, viendo en ti mi apoyo, mi alegría, mi consuelo y mi maestro. ¿No he de quererte como hermana ninguna puede querer á su hermano? Pero charlando, charlando, olvido la cocina, donde la comida reclama mi cuidado, y padres suben ya la cuesta. Conque, Martinillo, ya sabes que el de Santiago va á venir esta tarde á pedir mi mano para su hijo.

MARTÍN.—¡Ay, Isabel, qué puñalada me has dado con esa noticia, porque si nuestros padres acceden á su petición, me quitan la vida!

ISABEL (*sollozando*).—¡Y á mí también!

MARTÍN.—En vez de llorar, discurremos algo para que no accedan.

ISABEL.—Pues lo mejor es que te adelantes al padre de Santiago.

MARTÍN.—¿Y cómo, Isabelilla?

ISABEL.—¡Hum, los hombres no sabéis nada! Adelantándose á pedir mi mano á padre y madre y al lucero del alba que fuera menester.

MARTÍN.—Pero, ¿no ves que yo no me atrevo?

ISABEL.—Un corregidor muy sabio que hubo en Vizcaya decía que el alcalde No-me-atrevo era el peor de los alcaldes. Conque á ver si por serlo tú... (*Sollozando*) tengo que casarme con Santiago.

MARTÍN (*casi llorando*).—¡No lo quiera Dios, Isabel! ¿Que no resultara yo hijo de un duque!

ISABEL (*mirando hacia la cuesta*).—¡Ya están ahí padre y madre! Voy á cuidar de la comida. (*Entra en casa.*)

MARTÍN.—Y yo á segar un cesto de hierba para la de los bueyes. ¿Y cómo yo, un *jariego*, como dicen en las Encartaciones, un *zarcicume* (1), como dicen en el resto de Vizcaya, he de atreverme á pedir la mano de Isabelilla? Por vida de... ¿Que no fuera yo hijo del archipámpano de Sevilla! (*Entra en el portal, sale inmediatamente con una hoz y un cesto vacío, cuya parte cóncava encaja en el hombro, y desaparece por una barreira que da entrada á las heredades.*)

ESCENA III

ANTÓN y MARI-CRUZ. *Antón viste pantalón y chaqueta de paño y boina azul, y Mari-Cruz traje de merino negro y trae la mantilla de franela doblada sobre la cabeza. Son como de cuarenta y tantos años.*

MARI-CRUZ.—¡Ay, Antón, no pueden ya conmigo las piernas!

ANTÓN.—¡Ay, Mari-Cruz, algo de eso les pasa á las mías! (*Ambos se sientan en el banco bajo el nogal.*)

MARI-CRUZ.—Eso nos recuerda que vamos ya á Villa vieja.

ANTÓN.—Y que, por tanto, debemos ir pensando en el acomodo de los chicos.

MARI-CRUZ.—Felizmente, en eso tenemos poco que pensar, porque lo hemos pensado ya casi todo.

ANTÓN.—Es verdad; que sólo falta que piensen en ello los chicos.

MARI-CRUZ.—Yo sospecho que ya lo tienen también pensado y repensado.

ANTÓN.—Eso mismo sospecho yo; pero Martín es tan encogido y vergonzoso, que si esperamos á que se explique con nosotros, ya podemos esperar sentados para no cansarnos. (*Se oye un ruido de carruaje.*) ¡Calla, un coche! ¡Y baja de él un caballero que toma la cuesta para subir acá! ¿Si será don Liborio, el escribano de Bilbao, que ha andado últimamente preguntando á las gentes de la aldea si nosotros teníamos ó dejábamos de tener un hijo adoptivo, y si estábamos bien ó dejábamos de estarlo?

MARI-CRUZ.—¡Ay, Dios mío! El corazón me dice que nada bueno nos trae ese Méto me en lo que no me importa...

(1) Así «jariego» como «zarcicume», equivalen á hijo de un matorral.

ANTÓN.—Tampoco me da á mí buena espina esa visita. ¡Por vida de bríosle, que no tuviera un buen perro de presa que saliera á recibir en la cuesta al tal escribano! ¡Si en estas caserías aisladas no se puede estar sin un buen perro para estos casos!

MARI-CRUZ.—Miedo me da ese hombre.

ANTÓN.—Déjame á mí solo con él, que yo me las compondré con este torito.

MARI-CRUZ (*entrando en casa*).—Mira, no te arme algún enredo, que con razón dice el cantar vascongado:

«Entre zarzas y escribanos
anda poco, vida mía,
que el escribano y la zarza
nacieron el mismo día.»

ESCENA IV

ANTÓN y D. LIBORIO. *Don Liborio es un hombre grueso, de nariz muy aguileña y como de cincuenta y seis á sesenta años. Tiene la costumbre de tomar rapé cuando siente movimiento de disgusto ó satisfacción. Durante esta escena, Mari-Cruz aparece de cuando en cuando, escuchando desde el balcón.*

DON LIBORIO.—Buenos días, buen amigo.

ANTÓN.—Téngalos usted muy buenos, caballero.

DON LIBORIO.—¿Es usted por casualidad Antón de Echevarría?

ANTÓN.—Antón de Echevarría soy, pero no por casualidad.

DON LIBORIO.—Hombre, no sea usted malicioso.

ANTÓN.—Diré á usted, caballero; como aunque pobre vengo de padres y abuelos como Dios manda, lo que soy no lo soy por casualidad.

DON LIBORIO.—¡Pero, hombre, que ustedes los aldeanos han de ser siempre maliciosos!

ANTÓN.—¡Es que por las aldeas se descuelgan unos pájaros!...

DON LIBORIO.—Dejemos esto, amigo Antón, y vamos al negocio que motiva mi viaje por acá. ¿Supongo que tendrá usted buena la familia?

ANTÓN.—Buenos estamos y somos todos, á Dios gracias.

DON LIBORIO.—Vaya, me alegro mucho, porque la salud es lo principal. Yo he tenido un chico á la muerte, y le aseguro á usted que me ha hecho llorar dos veces; la primera, de dolor viendo que se me moría, y la segunda de gozo viendo que estaba ya fuera de peligro.

ANTÓN.—Pues es extraño que haya llorado usted, aun siendo por un hijo.

DON LIBORIO.—¿Por qué ha de ser, hombre?

ANTÓN.—¿No es usted escribano?

DON LIBORIO.—Sí que lo soy; pero, ¿qué tiene que ver eso para que uno sea sensible?...

ANTÓN.—¿Qué sé yo, don Liborio! Un escribano sensible... parece cosa que no puede ser. Pero, en fin, usted dirá en lo que le podemos servir por acá.

DON LIBORIO (*yendo á sentarse en el banco*).—Sentémonos aquí un poco, amigo Antón, que tenemos que hablar de un asunto importante...

ANTÓN.—¡Importante! ¿Para quién?

DON LIBORIO.—Sobre todo para usted y su familia, que se van á encontrar con una fortuna inesperada.

ANTÓN.—¿Con una fortuna? No vendría mal, don Liborio, aunque tenemos en casa un tesoro de mucho precio.

DON LIBORIO.—¿Qué tesoro es ese?

ANTÓN.—Un chico y una chica que valen más oro que pesan.

DON LIBORIO.—A propósito del chico, que supongo será Martín, le voy á contar á usted una historia cuyo inesperado desenlace le va á llenar á usted de gozo.

ANTÓN.—Venga esa historia que ya se parece á todas en lo mucho que promete el anuncio.

DON LIBORIO.—En tiempo de la primera carlistada, un joven oficial del ejército isabelino, perteneciente á una de las familias más distinguidas de Madrid, se enamoró de una joven perteneciente á una de las familias más honradas de Vizcaya, la sedujo y resultó...

ANTÓN.—¿Qué resultó de esa bibrbonada?

DON LIBORIO.—Pues resultó un niño como un sol.

ANTÓN.—¡Lástima de balazo al seductor!

DON LIBORIO.—El niño, apenas nació, se le llevó á los expósitos, diciendo á su madre que se le llevaba á criar en una aldea, de donde sus padres le recogerían cuando legitimasen su amor, casándose, así que terminase la guerra; pero una imprudencia reveló á la madre del niño, aún convaleciente del parto, que su hijo había sido llevado á los expósitos, y se afectó tanto con esta revelación, que le costó la vida.

ANTÓN.—De todo lo cual resulta que Dios abriría las puertas del cielo á la pobre seducida y las del infierno al infame seductor.

DON LIBORIO.—El seductor vive aún.

ANTÓN.—Lo que prueba que algún fundamento tiene aquello de que todos los pícaros tienen fortuna.

DON LIBORIO.—La guerra concluyó, y el oficial que ya había olvidado á la madre, olvidó también al hijo, fué ascendiendo hasta llegar á general, fué ministro de la Guerra y Presidente del Consejo de Ministros, obtuvo un título de marqués, y hoy es uno de los personajes más ricos, ilustres é influyentes en la Corte.

ANTÓN.—¡Me deja usted asombrado, don Liborio!

DON LIBORIO.—¿Por qué, hombre?

ANTÓN.—Porque en las aldeas, como somos tan negados, estábamos en la inteligencia de que antes de hacer á un hombre general ó ministro ó marqués se registraba su vida de cabo á rabo, y si se le encontraba en ella una picardía tanto así (*señalando el canto de la uña*) se le mandaba á escardar cebollinos.

DON LIBORIO.—Hombre, ¡qué disparate!

ANTÓN.—¿Disparate! ¿Y por qué?

DON LIBORIO.—¡Porque buena estaría la Nación sin generales, ni ministros, ni marqueses, ni nada! Pero volviendo á nuestro señor marqués, cuando se encontró viejo, rico, grande de España y adulado de toda la Corte, echó de menos un sucesor directo de sus riquezas y su título, y pensó en el chico que de su orden se había llevado en Vizcaya á los expósitos.

ANTÓN.—¡A buena hora, mangas verdes!

DON LIBORIO.—Ya verá usted, amigo Antón, cómo aún era á buena hora. El señor marqués, que tenía noticias muy favorables de mí, porque administro los bienes que tienen en Vizcaya varios señores amigos suyos, me honró con la comisión de averiguar el paradero de su hijo, dándome instrucciones y amplias facultades para gastar cuanto fuese necesario y disponer su viaje á la Corte, en caso de que pareciese. A fuerza de diligencias he llegado á saber que el hijo y heredero del ilustre marqués es el expósito que ustedes criaron y adoptaron por hijo, y como tal tienen en su casa. Averiguado esto, y aun mucho más, pues sé lo pobres que son ustedes y hasta su proyecto de casar á su hija con el expósito prevalidos de que los chicos se miran



con muy buenos ojos y el muchacho les quiere á ustedes como si fueran sus verdaderos padres, se lo he escrito todo ce por be al señor marqués, añadiéndole que quizás antes de tener contestación suya, que aún no había llegado cuando salí esta mañana de Bilbao, ya estaría su hijo en mi casa preparándose á salir para Madrid, donde (*con énfasis*) ocupará entre la aristocracia de la Corte el alto puesto que á su nacimiento corresponde, y casará con alguna de las más hermosas y ricas hijas de la grandeza de España. (*Mari-Cruz, que ha escuchado todo esto desde el balcón, llora y da señales del dolor más profundo.*)

ANTÓN (*con forzada alegría*).—¿Qué es lo que usted me cuenta, don Liborio?

DON LIBORIO.—Lo que usted oye, amigo Antón. Vamos, es necesario que así usted como su mujer y su hija y el mismo Martín moderen su alegría, que el exceso de ella mata como el exceso de dolor.

ANTÓN.—A propósito de dolor, le voy á hacer á usted una pregunta, don Liborio.

DON LIBORIO.—¿Cuál, amigo Antón?

ANTÓN.—¿Hubiera usted sentido dolor muy grande si, después de toda su diligencia por servir al marqués, hubiera usted tenido que dar la noticia de que su excelencia tenía que resignarse á estirar la pata sin haber visto en sus aristocráticos salones al heredero de sus riquezas y su título?

DON LIBORIO.—Lo hubiera sentido tal, que de seguro me hubiera costado una enfermedad el dar á su excelencia tan triste noticia.

ANTÓN.—Pues ya puede usted dársela, meterse en cama y llamar al médico y reventar de dolor.

DON LIBORIO.—¿Qué quiere usted decir con eso, Antón?

ANTÓN.—Lo que quiero decir es que Martín ya tiene padre y probablemente también novia, sin que usted ni nadie le proporcione uno ni otra.

DON LIBORIO.—Como soy padre, y buen padre, comprendo, amigo Antón, que á ustedes les costará trabajo el desprenderse del chico, por

que me han dicho que es trabajador como él solo, y ya veo que les será á ustedes duro el verse privados de sus brazos.

ANTÓN.—¿De sus brazos nada más? ¿Usted, don Liborio, no habrá padecido nunca del corazón?

DON LIBORIO.—Nunca, á Dios gracias.

ANTÓN.—Es natural; un ciego de nacimiento que suele venir por aquí cantando y vendiendo curiosos romances, dice que nunca ha padecido de la vista.

DON LIBORIO.—¡Bah, bah! Dejémosnos de chafalditas y volvamos al asunto del muchacho. No crea usted que al llevarmele les voy á dejar á ustedes, como quien dice, con las manos peladas. En este punto, su excelencia ha dejado á mi prudencia y celo el corresponder con ustedes, y para dar á cada uno lo que le corresponde, crea usted, amigo Antón, que no soy manco.

ANTÓN.—¡Manco un escribano! ¡Cá, don Liborio, cómo había yo de creer tal cosa, cuando una noche que estuve en el teatro de Bilbao á ver una comedia que había compuesto un poeta que luego se ha hecho escribano, oí decir á uno de los que hablaban en la comedia:

«Era mi padre escribano de la ciudad de Almería, y por más señas tenía seis dedos en cada mano» (1).

DON LIBORIO.—Ya conozco á ese escribano. Mucho talento tiene, pero es un escribanillo montado á la moderna hasta en la supresión del *dicho* y el *antedicho*, y el *susodicho* y el *supradicho*, que el verdadero escribano repite en cada renglón y es lo que más caracteriza el estilo clásico curial. Pues, como iba á decir á usted, me parece que lo más puesto en razón es que, sin perjuicio de apreciar luego el tanto cuanto que han de percibir ustedes por los alimentos, vestido, etc., del chico, les haga yo á ustedes inmediatamente un regalo digno de la esplendidez de mi poderdante.

ANTÓN.—El mejor regalo que usted puede hacernos es dejarnos en paz, volverse á Bilbao y cuidarse mucho durante la enfermedad.

DON LIBORIO.—¿Qué enfermedad, hombre?

ANTÓN.—La que le va á costar á usted la noticia que va á dar á su excelencia de que necesita renunciar á la esperanza de adquirir de viejo lo que abandonó de joven.

DON LIBORIO.—No puedo creer, amigo Antón, que cierre usted la puerta de su casa... (*Estornuda después de haber tomado rapé, volviéndose para estornudar hacia el tronco del nogal*) á la fortuna que entra por ella.

(*Martín, que viene con un cesto de hierba, entra en casa al volverse don Liborio para estornudar, y sólo le ve Antón.*)

ANTÓN.—Es verdad que entra, y ¡Dios la bendiga como la bendicimos nosotros!

(1) El autor de esta comedia es D. Julio Enciso.

DON LIBORIO.—Me alegro, hombre, de que al fin sea usted razonable. Por de contado, voy á regalarles á ustedes, en cambio del chico, una buena pareja de bueyes.

ANTÓN (*indignado*).—Don Liborio, mire usted que no aguanto bromas á costa de mi hijo.

DON LIBORIO.—Antón, debe usted acostumbrarse desde ahora á no dar ese nombre á Martín.

ANTÓN.—Martín es hijo mío, pésele á usted, y, sobre todo, pésele al señorón que nos le quiere quitar con un solo derecho, y ese tan vergonzoso, que si en el mundo hubiera verdadera justicia, ese derecho sería un crimen y bastaría para que ese señor, en lugar de ser general, marqués y rico, fuera...

(*Mari-Cruz, que durante toda la escena ha dado señales mudas de participar con exceso de los sentimientos é ideas de su marido, reprime con dificultad su deseo de aplaudir á Antón.*)

DON LIBORIO (*interrumpiéndole con cómica severidad*).—Antón, hable usted de su excelencia con el respeto debido!

ANTÓN.—Con el respeto debido hablo. ¿Se debe más respeto que éste al que cuando mozo sedujo y asesinó á una joven inocente, y cuando viejo quiere asesinar á una pobre y honrada familia, cuyo único delito consiste en tener el corazón y el pundonor que á ese señor le falta?

DON LIBORIO.—Antón, mire usted que le pueden costar caros ese lenguaje y esa terquedad!

ANTÓN.—Suprima usted las amenazas, que nada adelantará con ellas. Soy vizcaíno por mis cuatro costados, y ya sabe usted lo que de los vizcaínos cuentan que dijo un gran guerrero...

DON LIBORIO.—Sí, el Gran Capitán vino á decir que era más fácil domar leones que domar vizcaínos.

ANTÓN.—¿Pues quién ha de domarme á mí, que soy vizcaíno á carta cabal?

DON LIBORIO.—¿Quién? La ingratitude y la soberbia.

ANTÓN.—Esas señoras no vienen por acá.

DON LIBORIO.—Ahora verá usted si vienen. (*Llamando.*) ¡Martín! ¡Martín!

ESCENA V Y ULTIMA

TODOS, y además UN MOZO, que aparece á su debido tiempo. Martín, Mari-Cruz é Isabel, salen de la casa por el orden en que se los nombra. Mari-Cruz é Isabel vienen llorosas y aterrorizadas.

MARTÍN.—Mande usted, caballero.

DON LIBORIO.—Pongo en tu conocimiento que eres hijo de ilustre y rico marqués...

MARTÍN (*sorprendido agradablemente*).—¡Hijo yo de un marqués!

DON LIBORIO.—Y de un marqués que te reconoce como tal hijo y te hace heredero de su glorioso título y de sus inmensas riquezas.

MARTÍN (*como loco de alegría*).—¡Virgen Santísima!... ¡Hijo yo de un marqués!... ¡Viva!... (*Tira la boina en el aire y salta de gozo.*) ¡Madre!... ¡Pa-

dre!... ¡Isabelilla de mi alma! (*Quiere abrazarlos á todos; pero se contiene sorprendido al ver que, lejos de participar de su alegría, están como aterrados.*)

DON LIBORIO (*á Antón con aire de triunfo*).—Ya ve usted, amigo Antón, que el chico no hace ascos al marquesado y los millones de su padre.

ANTÓN (*abatido*).—¡Ay, ya lo veo! (*Indignado.*) ¡Ingrato!... (*Enternecido.*) ¡Y mi pobre Isabelilla!...

UN MOZO (*aparece de repente muy sofocado, subiendo del valle y se queda parado, como sorprendido al ver llorosos á los aldeanos y alegre á don Liborio*).—¡Calla! ¡Los aldeanos llorosos y el escribano alegre! Bien dice la adivinanza: ¿En qué se parece el escribano y la cebolla? En que hacen llorar.

DON LIBORIO (*reparando en el mozo*).—¡Hola, Perú! ¿Qué hay?

UN MOZO.—Esta carta traigo para usted de parte de la señora.

DON LIBORIO.—Trae y dile al cochero que enganche si ha desenganchado, que allá voy yo; y espérate, que volverás en el pescante. (*El mozo saluda con una inclinación y desaparece. Don Liborio se apresura á leer la carta.*) Señores, carta de su excelencia el marqués. Mi mujer ha conocido que era suya en la corona del sobre, y se ha apresurado á mandármela, adivinando que era urgente. Oigan ustedes (*leyendo*): «Por el sencillo y circunstanciado relato que usted me hace de sus averiguaciones acerca de mi hijo y de la familia en cuyo seno ha encontrado lo que no encontró en el de sus padres, sospecho que en el encargo que he dado á usted va á arrancar amargas lágrimas en esa familia y acaso también

en mi hijo. No quiero que las arranque más que de alegría y agradecimiento. Una locura ó más bien una infamia de mi juventud ha llenado de remordimientos mi vejez. Nada de violencia para con mi hijo ni para con los que le han servido de padres, ni para con la que haya elegido para compañera de su vida y de su alma. En la Corte como en la aldea, entre los ricos como entre los pobres, entre los sabios como entre los ignorantes, entre los grandes como entre los pequeños, hay buenos y malos. Como yo me creo bueno, á pesar de las faltas de mi juventud, quiero proceder como tal en mi ancianidad. Si lo que sospecho resultase cierto, límitese usted á continuar las diligencias para el reconocimiento legal de mi hijo, porque esto es para mí asunto de consuelo y satisfacción de conciencia, y á suplicar á mi hijo, á sus padres adoptivos y á su hermana de leche y de corazón, que acepten mi amistad y una letra de algunos miles de duros con que hermohear la casa donde viven, para que cuando yo vaya el próximo verano á visitarla y á abrazarlos me puedan hospedar como á un marqués.» (*Todos se conmueven, incluso don Liborio.*)

ANTÓN (*dirigiéndose á Martín*).—¡Ya ves que tu padre, á pesar de ser marqués y rico, no es soberbio ni ingrato como tú!

MARTÍN.—¡Ingrato y soberbio yo!

ANTÓN.—¿Qué es sino ingratitude y soberbia la loca alegría que has experimentado al saber que eras hijo y heredero de un rico y un marqués?

MARTÍN.—Padre, ahora va usted á saber lo que era y es mi loca alegría. (*Dirigiéndose sucesivamente en tono suplicante á Antón y á Mari-Cruz.*) ¡Padre! ¡Madre! ¡Concedánme ustedes la

dicha mayor que puedo alcanzar en este mundo, que es la de casarme con Isabel, para que Isabel y yo vivamos y muramos con ustedes donde aprendimos á querernos!

MARI-CRUZ é ISABEL (*con inmensa alegría*).—¡Ah!...

ANTÓN (*lo mismo*).—Casaos, hijos míos, y Dios bendiga vuestro cariño como lo bendecimos nosotros. (*Se abrazan con ternura y transporte padres é hijos, y al verlo don Liborio se enjuga las lágrimas con el pañuelo.*)

DON LIBORIO (*hablando consigo mismo*).—¡Luego dicen que un escribano no puede ser sensible! Yo no sé si lloro como escribano ó como padre; pero la verdad que al ver esto... ¡lloro! (*Procurando disimular su emoción con el cambio de tono.*) ¡Amigo Martín, vaya un padre que te has encontrado como de bóbilis, bóbilis! Bueno, rico y marqués.

MARTÍN.—Por bueno, y no por rico ni por marqués, le querré y respetaré siempre como el mejor de los hijos.

DON LIBORIO.—¿Tú sabes lo que harás cuando heredes su glorioso título y sus inmensas riquezas?

MARTÍN.—Lo único que sé es que esta casita y estas heredades y estos árboles que la rodean no me verán desertar de ellos hasta que vaya á descansar para siempre á la sombra del campanario que se alza allá abajo. Ya tengo (*abrazando sucesivamente á Isabel, á Mari-Cruz y á Antón*), y eso me basta, aquello que dice el cantar vascongado:

«Una heredad en un bosque,
una casa en la heredad,
y en la casa pan y amor.
¡Jesús, qué felicidad!»

(Dibujos de Manchón)

Madrigal del regalo de boda

Tus quince años sin brida,
quince aviones que cruzan el viento,
bajo un sol de domingo en mañana,
van como un loco tamboril violento.
Con la locuacidad del campanario
de tu fresca garganta, mi cazumbre atolondras,
y van las campanadas de tu voz,
bajo el azul, como un vuelo de alondras.
Me echas sobre la cara
tus quince años joviales,
como rosas tiradas del mandil al camino,
ó como transparentes manantiales
echan al aire sus bejucos de agua.
Me cuesta gran trabajo detener mis corceles.
Pero en verdad no quiero
espantar las alondras de tu risa.
Sé de un león que masticó un lucero.
Yo les pondré bozales á mis perros lobunos.
Siga tu cuerpo siendo la flor de los manzanos;
que nunca mis geranios encendidos
rompan las azucenas de tus manos.
Yo arrancaré á la media noche
toda la luz para tejer tu velo;
te sentarás sobre la media luna
y enlazaré las nubes en el azul del cielo,
para que en una fiesta de jazmines,
tus quince mayos locos
se echen sobre ellas como en dos cojines.
Antes que venga la neblina
á cegar en tu frente la plegaria madura,
te daré mi plumero de luciérnagas
para que enciendas la montaña obscura.
Antes que el alba se despiente,
yo te daré la flor de las primeras podas,
¡y la roseta de diamantes de Júpiter
para el anillo de tus bodas!

Alfonso CAMIN